

LA BELLEZA PROPIA

ARTE,
ADOLESCENCIA
E
IDENTIDAD







LA BELLEZA PROPIA

ARTE,
ADOLESCENCIA
E
IDENTIDAD

XIOMARA
JIMÉNEZ

MANUEL
LLORENS

NORAEDÉN
MORA

EMILIANA
OTEYZA

Presentación



En Fundación Empresas Polar estamos comprometidos con el desarrollo integral del país. Como parte de esta premisa, atendemos a las comunidades con las cuales interactuamos y hacemos vida en cualquiera de los ámbitos de acción de Empresas Polar. Asumimos esta misión como actores sociales realmente alineados con la pasión por el bien de Venezuela.

Acompañamos a las comunidades a construir sus propias soluciones, a formar redes, a capitalizar experiencias para fomentar su crecimiento, tanto personal como social. Por eso, en alianza con el Parque Social Padre Manuel Aguirre de la UCAB, quisimos participar en la publicación de esta experiencia de acompañamiento a jóvenes en situaciones complejas o vulnerables, que salen adelante con todo su potencial, y pueden ser ejemplo para abordar otras realidades del país.

Estas experiencias muestran las formas en que vibran, sueñan, interpretan la realidad y resuelven sus problemas los jóvenes de Venezuela, a quienes nos debemos y quienes, como se expresa claramente en esta publicación, a pesar de vivir en contextos muy adversos, ponen todo su empeño en salir adelante y en buscar su propio bienestar.

Ojalá este tipo de iniciativas para favorecer a los más jóvenes sea replicable. Desde ya ponemos estos registros a disposición de académicos, estudiantes y los gestores sociales interesados en el tema. Su título no puede ser más seductor: *La belleza propia: arte, adolescencia e identidad*.

LEONOR GIMÉNEZ DE MENDOZA

Presidenta Fundación Empresas Polar

Presidenta

Leonor Giménez de Mendoza

Vicepresidente

Rafael Antonio Sucre Matos

Directores

Alfredo Guinand Baldó

Leopoldo Márquez Áñez

Vicente Pérez Dávila

José Antonio Silva

Manuel Felipe Larrazábal

Leonor Mendoza de Gómez

Morella Grossman de Araya

Luis Carmona

Leopoldo Rodríguez

Gerentes

Alicia Pimentel

Gerente General

Daniela Egui

Gerente de Desarrollo Comunitario

Johanna Behrens

Gerente de Formulación y

Evaluación de Proyectos

Rubén Montero

Gerente de Administración y

Servicios Compartidos

Laura Díaz

Gerente de Programas

Institucionales

Centros especializados

Casa de Estudio de la Historia de Venezuela «Lorenzo A. Mendoza Quintero»

Elisa Mendoza de Pérez

Leonor Mendoza de Gómez

Directoras

Gustavo Vaamonde

Coordinador

Casa Alejo Zuloaga

Cheryl Semeler

Coordinadora

Centro de Capacitación y

Promoción de la Artesanía

Rogelio Quijada

Coordinador

Centro de Capacitación para

Pequeños Productores en

Agricultura Tropical Sostenible (ATS)

Johny Salaverría

Coordinador

Coordinación Ediciones

Gisela Goyo



Presidente Ejecutivo

Néstor Luis Luengo De Andrade

Vicepresidente Ejecutivo

Danny Socorro, s.j.

Secretaria

Mercedes C. Morales Guinart

Tesorero

Alejandro Castillo Sosa

Vocal

Francisco J. Monaldi M.

Gerente General

Bernardo J. Guinand Ayala

ÍNDICE

■ PRÓLOGO
10

■ INTRODUCCIÓN
14

■ EL POTENCIAL
SUBESTIMADO DE
LA JUVENTUD
MANUEL
LLORENS
20

■ ARTE, ADOLESCENCIA
E IDENTIDAD
MANUEL
LLORENS
28

■ ENCUENTROS
Y DESENCUENTOS
DE DOS MUNDOS
NORA EDÉN
MORA
MÉNDEZ
40

■ PROPUESTA
SOÑADORES. RETRATOS
DE CONTACTO
Xiomara
Jiménez
48

■ **¿POR QUÉ NO SE SIENTE LA BELLEZA PROPIA?: ANÁLISIS DISCURSIVO**
MANUEL LLORENS
74

■ **HALLAZGOS COMPARTIDOS**
MANUEL LLORENS
100

■ **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**
148

■ **PROPUESTA HALLAZGOS. BÚSQUEDA DE VESTIGIOS DEL PRESENTE ESTUDIOS**
Xiomara Jiménez
96

■ **EXPERIENCIA CON UN GRUPO DE JÓVENES DE LA PROPUESTA HALLAZGOS**
Emiliana Oteyza
122

■ **APÉNDICE METODOLÓGICO**
158

■ **INTERVENCIONES PARÓDICAS**
IGOR BARRETO
98

■ **EL SENTIMIENTO DEL RETRATISTA**
Xiomara Jiménez
136

■ **LISTA DE OBRAS**
168

■ **CONCLUSIONES: EL POTENCIAL PROBLEMATIZADOR DEL ARTE**
144

«Tal vez parezca cursi o romántico pero entiendo que hoy día, la cuestión de la enseñanza no es más que un ejercicio de miradas. Sé que los jóvenes de la Venezuela del siglo XXI sólo necesitan que alguien se tome la molestia de verlos a los ojos y entender la infinita sucesión de paradojas que se confrontan en la adolescencia» ■ Eduardo Sánchez Rugeles

Prólogo



El Parque Social Padre Manuel Aguirre, s.j. es una pujante organización que reúne y sistematiza gran cantidad de las iniciativas que la Universidad Católica Andrés Bello ha dispuesto con el fin de aportar al desarrollo de las comunidades que le sirven de marco. Dentro de su seno, la Unidad de Psicología Padre Luis Azagra, s.j. surgió como una de las variadas expresiones particulares a través de las cuales se asume esta responsabilidad.

Una vez que nace oficialmente en el mes de enero de 2000, el servicio recién creado procuró incluir de forma paulatina buena parte de las áreas que la psicología abarca, siempre de la mano del trabajo conjunto con los estudiantes de la universidad.

Más allá de la configuración profesional que hemos alcanzado, a partir de la presencia de psicólogos de diversas especialidades, psiquiatras y estudiantes con distintos grados de formación, en trece años de existencia nuestro desarrollo ha estado signado por el esfuerzo para responder a dos preguntas que nos guían: ¿Cómo debe organizarse y actuar una unidad de psicología en este momento histórico de nuestro país? y, además, ¿cómo debe hacerlo al estar adscrita a una universidad? Son preguntas que no nos desamparan, pero que tampoco nos inhiben. Más bien nos obligan a asumir posiciones cada día. Hasta el momento, las respuestas se delinearán a partir de dos premisas:

- 1 Trabajar con los sectores desfavorecidos de la población y con los problemas que, desde la vida actual caraqueña y venezolana, nos exigen más como psicólogos; por ejemplo, ello supone ocuparnos de las situaciones de abuso y negligencia, de la violencia de género y sociopolítica, de la pobreza y exclusión, y de los problemas escolares en contextos de desventaja.
- 2 Asumir que esta responsabilidad nos interpela desde nuestra posición como docentes y estudiantes de una universidad venezolana. Es decir, nuestro trabajo adquiere pertinencia a medida que conjugamos en una propuesta global y crítica la aspiración de integrar docencia/formación, investigación y servicio/acción. En otros términos, consideramos que ésta es una forma de afrontar el requerimiento ético de darle presencia efectiva y difusión a las cátedras universitarias dentro de la sociedad contemporánea.

En resumen, asumimos que depuraremos nuestra labor si abordamos los problemas más acuciantes de la realidad venezolana en la práctica diaria y, de manera paralela, reflexionamos sobre ellos sistemáticamente para intentar producir conocimiento aplicable y relevante; luego, el círculo se cierra cuando incorporamos el esfuerzo de compartir este cúmulo de ideas y someterlas a la consideración de las comunidades, de otros colegas y de los profesionales en ciernes. Al fin y al cabo, en rigor, todos ellos son fuente directa de estas ideas; son coautores e interlocutores perennes.

Dentro de ese espíritu de sintonía con las exigencias de la realidad social que procuramos esgrimir, a la par que nos vemos exigidos a comprender y enfrentar problemas psicológicos, el trabajo en la unidad también nos permite ser testigos de cómo las personas acuden a sus recursos y potencialidades naturales para crear oportunidades de desarrollo y crecimiento humano. Pasar por alto estas posibilidades que exhiben los propios usuarios, conduciría a una oferta de trabajo psicológico deshumanizada y, probablemente, inútil.

Consideramos que tomar los aportes de la postura comunitaria dentro de la psicología —que en lo fundamental se dirige a la promoción de las fortalezas y la autogestión, y de lo que se conoce hoy día como *psicología positiva*, un ejemplo de lo cual es el concepto en boga de *resiliencia*—, es una vía para integrar de forma sistemática las potencialidades de los sectores que nos rodean. Nos referimos a una perspectiva que se orienta a fomentar el bienestar y la calidad de vida.

Tal vez uno de los caminos más pertinentes para desplegar una intención de este tipo, es utilizar la plataforma que representa el arte. Existe una larga tradición en nuestro campo que se apropia del vehículo ofrecido por la expresión artística con el fin de generar situaciones donde las personas puedan manifestar su potencial creativo, estimulando las funciones intelectuales y el desarrollo afectivo e interpersonal. Es una línea de trabajo a la cual nos sumamos de forma concreta, en la medida en que el equipo de la unidad viene diseñando propuestas en torno a la conjunción del hecho artístico y la intervención psicológica. Estas propuestas identifican y ponen en juego el lugar privilegiado que ocupa la creación artística como recurso invaluable de desarrollo personal. Se trata de una reflexión sobre la identidad y el espacio para potenciar el bienestar individual y comunitario.

Después de varios años de trayectoria en este eje de acción, ofrecemos el presente libro como una muestra digna y elocuente de lo que venimos haciendo. Tómese, además, como un ejemplo de nuestro deseo por ser consecuentes con nuestra manera de definirnos.

JUAN CARLOS ROMERO

Coordinador de la Unidad de Psicología

Padre Luis Azagra, s.j.

Introducción

«Se hace muy difícil creer que en la pequeña mente de un niño puedan suceder cosas tan grandes como lo son los sueños... Somos, fuimos y seremos soñadores ambiciosos, tal como niños, no descansamos hasta que tenemos lo que queremos» ■ *Carlos Figueroa*

Las imágenes de unos rostros distorsionados como volando en el vacío, fragmentos de canciones pop, retratos de carteras abiertas revelando la cédula de identidad, la foto de un hermano, la imagen de un grupo de rock, una estampa religiosa, el asombro de un joven al percibir que los adultos admiran su fotografía, la angustia de una psicóloga ante las preguntas incisivas sobre el lugar de su residencia... son una suerte de restos diurnos recogidos a partir de unos talleres artísticos desarrollados en nuestra Unidad de Psicología del Parque Social Padre Manuel Aguirre, s.j. Son rastros de la experiencia adolescente caraqueña que viven en el suroeste de Caracas y su intercambio con profesionales que intentan establecer lazos con ellos para desarrollar programas de intervención.

El Parque Social es el centro comunitario de la Universidad Católica Andrés Bello que ofrece atención a las comunidades del suroeste de la ciudad. Desde aquí nos hemos planteado la necesidad de desarrollar proyectos que permitan abrir nuevos horizontes de intercambio y comprensión de las comunidades blanco que atiende el centro. Buscamos vincularnos con grupos de edad, como el adolescente, que no acuden habitualmente a buscar consulta; buscamos desarrollar intervenciones que estén guiadas por el diálogo y no por el monólogo profesional; buscamos construir opciones novedosas que nos permitan ingresar en la intimidad de la vida de estos jóvenes de manera cooperativa, tratando de diseñar intervenciones desde sus inquietudes y no desde las angustias de los adultos; buscamos acercarnos a su mirada para que nos muestren cómo ven el futuro.

Tomando esta amplia propuesta inicial se ha identificado a la población adolescente como uno de los subgrupos que interesa poder contactar y comprender; con especial énfasis en la comprensión de la cotidianidad y opciones de vida de estos jóvenes. En ese sentido se inició, en el año 2002, un programa de talleres artísticos dirigido a la población adolescente de Antímano y La Vega que buscaba crear espacios no convencionales para acercarnos a los jóvenes. La población adolescente es de interés ya que es uno de los grupos etarios que asiste menos a nuestra Unidad de Psicología. Asimismo, la población adolescente ha sido uno de los grupos menos atendidos por la investigación psicológica a nivel mundial, aún más en los grupos de adolescentes pertenecientes a sectores pobres (Jessor, 1993). Hay una laguna importante en el país en cuanto a ofertas educativas, laborales y de desarrollo para este grupo. Si tomamos en cuenta las cifras de aban-

dono escolar y las unimos a las de desempleo¹ podemos concluir que la juventud está subatendida y limitada en sus opciones.

1
17,8% de desempleo para jóvenes entre 15 y 24 años para junio de 2010, según el Instituto Nacional de Estadística.

La adolescencia se caracteriza por desarrollar una subcultura propia, con sus propios referentes, identidades, códigos y valores que buscan diferenciarse activamente de la cultura adulta dominante. Si a eso le añadimos la exclusión social que viven muchos de los adolescentes de los sectores con que trabajamos y el desconocimiento que todavía

tenemos como científicos e interventores sociales de nuestra población (Pedrazzini y Sánchez, 1992), podemos concluir que es mucho lo que aún hay que hacer para darles sentido a esas interacciones que suceden en el marco del trabajo con jóvenes.

Gran parte de la investigación mundial sobre jóvenes enfatiza los factores de riesgo presentes en estas edades y, en el caso de jóvenes provenientes de sectores excluidos, tiende a darle más peso a los obstáculos que favorecen visiones limitadas y estigmatizadas de sus vidas. Varios autores han señalado la necesidad de desarrollar programas de investigación-acción que incorporen toda la «red de variables» presentes en las circunstancias de los adolescentes, los significados personales subjetivos que ellos le atribuyen a sus vidas y que incluya las variables contextuales que han sido desatendidas en la investigación tradicional (Jessor, 1993).

Las propuestas generadas a través del programa Arte y Vida pretenden continuar explorando algunas de las posibilidades que ofrece la expresión artística como vehículo para la investigación y el establecimiento de un trabajo con las comunidades siguiendo la línea de varios autores (Matarasso y Chell, 1998; Kay, 2000) que afirman que los proyectos artísticos tienen las ventajas de ser atractivos para los jóvenes, no amenazantes para sectores excluidos de la sociedad, útiles para generar inversión económica y para involucrar activamente a la comunidad, ayudan a incrementar la confianza y motivación de las personas involucradas, permiten desarrollar redes sociales nuevas, mejoran la imagen local de los participantes, hacen que las personas se sientan más sanas y fortalecen la vida cultural de los participantes.

Finalmente, expertos en psicología evolutiva y adolescencia han expresado que el hecho de que los jóvenes de escuelas públicas rindan por debajo de sus pares provenientes de escuelas privadas no depende exclusivamente

de la calidad de estas instituciones sino también de las experiencias educativas que los jóvenes tienen fuera de la escuela. Es por ello que estos autores no proponen como estrategia para potenciar su desarrollo insistir en actividades educativas remediales, sino que plantean experiencias creativas y enriquecedoras fuera de la escuela (Fulani, 2000).

Estas investigaciones pretenden entonces continuar desarrollando la investigación-acción con recursos creativos no tradicionales, que nos permitan conocer qué piensan y cómo experimentan su propia cotidianidad y orientar nuestro trabajo de atención e intervención de acuerdo con las necesidades de los jóvenes.

Los talleres nos han permitido construir un espacio junto a los jóvenes del suroeste de Caracas en que el arte ocupa un lugar central. Y la exploración artística ha servido de vehículo para recorrer los caminos de la subjetividad y la significación personal, aquello que Xiomara Jiménez, la artista plástica que acompaña esta búsqueda, denomina *anagnórisis*. En el camino nos hemos unido psicólogos, artistas (entre quienes se encuentran los fotógrafos Luis Brito y Garcilaso Pumar, y el poeta Alexis Romero, además de Xiomara) y jóvenes del suroeste de Caracas. De la misma manera han intentado acercar la Universidad Católica Andrés Bello a Antímano y La Vega, y la academia a la vida cotidiana. Ese camino ha sido fructífero y a través de él hemos acumulado una serie de vivencias, intercambios y objetos ilustrativos tanto de los mundos íntimos de estos jóvenes como de los lugares de encuentro y de desencuentro con los adultos que pretendemos acercarnos a ellos. Pensamos que desarrollar puentes entre sectores sociales, profesionales, geográficos y etarios que no se encuentran habitualmente unidos es en sí una tarea central para reconstruir un país polarizado, que no voltea a verse detenidamente sino desde los lentes del temor y del prejuicio. Creemos que podemos utilizar nuestros recursos humanos de manera más creativa para tender esos puentes y para reinventarnos. Así, pues, nuestra unidad de atención psicológica se ha convertido también en sala de exposición artística; nuestros jóvenes se han vuelto coautores y nuestra observación psicológica ha devenido en autoobservación reflexiva. Volvemos a lo largo de este libro a estos intercambios y a los retos que han producido para mostrar algunos de sus chispazos creativos y para pensar sobre algunos de los desafíos que tenemos por delante para atender sus necesidades.

Sobre la base de los primeros talleres llevados a cabo consideramos que estas intervenciones en sí mismas tienen un impacto significativo en el proceso de desarrollo de la identidad personal, la problematización y reflexión sobre su cotidianidad y su entorno, así como en la exploración de posibilidades y recursos distintos a los ofrecidos por la educación formal. Asimismo, el intercambio con los jóvenes nos ha llevado a pensar sobre el lugar que ocupamos nosotros, los profesionales, en relación con ellos. Nos ha retado a cuestionar nuestras preconcepciones y a teorizar sobre las maneras en que podemos establecer relaciones facilitadoras (Izquier, 2007; Llorens, 2003). Sobre estos dos ejes se organiza la investigación actual.

A lo largo de las páginas que siguen presentaremos la mirada de Xiomara Jiménez, quien viene desarrollando una obra que es a la vez arte e investigación antropológica. Ella nos presentará las herramientas conceptuales desde donde construye un espacio de exploración estética y reflexión personal. Presentaremos también la mirada de los jóvenes, concretada a través de las obras que crearon en conjunción con la elaboración artística de Xiomara. Presentaremos también algunos de los retos que la psicología ha reportado en el trabajo con adolescentes y nos detendremos en el análisis de algunos de los momentos de sorpresa encontrados en los talleres a través del análisis cualitativo.

El psicoanalista Erik Erikson, quien por cierto en un principio se formó como artista y dedicó luego su vida al estudio del proceso de conformación de la identidad en la adolescencia, consideró que en las preguntas sobre el proceso identitario se pueden entrever los dilemas sociales ideológicos de una sociedad. Esos sueños y la esperanza de alcanzarlos que menciona el joven citado al comienzo de la introducción cargan cifrados los ideales, las esperanzas, las angustias y las opciones de su tiempo. Creemos que el examen detenido de los espacios inusuales del arte, la psicología y la juventud, que hemos construido a través de las propuestas *Soñadores* y *Hallazgos*, sirve también para pensarnos como sociedad.



XIOMARA
JIMÉNEZ ■ DE LA SERIE RETRATOS DE CONTACTO (8)
2008

El potencial subestimado de la juventud

Manuel Llorens

«Hay que enseñarles a nuestros hijos a anidar en el vendaval» ■ Margaret Mead

Dilemas de ser joven en Caracas

Intentamos aproximarnos a la adolescencia contemporánea de nuestra ciudad. Quizás debamos comenzar por decir que la tarea es una paradoja y que esto es parte de la respuesta. La tarea de definir qué es la juventud actual, definir quiénes y cómo son es tratar de determinar lo que, en esencia, está en proceso de buscar su definición; es tratar de darle forma a lo que aún se está formando; es tratar de hacer estático lo dinámico; es tratar de definir un proceso de transformación, un momento en el tiempo. San Agustín escribió: «¿Qué es el tiempo? Si no me preguntan qué es, lo sé. Si me preguntan lo que es, ya no lo sé» (Borges, 2001).

Nuestra época ha estado marcada por la crisis continua. La vida de los venezolanos más jóvenes ha estado inmersa desde siempre en una cadena de convulsiones económicas, políticas y sociales. La crisis de la adolescencia se solapa con la crisis continua del país. La incertidumbre política ha derivado en agudización de la incertidumbre económica, cambios en las alianzas familiares y de amistad, reorganización y reducción de las empresas, nuevas maneras de pensar y administrar el dinero, nuevas maneras de entendernos a nosotros mismos y de imaginarnos los caminos posibles. Como decía Yogi Berra, catcher de los Yankees de Nueva York: «El futuro ya no es como antes».

Si sabemos que la juventud está atareada con el esfuerzo de intentar consolidar una identidad propia, definir una visión de mundo, cuestionar los valores de los padres para configurar una valoración propia, poner a prueba sus capacidades para ver, con mucho miedo, si van a lograr o no defenderse, si van a poder ser queridos y admirados por sus pares, si se atreverán o no a llevar a cabo sus metas, entonces podemos imaginarnos lo doblemente intenso que es este proceso en tiempos como los que vivimos. Pero también aquello que quizás los hace más vulnerables a padecer los malestares de nuestro tiempo, es también el mayor recurso para enfrentarlo. También es cierto que su lugar en el mundo les permite mucha más flexibilidad y posibilidades de repensar y reinventar lo que está sucediendo, para hacerlo de otra manera. Están en una época de la vida en que pueden comenzar de cero, pueden mudarse, pueden comenzar una carrera y luego trabajar en algo completamente distinto a lo que habían imaginado, pueden dejar una relación de pareja sin tantos hilos atados, sin la pensión para los hijos, hay

más libertad de movimiento y tiempo disponible para volver a comenzar. Su inestabilidad es una ventaja en tiempos de cambio.

Los padres llevan a sus hijos adolescentes a consulta, angustiados por sus futuros. Uno fue traído a mi consulta privada para que lo evaluara ya que estaba entrando a quinto año de bachillerato y «no tiene idea de lo que va a querer hacer en el futuro, ni qué quiere estudiar». El joven reportó que, efectivamente, desde su punto de vista, pasa demasiado tiempo dedicado a juegos de computadora, le interesa mucho menos el colegio, siempre ha sido buen dibujante y por eso le llama la atención la arquitectura, pero le suena «como que eso no es algo demasiado rentable», y que ingeniería civil se acerca un poco a la arquitectura y eso le suena como una profesión más seria, más rentable, pues. Otro joven, de dieciocho años, fue traído a la consulta por sus padres porque en el primer semestre de sus estudios sacó malas notas y además está viviendo en Caracas solo porque la familia es del interior del país. Los padres se angustian pensando en que él está dedicado a la rumba ahora que anda por su cuenta y que por eso no pasó todas las materias, cuando la matrícula es tan cara y «bueno doctor, todos sabemos lo duras que están las cosas». El joven dice no saber bien por qué salió tan mal en las dos materias que raspó, tiene dificultades para expresar lo asustado que está con las expectativas de éxito que tienen depositadas en él, y tampoco sabe exactamente si eso que está estudiando es lo que realmente quiere hacer, pero tiene miedo de retirarse ahora que los padres ya invirtieron un año en sus estudios. En una sesión, hace ya algún tiempo, conversaba sobre sus dudas de ir o no a votar en el referéndum y me comentó molesto cómo la mamá le había regañado diciéndole que cómo era posible que él se planteara no ir a votar, que si él no se enteraba de lo que estaba pasando en el país, que tenía que ir a votar por el Sí para colaborar con la democracia y con la libertad. Él me comentaba molesto: «Mi mamá quiere que yo vaya a votar por la democracia y la libertad, pero quiere que yo escoja lo que ella cree que es lo correcto y eso no me parece que es muy democrático. Yo le dije: “está bien yo voy a votar, pero voy a votar por lo que a mí me dé la gana votar, no por lo que tú pienses que yo debo votar”».

Podemos ver en estos ejemplos cómo la historia colectiva se entrelaza con la personal, las crisis del desarrollo individual se articulan, se expresan en el lenguaje de los dilemas históricos actuales. Veo en estos ejemplos la angustia de los tiempos, vivida por los adultos, transmitidas a sus hijos, convertida en

el deseo de tener ya las respuestas, las definiciones, tener ya los caminos concretos. La necesidad de apurar la maduración de unos jóvenes que sí tienen claro algunas cosas que les gustan, pero no saben aún cómo transformarlas en algo posible dentro del mundo adulto y, además, tienen mucho miedo de intentarlo en una época en que la crisis ha hecho más delgado el colchón donde apoyarme si me caigo del intento.

El psicoanalista infantil inglés Adam Phillips (1994) escribió: «Mamá, es quien le da a la pasión del niño una oportunidad». Acompañar el crecimiento, ayudar en el desarrollo, no es definir de antemano los caminos. Ser padre no es hacer un dictado que los hijos deben copiar para luego repetir exitosamente en sus vidas. No funciona de esa manera, porque el mundo cambia con tanta velocidad que las respuestas de una generación seguramente no van a ser las más efectivas en la siguiente. La labor de los adultos no es poner a los jóvenes a copiar dictados, sino abrir espacios para que puedan probarse muchos sombreros distintos, «jugar a ser adulto» hasta encontrar la versión que más les guste. Y eso es una tarea mucho más difícil que el dictado, porque requiere no tener las respuestas de antemano, es no saberse los pasos del baile, sino, por el contrario, ser un buen acompañante de ese baile, guiar y dejar ser guiado; para eso, entre otras cosas, hay que tolerar la incertidumbre. Es ésta una consideración relevante también cuando nos empeñamos como psicólogos o educadores en ayudar a los jóvenes transmitiendo supuesta sabiduría con talleres de «salud» o «proyecto de vida». Resumamos pues diciendo que, en el instante en que creemos haber logrado definir con precisión qué es la juventud, la hemos traicionando.

La juventud venezolana en el escenario actual

*Me voy pa' la playa
no me importa nada,
yo vivo en la playa
mientras tú trabajas.*

*Yo no soy neoliberal
tampoco soy comunista
sólo soy un mamarracho
que se la tira de artista.*

«Morir en Choroni», Circo Urbano.

Hace unos pocos años se puso de moda la canción que contiene la letra de la cita anterior. Parecía resumir con ironía algunos de los dilemas de esta juventud enfrentada a los problemas políticos. Se dijo al comienzo de la polarización política que se agudizó a comienzos de este siglo, que los jóvenes eran uno de los sectores que menos había participado. Varias veces he escuchado un lamento adulto que critica a esta juventud que se interpreta como apática, desinteresada y, en el peor de los casos, vacía, sin ideas. Algunos escuchan la canción de «Muerto en Choroní» y encuentran allí una muestra de esa juventud escapista, poco comprometida con su realidad. Quizás sea ésta una lectura simplista de la situación; quizás «Muerto en Choroní» sea una de las expresiones más inteligentes de los últimos tiempos.

«Muerto en Choroní» puede ser un himno superficial a la playa y a la evasión, pero puede ser también leído como la rebelión ante las ofertas culturales y políticas que Venezuela les presenta a los jóvenes en estos momentos. Es el grito de rechazo al cansancio que produce un panorama de oportunidades huecas, secas. «Muerto en Choroní» puede ser un desafío a esas versiones que ofrecen los discursos chavista y de la oposición, y todos los demás discursos simplistas. Es un golpe a la solemnidad de los discursos vacíos. «Muerto en Choroní» puede significar la resistencia a la imposición arbitraria de categorías, a la demarcación artificial y forzosa de territorios. La gente puede irse a Choroní porque es un lugar de playa y sol para escaparse de sus vidas cotidianas, pero puede ir porque es un lugar tranquilo y alejado para buscarse a sí mismos.

La adolescencia puede ser definida también como la época del coqueteo. El joven tiene más espacio para coquetear con posibles parejas, posibles identidades, posibles estilos de vida. El adulto ya toma decisiones al respecto y se compromete. «Explotando la ambigüedad de las promesas, el flirteo siempre ha sido un saboteador del vocabulario sagrado del compromiso», escribe el mismo Phillips (1994). Y este autor continúa: «Toda decisión conclusiva trae el flirteo a su fin».

Pero este flirteo, este sabotear «el vocabulario sagrado del compromiso», abre las puertas para construir alternativas nuevas. Mi profesor, el doctor Fernando Rísquez, decía que sólo hay dos razones por las cuales los jóvenes consumen drogas: se emplean para escapar del mundo actual que se hace insoportable, o se utilizan, no para evadir este mundo, sino para co-

nocer, imaginar y crear posibilidades nuevas. Sobre ese filo riesgoso anda la juventud.

Nuestra época ha sido denominada como la «Era posmoderna», y muchos de los autores que trabajan el tema han coincidido en que posmoderno significa la caída de los grandes relatos. Es el fin de las grandes teorías y proyectos modernos que prometían saberlo todo y conducirnos irremediablemente al progreso. El lenguaje de la juventud de la mitad del siglo XX era el lenguaje de las causas, de los movimientos, del compromiso político. Algunos de esos discursos han sido resucitados por el conflicto político actual y es relevante pensar cómo se relaciona la juventud actual con ellos. En tal sentido, es importante destacar que el discurso político partidista está en gran medida ausente en las imágenes y escritos de los jóvenes que han trabajado con nosotros en el programa Arte y Vida, en cuyas expresiones aparecen con mayor frecuencia las letras de sus canciones preferidas y representaciones de los iconos de la cultura pop: cantantes, actores, etc. Hay que preguntarse si el lenguaje de la juventud al comienzo del siglo XXI es el que impera en nuestra polarización política, o más bien el lenguaje del desencanto con esas causas y esos movimientos, o quizás, también, el lenguaje del coqueteo.

«Muerto en Choroní» se parece también a un poema hermoso de nuestro compatriota Eugenio Montejo. Creo que dicen lo mismo de una época y de una manera de transitar nuestro país y se titula «Adiós al siglo XX»:

*... Cruzo la calle Mao, la calle Stalin;
miro el instante donde muere un milenio
y otro despunta su terrestre dominio.
Mi siglo vertical y lleno de teorías...
Mi siglo con sus guerras, sus posguerras
y su tambor de Hitler allá lejos,
entre sangre y abismo.
Prosigo entre las piedras de los viejos suburbios
por un trago, por un poco de jazz,
contemplando los dioses que duermen disueltos
en el serrín de los bares
mientras descifro sus nombres al paso
y sigo mi camino.*

(Montejo, 1994).

Me llama la atención cómo el poeta, ante la caída de los discursos de un siglo sangriento, busca las respuestas en el jazz y el serrín de los bares. Me luce análogo, si bien en ritmos distintos a buscar el ska y la muerte en Choróní.

Más adelante nos detendremos en las consideraciones que hizo Erik Erikson sobre el proceso de consolidación de la identidad que atraviesan los adolescentes. Él advirtió que asumir un compromiso prematuro con un estilo de vida y una identidad podría ser tan negativo como postergar eternamente la decisión de emprender algún camino. La adolescencia, cuando da espacio para la reflexión y maduración, es una especie de moratoria en la que los jóvenes tienen la oportunidad de postergar por un tiempo los compromisos definitivos. Es un espacio para probar, para intentar, para cambiar de rumbo, para ensayar distintas versiones del sí-mismo inscritas en las distintas ofertas culturales, así como para tomar distancia y examinar de lejos las expectativas adultas que se han depositado sobre sus hombros.

Encontramos estos dilemas tanto en jóvenes de sectores clase media —como los que son traídos a mi consulta privada—, como en jóvenes de clases populares —como los que acuden al centro comunitario donde fueron realizados los trabajos artísticos que se exponen en este libro—. Sin embargo, los retos cobran variaciones significativas en cada sector y las opciones disponibles son distintas. Los jóvenes de sectores populares cargan el peso de tener menos acceso a las fuentes culturales que prometen reconocimiento en nuestra sociedad, como son la educación y los bienes materiales. Por otro lado, estos jóvenes provenientes de familias con dificultades económicas tienen menos tiempo para detenerse en la reflexión y el ensayo de vidas alternativas. La necesidad económica presiona a incorporarse como otro miembro productivo de la familia, influyendo en una serie de decisiones vitales, como la de continuar o no estudiando.

Hace falta explorar en detalle las vías en que se expresan estos dilemas en los jóvenes caraqueños. Asimismo, es necesario explorar qué dificultades y qué posibilidades no del todo aprovechadas se albergan en este potencial. Es notorio que los adultos que se quejaron de la falta de compromiso político de los jóvenes de comienzos de siglo o que despacharon expresiones como «Morir en Choróní», considerándola una simple muestra de irresponsabilidad, subestimaron el potencial creativo de las nuevas generaciones. A comienzos de este nuevo siglo podemos decir sin ambigüedad que los jóvenes han surgido

en el panorama nacional como protagonistas de muchas de las noticias esperanzadoras del país. La participación de los jóvenes ha pasado a ser una de las fuerzas más visibles a través del movimiento estudiantil y las consecuencias que ha tenido sobre el acontecer nacional. De igual manera, la juventud comprometida le ha dado rostro al país a través del Sistema Nacional de Orquestas Juveniles e Infantiles, quizás la expresión cultural venezolana con más presencia en el mundo en la actualidad, y la clasificación de la Selección Nacional Sub-20 al Mundial de Fútbol quizás signifique algo parecido en el terreno deportivo.

Tradicionalmente se ha sostenido que la creatividad surge de aquellos que se encuentran en los márgenes de la cultura dominante y que aparece en los lugares que no están cómodamente instalados en las pautas de lo aceptado. En épocas como éstas, gran parte, sino toda la población juvenil, podría considerarse al margen de la estabilidad. Escribe Shibutania (c.p. Britto García, 1996):

Las personas que se hallan felizmente inmersas dentro de una sola cultura no es probable que hagan innovaciones: dan por sentadas demasiadas cosas. Quienes participen de dos o más mundos sociales están menos ligados a un modo particular de definir las situaciones y se acostumbran a considerar diversas alternativas. Cuanto mayor es el número de perspectivas que aprecia, tanto menos se ve monopolizado el individuo por cualquier modo de vida particular. Los mayores avances en cualquier cultura se producen generalmente durante períodos de cambio social rápido y muchas de las grandes contribuciones son obra de hombres marginales.

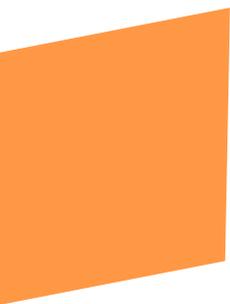
Creo que la cita precedente se podría aplicar a una gran porción de nuestros jóvenes. Debemos reflexionar sobre los dilemas y el potencial de nuestra juventud actual, así como en las expectativas depositadas en ésta. De

1
Basta con revisar la página en Wikipedia dedicada a las organizaciones políticas juveniles en Venezuela: http://es.wikipedia.org/wiki/Categor%C3%ADa:Organizaciones_pol%C3%ADticas_juveniles_de_Venezuela.

aparecer sólo representada como una juventud apática o fuente de muchos de nuestros problemas más urgentes (delincuencia, consumo de drogas, embarazo precoz, etc.), ha saltado a la palestra, cargada con las ilusiones de muchos adultos de avanzar los deseos políticos de los distintos actores actuales (ya sea en forma de movimiento estudiantil o Brigadas Bolivarianas)¹. La juventud subestimada ha mostrado el rostro de su potencial. Es tarea del país abrir espacios para darle a la creatividad de las nuevas generaciones una oportunidad.

Arte, adolescencia e identidad

Manuel Llorens



La adolescencia es el período de transición entre la infancia y la adultez, que implica rápidos cambios físicos, psicológicos y sociales. En la adolescencia aumentan las posibilidades de la persona de explorar su medio, de comenzar a volverse autónoma y a responder preguntas sobre su futuro y el sentido de su desarrollo personal. También se caracteriza por una socialización que trasciende la familia nuclear en la cual la red de amistades y la sociedad en general se vuelve mucho más importante. Las relaciones románticas comienzan a ocupar un lugar preponderante en la vida, así como la experimentación sexual. Tradicionalmente la psicología ha entendido que muchos de estos procesos se condensan en el de exploración y consolidación de una identidad (Erikson, 1968). El adolescente típicamente está muy atento a la imagen que proyecta y a la retroalimentación social que recibe. Tiene la oportunidad de probar distintos estilos y maneras de estar en el mundo. Se pregunta: ¿Quién soy? ¿Qué voy a hacer en el futuro? ¿Cuál es mi lugar en el mundo? ¿Cómo me distingo de los demás?

Uno de los modelos más empleados para estudiar el desarrollo de la identidad en la adolescencia es el de Marcia (1966), el cual establece que hay cuatro formas prototípicas de resolución de los conflictos de identidad en esta etapa. La primera sería la difusión, en la que el o la joven no se compromete con ningún camino, se queda en el aire sin ninguna decisión tomada. La segunda se refiere a la identidad cerrada en que el o la joven define una identidad, pero de manera rígida, sin darse permiso para explorar y experimentar con alternativas, lo que puede llevar a tomar ciertos compromisos de manera prematura. La tercera se refiere a la moratoria en que el o la adolescente se da un tiempo y puede alargar el período de experimentación antes de tomar decisiones más definitivas. La última modalidad sería la del logro de la identidad en que se toman decisiones sólidas sobre la identidad sexual, amorosa y vocacional (Klimstra, Hale, Raaikmakers, Branje y Meeus, 2009).

Junto a estas consideraciones de exploración identitaria también en muchos estudios se ha señalado que el logro de la autonomía es una tarea central de dicha etapa (Noom, Dekovic, Meeus, 2007). La capacidad de pensar de manera independiente e ir consolidando un funcionamiento autónomo es considerada clave.

El proceso de exploración de la identidad y la separación progresiva del hogar es exigente y a menudo es descrito como emocionalmente turbulento.

En la adolescencia se agudizan ciertas problemáticas. Esto, por lo general, va relacionado con la presentación de una serie de riesgos para la salud personal y grupal, en particular relevantes, como violencia, desescolarización, consumo de drogas, embarazos no deseados, suicidio, trastornos afectivos, entre otros (Kazdin, 1993). De igual forma aumenta el de sufrir algún trastorno psicológico (Sheffield, Fiorenza, Sofronoff, 2004). Finalmente, varios autores han concluido que los factores de riesgo tienden a venir en «paquetes» en la adolescencia. De manera que la presencia de uno de ellos incrementa la probabilidad de que estén presentes otros, generando un efecto multiplicativo de los mismos. Dentro de éstos, la pobreza aparece como el aspecto que, según los especialistas, está asociado a la mayor cantidad de otros factores de riesgo. Es un elemento que multiplica los riesgos.

Sin embargo, la pobreza y sus efectos han recibido poca atención en la investigación psicológica mundial (Kumar, 2008). A menudo los efectos contextuales son obviados reduciendo las explicaciones a aspectos individuales, lo que termina produciendo visiones unilaterales, estereotipadas y limitantes (Harper, 1991). Jessor (1993) cita uno de los volúmenes importantes sobre desarrollo adolescente:

Quizás la observación más importante a través de todos los capítulos de este volumen es el grado en que la investigación sobre el desarrollo normal se ha restringido a jóvenes blancos clase media (...) los jóvenes pobres de nuestra nación reciben poca atención explícita en este volumen. (Feldman y Elliot, 1990, c.p. Jessor, 1993)

La presente investigación pretende continuar el estudio del desarrollo de la adolescencia en contextos de pobreza que venimos realizando desde el Parque Social (Izquier, 2007) y hacerlo desde una perspectiva que respete la mirada y las impresiones de los propios jóvenes.

Pobreza, adolescencia y riesgo

Erik Erikson (1968) propuso estudiar la identidad y su desarrollo desde una perspectiva tanto individual como social. Su manera de entender lo que llamó «crisis de identidad» era una forma de aludir a una etapa de vida convulsionada, pero también la manera de referirse a la convulsión de una época histórica que se manifestó en la presencia de la juventud en muchos de los dilemas de la sociedad norteamericana de los años 1960. La juventud norteamericana de esa época participó en la revolución sexual, las protestas

antiguerra y una serie de opciones de vida alternativas, como el movimiento hippie, que conmocionaron a las universidades y a la sociedad en general. Para Erikson el estudio de la identidad conducía al estudio de los individuos pero también de su tiempo histórico y de los condicionantes sociales que influyen en los procesos psicológicos. Asimismo, consideró la relación de la identidad individual con la identidad grupal como un elemento esencial a desentrañar. Siguiendo las líneas de Erikson, el estudio contemporáneo de la adolescencia en Venezuela exige lidiar no sólo con indagaciones individuales, sino también contextualizarse en las condiciones sociales y los dilemas históricos que los jóvenes actuales atraviesan y que ofrecen el marco en donde la adolescencia se transita.

Aproximaciones contemporáneas al estudio del desarrollo adolescente plantean que, en esta etapa, los jóvenes que se encuentran en un proceso intenso de construcción de sus narraciones identitarias personales van a dedicar tiempo al desarrollo de las dimensiones ideológicas y valorativas de sus guiones. Las preguntas sobre bondad y verdad aparecen en los dilemas personales y constituyen el marco ideológico del desarrollo de la identidad (McAdams, 1993). De nuevo, este proceso entonces va a estar dialogando de manera cercana con el contexto social de la época que al joven le ha tocado atravesar.

La literatura científica mundial ha establecido los riesgos para el desarrollo que implica la pobreza. Las desventajas se expresan en una variedad de dimensiones de la vida. Estudios que han cuantificado algunos de estos factores reportan que los jóvenes en pobreza están expuestos a más separaciones y conflictos familiares; más violencia y crimen en el vecindario; redes sociales más pequeñas; menos apoyo institucional; menos estimulación cognitiva; menos contacto diario con adultos significativos; menos implicación parental con la escuela; más horas viendo televisión; maestros de menos calidad; menos sentido de pertenencia a sus centros educativos; más exposición a contaminación ambiental; menos parques públicos; hogares con deficiencia de servicios; menos libros y juguetes en el hogar; menos supermercados en las cercanías, por mencionar sólo algunas de las variables que son significativas (Evans, 2004; McLoyd y Wilson, 1991).

Este listado muestra la multiplicación compleja de la desventaja en que interactúan factores físicos, sociales y emocionales. La vía de influencia de

estas desventajas y el desarrollo psicológico no ha sido detallado, pero sí existe acuerdo en algunas de las consecuencias psicológicas frecuentes de estas dificultades.

En primer lugar, el peso de la carencia material hace que los jóvenes provenientes de clases más desfavorecidas sientan más presión de salir a contribuir con los ingresos familiares. Eso hace que haya menos espacio para estudiar, para probar vías vocacionales distintas y para fracasar. Ante el fracaso de una carrera universitaria de un joven clase media, por ejemplo, es común que la familia le aliente a darse una segunda oportunidad, las cuales son menos factibles cuando la familia tiene urgencias económicas. Esto incide en la posibilidad de desarrollar la moratoria psicológica que se mencionó al comienzo, al describir las distintas trayectorias de negociación de la identidad en la adolescencia. Los jóvenes de clases populares tienen menos oportunidades de ejercer esa moratoria, de darse un tiempo sin comprometerse con las responsabilidades de la adultez y permitirse extender la búsqueda vocacional, lo cual es considerado un tiempo útil para el desarrollo.

En segundo lugar, las numerosas limitaciones generan una serie de presiones que se traducen en estrés sostenido. El incremento de separaciones y conflictos que se produce en las familias en las que hay carencia material es explicado en gran parte con base en este estrés. La carencia material somete a los miembros de la familia a las angustias cotidianas para la resolución de muchas de las necesidades.

Finalmente, la pobreza carga con el peso de la estigmatización. Se ha demostrado que actitudes clasistas influyen en las expectativas internalizadas de los jóvenes, impactando, por ejemplo, su rendimiento académico (Hardaway y McLoyd, 2009). El menor acceso a bienes valorados (como, por ejemplo, la educación, pero también los bienes materiales) implica, asimismo, menos acceso a los símbolos de estatus social. Numerosos autores han subrayado el peso negativo en la valoración personal que cargan los jóvenes que provienen de clases más bajas (Hardy y Laszloffy, 2005; Pakman, 1997; Sennett, 2003). Se ha registrado, por ejemplo, cómo los niños reportan sentimientos de vergüenza y tienen más dificultad para verse de manera positiva (Phillips, 2007).

El proceso de formación de la identidad tiene que lidiar, entonces, con los retos de tener menos tiempo de moratoria para desarrollarse y mayor nivel

de estrés psicosocial, además de enfrentar los elementos de desvalorización y falta de reconocimiento típicamente reportados en la experiencia de la pobreza. A eso le podemos añadir el menor acceso a intercambios continuos con adultos disponibles y a modelos de identificación cercanos valorados (Guerra y Phillips, 2006).

En investigaciones previas realizadas por nuestro equipo con jóvenes en extrema pobreza, que habían vivido en las calles de Caracas, confirmamos que una de las fuentes de sufrimiento comúnmente relatadas por los jóvenes es la sensación de estar marcados por una identidad poco valorada. El miedo al abandono y al desprecio, así como la necesidad de acceder al reconocimiento del otro, destacó en nuestras entrevistas e intercambios (Llorens, Alvarado, Hernández, Jaramillo, Romero y Souto, 2005).

Uno de los jóvenes entrevistados lo expresó en estos términos:

Me gusta hacer mucha fama pa' que me conozcan y vean que soy una buena persona y todo el mundo esté al tanto... Eso es lo que me ha llevado a que yo soy muy, que me gusta colaborar, me gusta ayudar, vean, vean, que no soy una persona que tiene problemas, pero al igual tengo problemas, entonces no me gusta que vean que yo también tengo problemas, porque sí, yo tengo mis problemas... (Romero, 2001).

Más específicamente algunos estudios han examinado la manera en que la discriminación racial y de clase social afecta negativamente el acceso al empleo, el bienestar psicológico, y está relacionada con bajo rendimiento escolar y problemas adaptativos (Hardaway y McLoyd, 2009; Phillips, 2007). Los jóvenes de sectores marginalizados viven la experiencia ambivalente de estar vinculados e identificarse con su subgrupo y, al mismo tiempo, estar influenciados y convocados por una cultura dominante que frecuentemente tiene exigencias valorativas distintas. A menudo los valores dominantes exigen alcanzar ciertos ideales, pero al mismo tiempo esa sociedad niega el acceso a los medios (económicos, educativos) para resolver esas exigencias. De esta manera la vivencia de las personas ubicadas en los márgenes de la cultura puede ser contradictoria y llena de ambivalencias.

Hardy y Lasloffly (2005) explican que esto genera la vivencia de la desvalorización. El respeto ha sido descrito por muchos autores como un elemento clave para comprender algunos de los malestares de los jóvenes provenientes de sectores excluidos tanto en Venezuela como en el resto del mundo

(Sennett, 2003; Whitehead, 2009; Zubillaga, 2005, 2007; Zubillaga y Briceño-León, 2001).

En específico el respeto ha sido descrito como la variable central que permite descifrar muchas de las interacciones violentas, en el extremo de los problemas entre los adolescentes en nuestro país. Las transacciones de respeto entre jóvenes armados están íntimamente ligadas a la alta tasa de homicidios. Zubillaga (2005, 2007) ha realizado entrevistas con jóvenes con historias de violencia y ha encontrado cómo la defensa de la dignidad y las transacciones de honor están muchas veces de fondo en la cadena de retaliaciones y ajustes de cuentas que suman la mitad de los asesinatos reportados en el país. No es el acceso a bienes materiales, sino las transacciones de la fama, el honor y la retaliación que sostienen muchos ajustes de cuenta.

Deutsch (2008) ha realizado investigación etnográfica en un liceo norteamericano de bajos recursos, describiendo igualmente el valor explicativo del respeto en las interacciones de los jóvenes. Ella reporta cómo los jóvenes describen el malestar de sentirse estigmatizados por provenir de sectores empobrecidos de la sociedad. En consecuencia, sentirse reconocidos y valorados se convierte en una aspiración central. Además, señala que la experiencia de ser respetados está íntimamente ligada al hecho de saberse escuchados y sentir que pueden ser ellos mismos frente a los demás. Los jóvenes de esta investigación manifestaban molestia por sentir que los adultos no los escuchaban o no les prestaban atención, lo que evidencia cómo este proceso de construcción de una identidad fuerte está atravesada por las relaciones establecidas.

En tal sentido, se ha registrado cómo estas relaciones con los adultos, especialmente con la familia, sirven para mediar y sobrellevar las experiencias de discriminación. Familias de jóvenes de minorías étnicas en otros países tienden a utilizar estrategias como ayudar a desarrollar la red social del joven, establecer alianzas estratégicas con las instituciones disponibles, supervisar de manera cercana el comportamiento del hijo y establecer conversaciones sobre los temas de discriminación y desigualdad, en historias positivas de desarrollo ante dificultades sociales (Flannagan, Syvretsen, Gill, Gallay y Cumsille, 2009; Hardaway y McLoyd, 2009; Hugues, Hagelskamp, Way y Foust, 2009). De esta manera los adultos significativos pueden ejercer un efecto importante en la forma en que los jóvenes lidian con las vivencias de desvalorización.

Finalmente, como muestra este apartado, gran parte de las investigaciones que hay en esta materia hace un gran énfasis en las dificultades y desventajas de la pobreza en la vida de los adolescentes y escasamente explora las fortalezas y la resiliencia de los jóvenes para sobreponerse a esos retos (Hardaway y McLoyd, 2009). Hemos venido intentando desarrollar investigaciones, que si bien no soslayan las dificultades del contexto, puedan trabajar desde las capacidades y fortalezas de los jóvenes que acuden a nuestro centro (Izquierdo, 2007).

Arte, identidad, investigación y desarrollo

Los autores de este trabajo han estado ligados al uso del arte para investigar y hacer intervención comunitaria por más de diez años (Llorens, 2002; Jiménez, 1999, 2002). Existe una tradición dentro de la psicología comunitaria del uso del arte como herramienta para la intervención de problemáticas sociales (Meade y Shaw, 2007). Asimismo, la psicología ha reflexionado sobre la apertura de un «espacio transicional» que ofrece el arte (Winnicott, 1971). Un espacio donde los problemas pueden ser representados en el afuera de manera no amenazante. El juego y el arte hacen posible representar los conflictos psicológicos y sociales de una forma exteriorizada que permite tomar distancia, reflexionar y luego reapropiarse de los contenidos elaborados y digeridos. Para autores clásicos, como Winnicott (1971), lo que un adulto puede ofrecer para facilitar el desarrollo de los niños y jóvenes es precisamente ayudar a construir estos espacios transicionales y acompañarlos mientras los utilizan para reflexionar de manera activa. No sólo eso, un adulto facilitador es capaz de encontrar en ese proceso una zona intermedia propia, que le permita entonces involucrarse en su propia exploración en conjunto con los jóvenes que acompaña. En sus propias palabras:

... si (un adulto) se las arregla para disfrutar de su zona intermedia sin presentar exigencias, podemos reconocer nuestras correspondientes zonas intermedias y nos complacemos en encontrar cierta medida de superposición, es decir, de experiencia en común entre los miembros de un grupo de arte, religión o filosofía.

La coincidencia de estos dos espacios transicionales, asegura Winnicott, es el centro de las actividades que resultan terapéuticas. En un sentido menos psicológico y más social, Meade y Shaw (2007) plantean que:

... el arte provee un lugar en que las relaciones y los roles políticos y pedagógicos pueden ser renegociados y re-imaginados en parte por su potencial único de sacarnos de nosotros mismos.

Evaluaciones de programas de intervención comunitaria a través del arte han reportado que estas iniciativas tienen el potencial de facilitar la comprensión entre culturas diferentes, desarrollar habilidades de liderazgo y gerencia comunitaria, nutrir el deseo de continuar formándose para desarrollar habilidades, robustecer el sentido de la identidad local, fortalecer una red relacional, producir disfrute, facilitar la expresión personal, aumentar la sensación de autovaloración y finalmente, generar ingresos (Kay, 2000; Mataraso y Chell, 1998).

En particular, hemos encontrado en el arte una herramienta útil para trabajar con poblaciones que vienen de experiencias traumáticas (Calzadilla, 2000; Jiménez, 2002; Llorens, 2002) y con sectores donde la valoración personal puede ser frágil y la identidad puede estar tocada (Jiménez, 1999), como lo son las personas que han perdido a algún familiar a manos de los cuerpos de seguridad del Estado, personas que han sobrevivido a situaciones de violencia dentro del hogar y niños que han vivido en las calles de Caracas.

La participación de jóvenes en actividades extracurriculares está asociada a diversas medidas de desarrollo positivo, entre las cuales encontramos: mejores calificaciones y puntajes en evaluaciones externas de rendimiento, intervención en actividades académicas, valoración de la escuela, más autoestima y resiliencia, así como menos depresión; también está vinculada a la formación de redes sociales integradas por compañeros con aspiraciones más altas, y con menor disposición a abandonar los estudios y a consumir drogas (Fredricks y Eccles, 2008). En cuanto al tipo de actividades extracurriculares que los adolescentes encuentran satisfactorias, Dworkin, Larons y Hansen (2003) condujeron entrevistas con adolescentes y concluyeron que estas son las que permiten explorar áreas nuevas y conocerse a sí mismos en el proceso; desarrollar iniciativas, tomar responsabilidad; establecer relaciones con pares; desarrollar habilidades emocionales y sociales, trabajar en equipo y, finalmente, crear conexiones con adultos significativos aumentando así el capital social. En distintas investigaciones los adolescentes han reportado que las actividades artísticas, junto a las deportivas, son las que generan mayor nivel de motivación intrínseca (Shernoff y Lowe, 2007).

Así, pues, los talleres artísticos con adolescentes que se vienen desarrollando en la Unidad de Psicología del Parque Social pretenden ofrecer escenarios para registrar y reflexionar sobre los dilemas de la consolidación de una identidad de los jóvenes de los sectores vecinos del suroeste de Caracas, pero a la vez busca construir un espacio donde nosotros, como universidad, como adultos, como profesionales mayormente de la clase media, podamos también generar reflexión. Nos interesa aspirar a los espacios superpuestos transicionales propuestos por Winnicott para referirse al espacio terapéutico creativo. Queremos propiciar escenarios donde los adolescentes encuentren algunos de los valores que ellos, en investigaciones, han reportado como los buscados en actividades extracurriculares, pero al mismo tiempo donde nosotros, como complemento de esas actividades encontremos espacios para pensar sobre nuestro lugar como interventores de la realidad psicológica y social del país.

Esta búsqueda relacional toma de varias fuentes. Se ha mencionado ya que nuestra formación clínica psicológica es, evidentemente, una de las influencias. La mirada puesta en la relación y no sólo en el otro que acude a la ayuda. Pero se complementa con la perspectiva tomada de la psicología comunitaria y, en particular, de la pedagogía crítica que inspiró muchos de los desarrollos de la psicología comunitaria latinoamericana (Freire, 1971; 1996; Montero, 2004, 2006). La psicología comunitaria ha enfatizado el desarrollo de teoría y acción para establecer, consolidar y negociar relaciones de colaboración entre sectores distintos (adultos-jóvenes, profesionales-obreros, comunidades de distintos niveles de afluencia, etc.), de manera que se construya un espacio democrático. En este sentido, la investigación sobre las condiciones de los adolescentes que acuden a nuestro centro debe pasar por la reflexión sobre nuestro lugar en la relación con ellos y las condiciones que esto impone.

Relaciones de ayuda

Muchas de las investigaciones que buscan hacer intervención social surgen de alianzas entre universidades y comunidades. Las problemáticas comunes de este tipo de relaciones han sido estudiadas (Suárez-Balcázar, Davis, Ferrari, Nyden, Olson, Álvarez, Molloy y Toro, 2004). Poner el énfasis en la dimensión relacional entre grupos ha ayudado a incorporar y a hacer más agudo el análisis social del contexto, así como a fortalecer las capacidades

de las comunidades con las que se trabaja. La psicología comunitaria viene desarrollando perspectivas críticas y propuestas de acción para lograr establecer relaciones que fortalezcan y no debiliten a los sectores incorporados en estas relaciones. Montero (2004) argumenta a favor de esta manera de investigar mediante el desarrollo de lo que ha denominado las dimensiones éticas y políticas del conocimiento y, en especial, la ética de la relación.

Los investigadores que han reflexionado sobre las relaciones de ayuda han discutido sobre las dimensiones problemáticas de ellas, especialmente cuando instituciones, como las universidades, trabajan con poblaciones en desventaja. Las relaciones de ayuda establecidas por las universidades a menudo son unidireccionales, jerárquicas y montadas sobre modelos de experticia, lo cual deja a los receptores en una posición pasiva y dependiente (Bringle y Hatcher, 2002). Este tipo de iniciativas, por bien intencionadas que puedan ser, escribe Worchel (1984), tienen el potencial de dañar, si hacen énfasis en la caridad y no en la colaboración. Sennett, que se ha dedicado a estudiar los procesos de distribución del reconocimiento y honor en la sociedad contemporánea, destaca lo problemático de las relaciones de ayuda en contextos de desigualdad. Él escribe: «... la caridad misma tiene poder para herir; la piedad puede engendrar menosprecio; la compasión puede estar íntimamente ligada a la desigualdad».

En esa misma línea, a las aproximaciones investigativas más tradicionales dentro de la psicología (positivistas y pospositivistas) se les ha criticado su incapacidad para registrar las dimensiones éticas y políticas de la producción y comunicación del conocimiento (Nelson y Prilleltensky, 2005). El trabajo de muchas de las aproximaciones psicológicas comunitarias ha buscado desarrollar metodologías alternativas a las tradicionales que permitan dirigir la atención a las necesidades de las poblaciones más vulnerables, atender las dimensiones de poder que subyacen a los problemas, registrar las voces y perspectivas de las personas investigadas, desarrollar relaciones de apoyo a través del proceso investigativo, tender puentes de solidaridad, investigar sobre temas que permiten favorecer el cambio, con diseños emergentes y flexibles, sintonizados con las necesidades contextuales. Asimismo, las perspectivas cualitativas y críticas han puesto el acento en dirigir la atención no sólo a los contextos que estudiamos, sino al mismo proceso de investigación y el lugar que nosotros ocupamos como observadores en la relación investigativa (Parker, 2005).

Es por eso que la investigación actual pretende no sólo hacer un registro que proyecte la propia voz de los adolescentes de sectores populares de Caracas, sino también reflexionar sobre el proceso de ayuda y los dilemas que traen las relaciones de ayuda entre adultos profesionales y los jóvenes, para así intentar construir opciones recíprocas de desarrollo. Se busca, a través de las actividades de los talleres, detectar y reflexionar sobre las dinámicas de intercambio entre los adolescentes y los adultos que los conducen, para pensar sobre el lugar que ocupamos nosotros con respecto al proceso reflexivo y de desarrollo de los jóvenes.

Encuentros y desencuentros de dos mundos

Noraedén Mora Méndez



El presente ensayo pretende mostrar un encuentro reflexionado entre los adolescentes que formaron parte del programa Arte y Vida y los profesionales que llevaron a cabo dichos talleres. En este caso me ubico como la psicóloga que estuvo presente en las dos fases del taller, junto a los dos artistas que participaron para formular los ejercicios de expresión creativa. A continuación presentaré en tres partes esta experiencia, acompañada de extractos textuales de los registros realizados en las distintas sesiones de los talleres.

La expectativa

«O sea lo que ustedes quieren decir con todo esto, es que quieren quedar bien en alto. Que cuando alguien nos pregunte algo de fotografía o de psicología, nosotros sepamos responder bien y los dejemos bien a ustedes»¹.

1
Este fragmento fue tomado del registro del primer encuentro con los adolescentes que formaron parte del programa Arte y Vida. Las palabras son la respuesta de una de las participantes al comentar acerca de las expectativas sobre el taller.

El proyecto llevado a cabo en la Unidad de Psicología del Parque Social fue formulado inicialmente como un taller donde se pudiesen unir el arte y la psicoterapia en el trabajo con adolescentes. Existía, por parte de la Unidad de Psicología, la necesidad de atraer a la población adolescente puesto que, según las estadísticas allí llevadas, es la población que menos asiste a la unidad. Este espacio se pensó bajo el entendido de que los adolescentes requerirían una excusa material y una alternativa distinta a la que las comunidades les ofrecen para poder venir a hablar de sus conflictos (Parque Social Padre Manuel Aguirre, s.j., s.f.). Además, se suponía que el arte sensibilizaría tanto a los adolescentes como a los facilitadores. Finalmente, el espacio fue llamado Arte y Vida. Los talleres se ofrecieron a los adolescentes pacientes de la unidad, así como a otros jóvenes de algunos colegios de las zonas aledañas.

Una vez contextualizado el proyecto, volvemos al análisis del fragmento inicial. Me planteo, en un principio, que este extracto contiene información acerca de los códigos intercambiados entre dos mundos, tal como los llamaría Moreno (2002). Surgen tres preguntas sobre este intercambio: ¿Cómo se perciben los adolescentes en el espacio de psicología?, ¿cómo es percibida la Unidad de Psicología? y ¿cómo se percibe a estos adolescentes desde la unidad?

El comportamiento de los adolescentes, sus síntomas o el desarrollo de la identidad han sido suficientemente documentados; sin embargo, ha sido escasa la reflexión acerca de la relación entre adolescentes asistentes a un centro de salud mental y los profesionales que los reciben.

Asimismo, al reconocer la existencia de dos mundos de vida, dos entornos cruzándose en un espacio destinado a la expresión, se debería partir del supuesto de que ambos mundos interactúan y se afectan mutuamente. Habría que preguntarse por qué esta adolescente pensaría que los facilitadores como representantes de la Unidad de Psicología querrían que los dejaran *bien en alto*, por qué pensaría que ella sería puesta a prueba en cuanto a sus conocimientos de psicología o fotografía y, además, cuál sería la prueba o la demostración de que hizo un buen trabajo en los talleres. Deteniéndose en estas palabras, cuando se piensa en la expresión *bien en alto*, recuerda la publicidad de un producto, una aerolínea, ropa formal o un restaurante, algo como *por todo lo alto*. Pareciera que esta adolescente tiene una expectativa demasiado alta sobre ella, quizás una necesidad de retribuir el servicio; tal vez percibe a la unidad como un estándar a seguir, por tanto ella asiste a estos talleres a aprender de este modelo, a seguirlo. Esto le otorga a los profesionales de la unidad un poder sobre ella, sobre sus expectativas de futuro.

Cabría preguntarse qué es lo que proyecta la Unidad de Psicología para esta adolescente. En términos de dejar *bien en alto* el conocimiento, la experiencia, la profesionalización, representaría una enorme ventaja sobre ésta y los demás adolescentes. En principio me voy a referir al nivel socioeconómico que, medido o no con una escala, es notablemente diferente. La posibilidad de entrar en una universidad, la localidad donde viven, el espacio de socialización, entre otros datos relevantes, permiten intuir el nivel socioeconómico. Otro factor presente sería el nivel educativo y la práctica profesional llevada a cabo, considerando además el funcionamiento de un posgrado dentro de la Unidad de Psicología y la ubicación de la misma que evidencia —y no trata de ocultar— el vínculo con la Universidad Católica Andrés Bello. Aunado a esto, entraría el elemento de la edad, que en este caso se hace patente por tratarse de adolescentes. La edad de los facilitadores vistos como adultos alude a experiencia y a mayor conocimiento. Se hablaría entonces de profesionales de edad adulta que probablemente provienen de familias de profesionales o comerciantes, de familias que han mejorado económicamente de una generación a otra, trabajando con adolescentes prove-

nientes de sectores económicamente carentes. Por otro lado, el ámbito del arte y la experiencia expresiva representa usualmente un espacio reservado a una élite de artistas o críticos que comprenden las obras y la creación de las mismas. Así, crear el espacio para la expresión artística de adolescentes de sectores económicos desprovistos en un ambiente psicológico, sin duda, aparece como un elemento exótico.

Todas estas señales se encuentran manifiestas para que los adolescentes que atendemos las lean. De esta manera se puede decir que no sólo se trata de una lectura pasiva, sino de una interacción donde se realiza una serie de acciones en respuesta a las expectativas que ellos intuyen se tienen sobre ellos. Los adolescentes descifran, desde su punto de vista, cuáles son los pasos que deben realizar para poder moverse, a ratos, con nosotros, demostrando un respeto y una confianza en los profesionales de la unidad como portadores del bienestar y de los modelos a seguir.

Todos odiamos lo mismo: la basura

A continuación se presenta un extracto del diario de campo que tuvo lugar en un ejercicio fotográfico en el que se les pedía a los adolescentes que retrataran sus *desafectos*.

Diario de campo - Séptima sesión

2/12/2008

N nos muestra una serie de fotos de Antímano, de la «basura y el desorden» de su comunidad, como ella misma lo llama. A esto el fotógrafo lo llama un «reportaje fotográfico». N comenta: «Estas fotos son horribles, ¡ay, no! Las tomé porque era lo que a uno no le gustaba ¿no? Bueno, aquí yo le tomé fotos a la basura, la pasarela llena de basura y a la gente que es demasiado cochina que no sabe cuidar las cosas». Sigue comentando que a ella no le gustan sus fotos, aunque éstas tienen una franqueza increíble. Luego dice: «Yo, de verdad, le digo a todo el mundo que no haga eso, que no bote basura, que cuiden lo que tienen, que no dañen la pasarela y mira cómo está todo igual. De verdad, esto es algo que me molesta, me molesta, me molesta, cómo va a vivir uno con eso así».

En el extracto podemos ver cómo N responde ante un ejercicio fotográfico cuya palabra estímulo es: *desafectos*. Una palabra cargada de lenguaje psicológico, una palabra que implica una valoración de aquello que queremos o le guardamos estima y aquello a lo que no. Si el afecto representa todo lo que

se quiere o desea, el desafecto sería lo odiado o rechazado. Esta adolescente responde al ejercicio tratando de ubicar en su eje personal los desafectos, mostrándonos fotos de su comunidad sucia, manifestando que no está conforme con esa manera de vivir y, además, buscando la aprobación del ejercicio por parte de los facilitadores. Para N, si hay algo que debería estar en sus desafectos sería todo aquello que está también en nuestros desafectos, puesto que —como se mencionó previamente— representamos un modelo a seguir. Su desafecto se aleja de lo personal y se ubica en lo social, en la queja común de la clase media: la basura, los huecos en la carretera, las pasarelas dañadas, entre otras cosas.

¿Por qué no pensar que realmente esta adolescente odiara el lugar donde vive y prefiere un lugar limpio y ordenado? ¿Por qué sospechar que lo que está diciendo está cargado de lo que ella cree que los facilitadores esperan de ella? Estas preguntas resultan clave para dilucidar diversos elementos presentes en la interacción con los adolescentes pertenecientes al taller. Es probable que existan otros aspectos que le disgusten más o que realmente se aproximen mejor a lo que para ella podría ser un desafecto. Ella decide retratar lo sucio, lo dañado, lo antagónico al espacio de la unidad, que se mantiene limpio y cuidado. Así, la petición misma de ubicar, nombrar y retratar un desafecto proviene de los profesionales psicólogos o artistas. En un intento por asimilar esta actividad se encuentra en una encrucijada entre los contenidos y deseos del mundo de los profesionales y los de su propio mundo. Es decir, esta adolescente, colocándose en el discurso psicologizante, es capaz de dilucidar aquello que debe rechazar. Así, la basura en la calle pasaría de ser un elemento complejo con respecto a los servicios, la sobrepoblación y el espacio, a ser un desafecto.

A este respecto, citamos al sociólogo y filósofo Baudrillard (1998) en sus reflexiones sobre la ilusión y la desilusión estética: «El arte se ha realizado hoy en todas partes. Está en los museos, en las galerías, pero también en la basura, en los muros, en las calles, en la banalidad de todas las cosas hoy sacralizadas sin ninguna forma de proceso. La estatización del mundo es total».

N retrata su comunidad sucia y estas fotografías nos muestran su propia apreciación estética; luego, en compañía de los facilitadores, le da nombre y le coloca significado verbal a una apreciación que quizás es difícil de nom-

brar. El arte no sólo está en la belleza o en el odio a lo feo, sino quizás en ese registro y en esa apreciación visual de una comunidad desde el ojo de una adolescente.

Realidades que se encuentran

Hablar de los mecanismos de poder no sería algo novedoso, considerando los planteamientos de Foucault (2000) en los que expone claramente su inquietud por destacar y visibilizar la desigualdad de poder en ambientes donde se dice trabajar a favor de la salud mental. Sin embargo, no se trata exclusivamente de subrayar cuáles son los mecanismos que entran en juego en esta interacción, sino intentar registrar los puntos de encuentro y desencuentro que pueden ocurrir en este espacio de intercambio humano entre adolescentes y profesionales. Es preciso mencionar algunas consideraciones desde la perspectiva de quién o quiénes reciben a estos adolescentes.

Rememorando la dinámica de presentación inicial, con el grupo de adolescentes, se hizo un juego en el que se coloca a las personas en parejas y hablan acerca de elementos muy básicos de su vida (qué hacen, en qué año están, dónde viven, cuántos hermanos tienen, entre otros). Más adelante, una persona presentaba a su pareja y luego viceversa. Dado que el número de adolescentes era impar, realicé la dinámica con una de las adolescentes. En la primera parte de la dinámica la adolescente habló de ella y en la segunda parte me toco dar detalles básicos de mí. Ante una de las preguntas más elementales de esta dinámica: ¿Dónde vives?, apareció un grado de angustia importante al respecto. Tardé por lo menos treinta segundos calculando la respuesta. Cada vez que la respondía mentalmente algo sonaba errado: Santa Eduvigis. Para pronunciar el nombre de esta santa tendría que modular y mover demasiado los labios. Sonaba a colegio de monjas costoso, sonaba a un lugar exclusivo del este de Caracas, sonaba a dinero. Finalmente, respondí: por Parque del Este, como si ésta fuese una mejor respuesta; al menos no tuve que mover demasiado la boca para pronunciarla.

Quizás produzcan gracia las cosas que pueden detener a una profesional de responder libremente una simple pregunta geográfica. Este episodio muestra el intento de traducir los contenidos de un mundo a otro. Una traducción o una adaptación que pudiera suavizar lo pornográfica o abundante de esa realidad, entendiendo que sin traducción podría ser algo ofensivo para los adolescentes. En este sentido, como profesionales, pareciera que son más

las cosas que traemos al espacio de interacción que las que permitimos que pasen, pero afortunadamente estos espacios no se domestican ante el intento de control.

Registros como éste se han encontrado en diversos estudios con adolescentes provenientes de sectores económicamente desprovistos. Por ejemplo, Izquier (2007) reporta: «Yo me esperaba encontrar a un grupo de jóvenes desarreglados, con actitud irreverente, signos de descuido en el uniforme y con una estética que corresponde con el estereotipo de “chamo pobre”: Mucha gelatina en el pelo, ganchitos y accesorios de colores fosforescentes, maquillaje, bigotes, etc.», y más adelante relata que se encuentra con jóvenes corrientes, similares a los que ha visto antes y comenta: «En ese momento me avergoncé de mis propios prejuicios y registré en el cuaderno de campo esta vivencia».

Ubicándome una vez más como la facilitadora del taller que intentaba dar una respuesta correcta ante la pregunta de una adolescente, podría rescatar mi intento de difuminar, quizás hasta de disculpar, la diferencia social entre ellos y nosotros. Supongo, además que, frente a discursos de igualdad y desigualdad patentes en nuestro país actualmente, aparece la culpa por pertenecer a un lado y no al otro; ante ello la necesidad de esconder, suavizar o traducir esto. Asimismo, la ignorancia, tal como lo menciona Izquier (2007), juega un papel importante si tomamos en cuenta que estos adolescentes tienen otra manera de vivir y desconocen el estilo de vida de un profesional de la unidad. Igualmente me permito agregar que, ante la repetida insistencia en el privilegio y la desigualdad, se puede llegar a fantasear con que estos adolescentes rechazarían lo que les es propio (su comunidad) y preferirían lo mío (Santa Eduvigis). Esta sensación no impidió la vivencia de adolescentes contentos de estar donde están, con experiencias únicas y puntos de encuentro con mi mundo. Del mismo modo, la posibilidad de expresión artística en el grupo generó mensajes variados dando pie a la diversidad entre ellos y con nosotros.

No quisiera confundir al lector planteando esta reflexión como un ensayo extremista que dé a entender que la solución ante las diferencias sería alejarse de todas las marcas que nos señalan como profesionales y pretender una neutralidad absurda. Al contrario, es posible comprender ambos mundos como matices posibles en la diversidad de vivencias. Un encuentro entre

profesionales adultos y jóvenes de diversas comunidades por medio de la expresión y el arte.

Finalmente, es importante enfatizar en la posibilidad de un mejor trabajo con los adolescentes desde una perspectiva que ponga de lado el saber sobre ellos, para de esta manera estar abiertos a lo que pueden mostrar en códigos no psicológicos o fuera de diagnóstico. Tal como reporta Skott-Myhre (2008) en su libro acerca de los jóvenes como fuerza creativa, registrando el trabajo con jóvenes, plantea que los momentos más novedosos y menos predecibles son aquellos en los que los adultos son capaces de olvidar que de alguna manera «conocen» a los jóvenes. Comenta que estos momentos inesperados ocurren cuando se caen los filtros conceptuales que utilizamos para explicar el desarrollo, hacer diagnósticos y describir la adolescencia.

También es importante tomar en cuenta el poder que los adolescentes nos otorgan como profesionales, revelándonos la imagen donde nos ubican como modelo a seguir. Estos jóvenes han sido traídos a la Unidad de Psicología por sus representantes o sus maestros con la promesa de que en este lugar los entenderían o los ayudarían. Además, muchos de estos adolescentes aspiran a una carrera profesional, por tanto la unidad representa un centro de personas que ya ha tenido éxito en el sistema educativo superior, portadores de la verdad acerca de la salud mental. En este sentido, Skott-Myhre (2008), en su propio trabajo con jóvenes, plantea la posibilidad de reconfigurar el rol tradicional de profesor-alumno hacia una relación transversal, que no sólo representa un intercambio de información, sino que pasa a ser una transformación mutua de la subjetividad. Esta reconfiguración también puede plantearse en el área psicológica. Se propone, entonces, un espacio más horizontal en el que los adolescentes se sientan partícipes de los productos que surgen en el espacio compartido. Una construcción en conjunto con ambas subjetividades: las de los adolescentes y las de los profesionales que trabajan con ellos.

Propuesta Soñadores. Retratos de contacto

Xiomara Jiménez



Proceso —cuya etapa inicial estuvo enmarcada dentro del espacio de intercambio de un taller— destinado a jóvenes asistidos por la Unidad de Psicología del Parque Social de la Universidad Católica Andrés Bello, junto a un equipo de profesionales del campo psicológico que ha incorporado diversas experiencias de creación a sus actividades más frecuentes.

Esta exposición representa un *ensayo visual* con obras creadas a partir de un repertorio de ejercicios gráficos o escritos, producido primeramente en el taller, que bordea aspectos de la identidad de un grupo de muchachos residentes en populosas parroquias de Caracas, como Antímano, La Vega, El Junquito y otros sectores. A lo largo de varias sesiones se formularon estrategias tallerísticas que dieron pie a una sucesión de testimonios e imágenes personales y familiares; nos paseamos por una gama de dinámicas utilizando algún «lema» escrito o visual para activar el desarrollo de aproximaciones sobre el cuerpo, la memoria o el espacio doméstico y urbano, temas con los cuales se produjo el primer corpus para realizar las obras exhibidas en esta propuesta.

Las piezas desarrolladas a partir de estos encuentros tal vez representen una objetivación de contenidos no verbalizables en otras modalidades de interacción individual. Sin embargo, el espacio de estas dinámicas ha sido concebido como una experiencia de tránsito por la imaginación creativa, de tal manera que deberían ser interpretadas desde esta perspectiva, con la carga propia que tienen las imágenes y las palabras organizadas como objetos de creación.

Soñadores. Retratos de contacto es la etapa final de un proyecto integrado por una constelación de representaciones: retratos fotocopiados, rostros estampados con talco, diseños sobre la firma personal, esquemas para hipotéticos tatuajes o fragmentos de canciones reelaborados en una fase posterior al taller; técnicas gráficas o pictóricas como el esgrafiado, el photoshop o el montaje fotográfico, fueron los medios utilizados para producir esta colección.

El vocablo *soñadores* nos remite a la idealización de un mundo concebido desde lo ilusorio —mundo que, en cierta medida, bien podría definir el tránsito por la adolescencia—, pero por sus variadas connotaciones la palabra resuena mucho más allá recordándonos, entre otras, las visiones imprecisas que se forman en el durmiente, así como aquello que a veces suele estar en la frontera de lo «inalcanzable». El título tal vez sintetice el concepto de una ex-

posición que, en primer término, busca una revelación del deseo —expresado entre líneas o en gestos, y muchas veces en el silencio— de aferrarse a una suerte de *utopía personal*: una salida posible del espacio de fragilidades que constituye la vida en un barrio caraqueño.

Por otra parte, se trata de un nombre que se origina en la lectura inicial hecha a uno de los conjuntos de obras que encabeza el presente repertorio. *Retratos de contacto* personifica los rostros de cada joven bajo una difusa atmósfera cromática que ofrece un aire de irrealidad. En esta serie acomodamos a los protagonistas para un peculiar retrato en el que los vemos con los ojos entornados como si estuviesen abstraídos en sus pensamientos.

Logradas después de apoyar la cara contra el vidrio de una fotocopiadora, las imágenes remiten a la idea del espejo, sólo que la máquina de fotocopiado tiene el atributo de una doble función: permitir tanto el reflejo como la posibilidad de la estampación o sello del semblante.

Ahora bien, la muestra no sólo recoge este procedimiento como la única experiencia de una «retratística» de *leve comprensión* de la cara u otras partes del cuerpo contra un elemento fijo, debido a que durante el proceso se diseñaron varias maniobras que nos condujeron a otras *gráficas de contacto*, como las realizadas por medio de transferencias hechas con talco y plástico adherible. Al ver estas últimas obras, podríamos pensar en unas nuevas metáforas sobre el retrato y la identidad sugeridas por el rastro o huella que deja el rostro entalcado sobre la película plástica colocada sobre un papel de tonalidad oscura; de esta manera se nos reveló una primera imagen. Posteriormente, estos bosquejos iniciales fueron sometidos a un proceso de intervención cromática con materiales pictóricos y digitales. Los rostros aquí se insinúan, pues, como una mancha extendida, una impresión «radiográfica» o una especie de mapa de facciones.

Otros ejercicios de autorretrato fueron transformados en una pieza que recuerda el *pizarrón escolar*, y también una representación cósmica. Ambas alegorías se funden en un rectángulo renegrido en el que se dibujan líneas que representan algunas caras «infantiles» hechas tras la simulación de trazos de tiza blanca sobre un plano que pareciera casi *estelar*.

La exposición se pasea, entonces, por varias recreaciones alusivas al mundo juvenil, proponiendo composiciones creadas por medio del fotocopiado de

una gama de objetos: boletos de pasajes estudiantiles, cédulas de identidad, algunas monedas, oraciones y fotografías cedidas por el grupo como sus tesoros personales. La colección de imágenes terminó siendo un *homenaje a la privacidad de la cartera*.

Además, agregamos una selección de textos escritos bajo pautas verbales que, de alguna manera, pasaron a convertirse en pequeñas confesiones privadas:

... Renuncio al realismo que me impide soñar.

Renuncio a las barreras que me impiden mi avance.

Renuncio a los prejuicios porque éstos me impiden conocer gente nueva...

(Fragmento del texto de Neiker Núñez, basado en el poema: «Renuncias», de Mark Strand.

Sólo una canción. Valencia, España: Editorial Pre-Textos, 2004).

En una última ojeada al ensayo artístico y curatorial propuesto a la unidad asistencial destacan las fotografías tomadas directamente por cada uno de los muchachos involucrados en el proyecto, desde distintos ángulos, en trayectos cotidianos y en sus propias casas. Aquí resultan notables algunas vistas que no podrían ser más distintas entre sí: *un paisaje observado desde la ventana de un cuarto* o la foto de *una sala repleta de afiches y fotografías*, además de la toma a las *muchachas vestidas con su uniforme de liceístas posando delante de un portón rojo*; o la vista realizada sobre un *guante de béisbol apoyado en una pared hogareña sin frisar*.

En definitiva, *Soñadores. Retratos de contacto* es tan sólo una insinuación o una pincelada sobre algunos temas de la identidad y la memoria de muchachos que, a pesar de vivir en los márgenes de una ciudad tan violenta como Caracas, tienen la necesidad de ser vistos y representados fuera del doloroso contexto donde habitan.

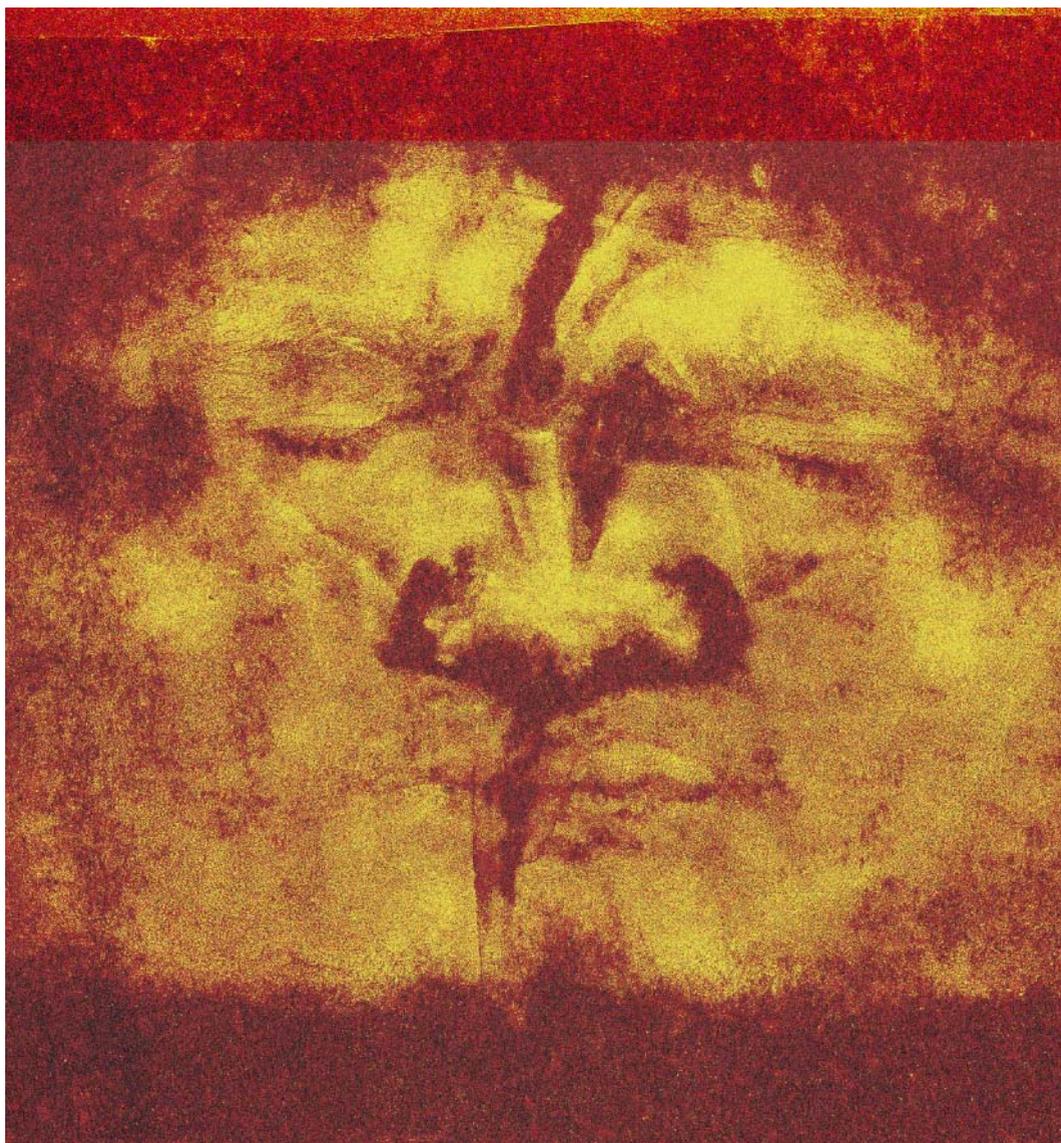


XIOMARA
JIMÉNEZ ■ DE LA SERIE RETRATOS ANAMÓRFICOS (1)
2008



XIOMARA
JIMÉNEZ

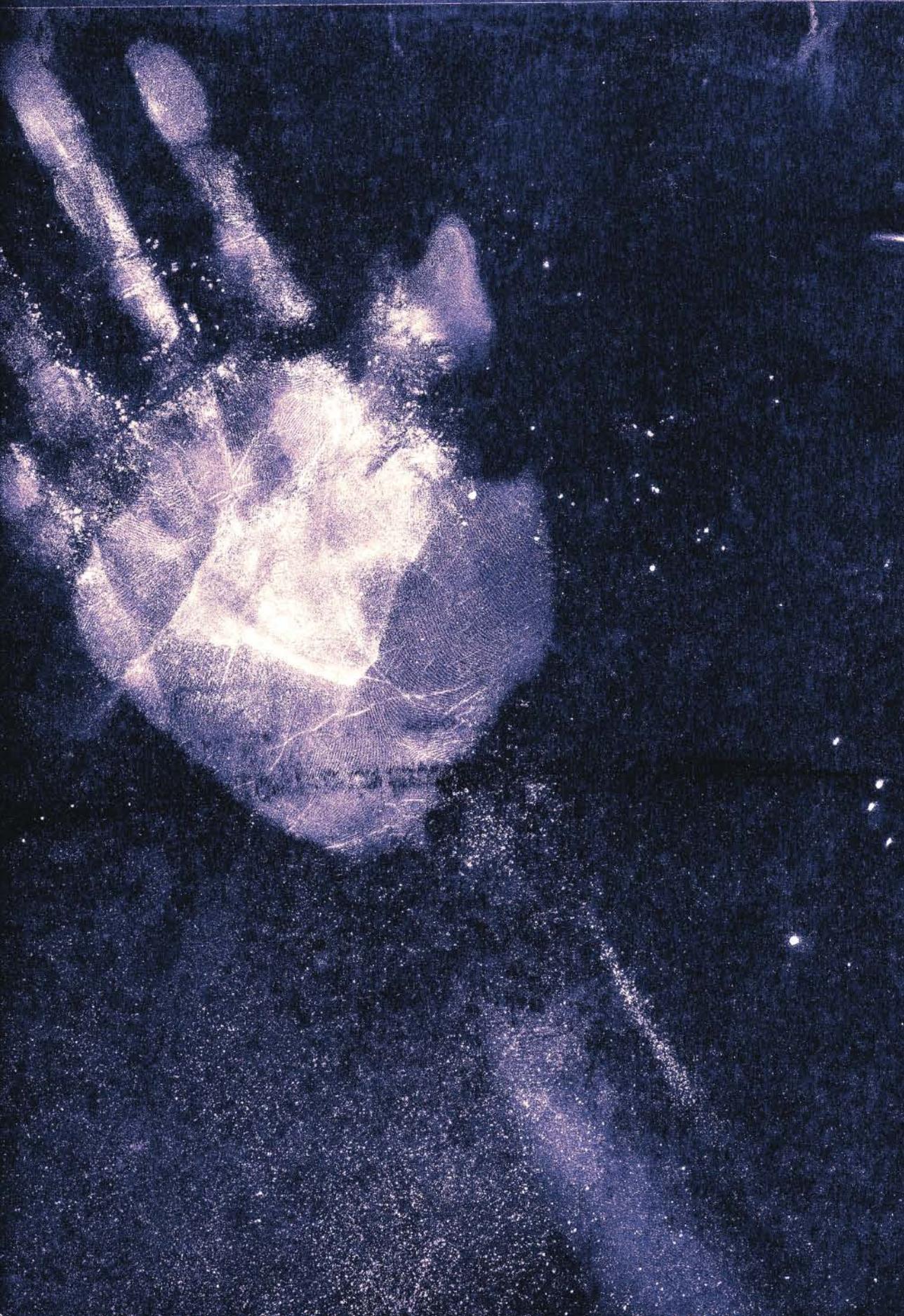
DE LA SERIE RETRATOS ANAMÓRFICOS (2)
2008

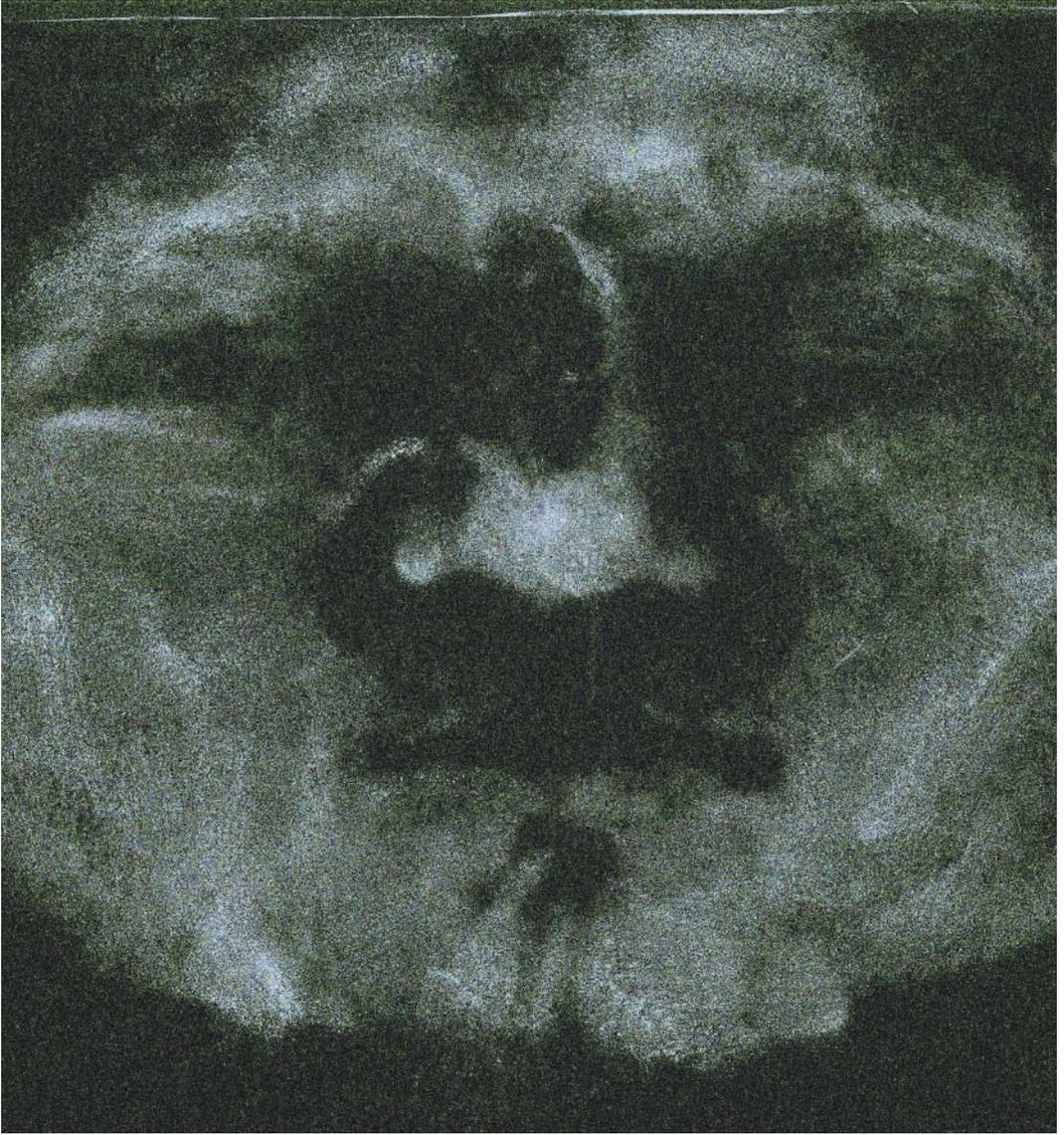


**XIOMARA
JIMÉNEZ**

DE LA SERIE RETRATOS ANAMÓRFICOS (3)
2008

DE LA SERIE RETRATOS ANAMÓRFICOS, MANO
2008





XIOMARA
JIMÉNEZ ■ DE LA SERIE RETRATOS ANAMÓRFICOS (4)
2008

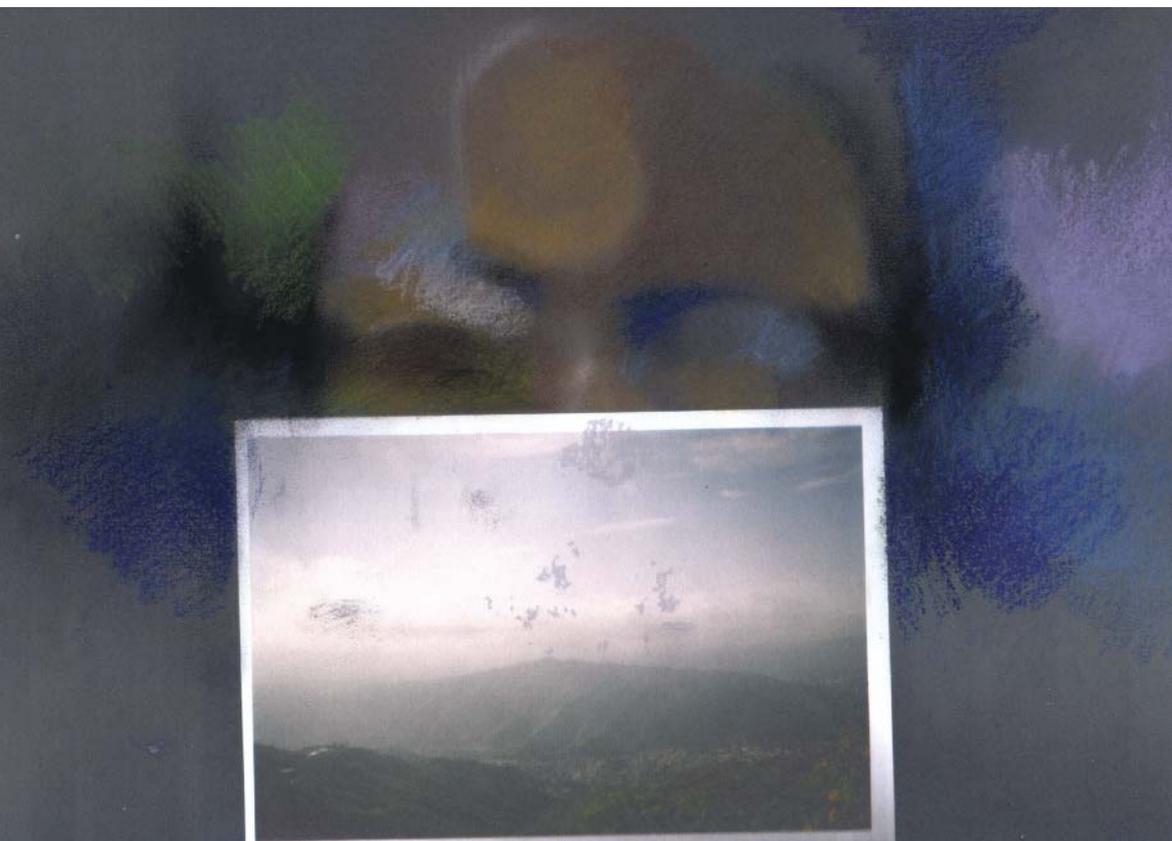


XIOMARA
JIMÉNEZ ■ DE LA SERIE RETRATOS ANAMÓRFICOS, PIE
2008



Soñadores









XIOMARA JIMÉNEZ ■ DE LA SERIE RETRATOS DE CONTACTO (3) ■ DE LA SERIE RETRATOS DE CONTACTO (4)
2008 2008



XIOMARA
JIMÉNEZ ■ DE LA SERIE RETRATOS DE CONTACTO (5)
2008



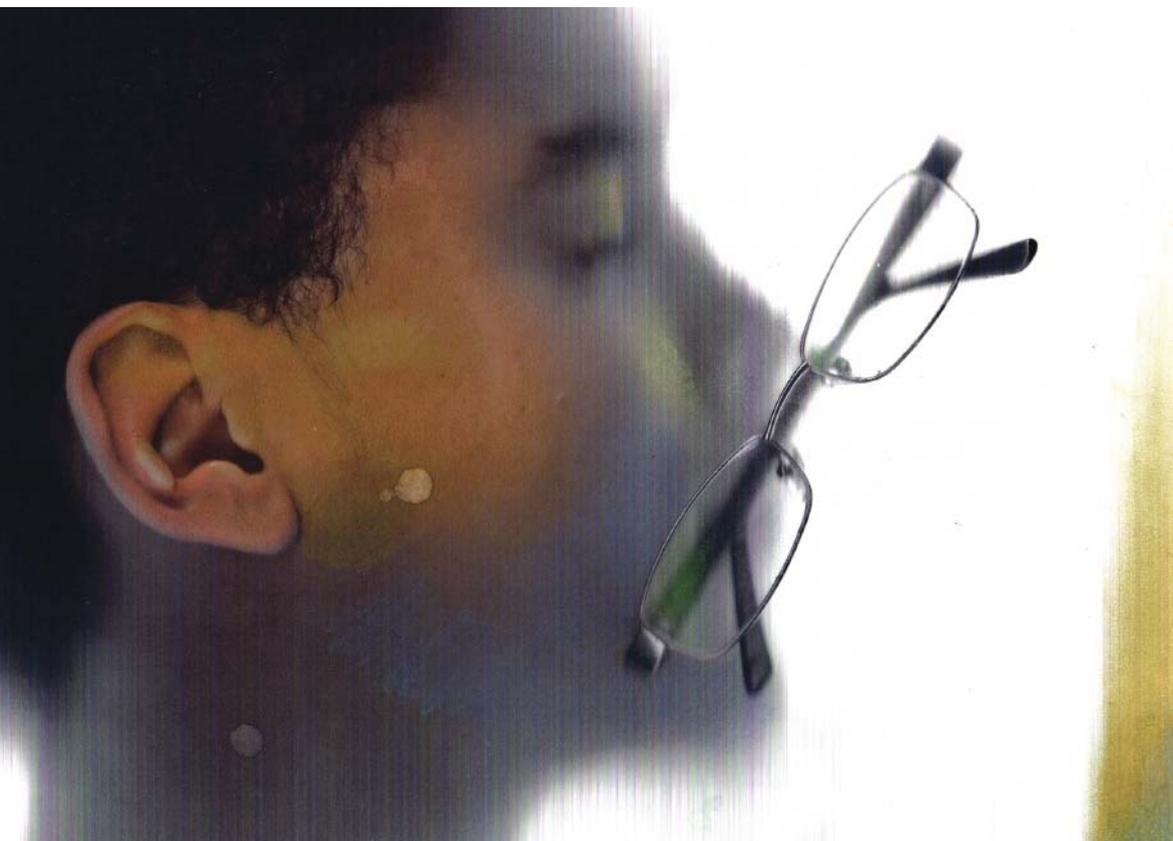
XIOMARA
JIMÉNEZ

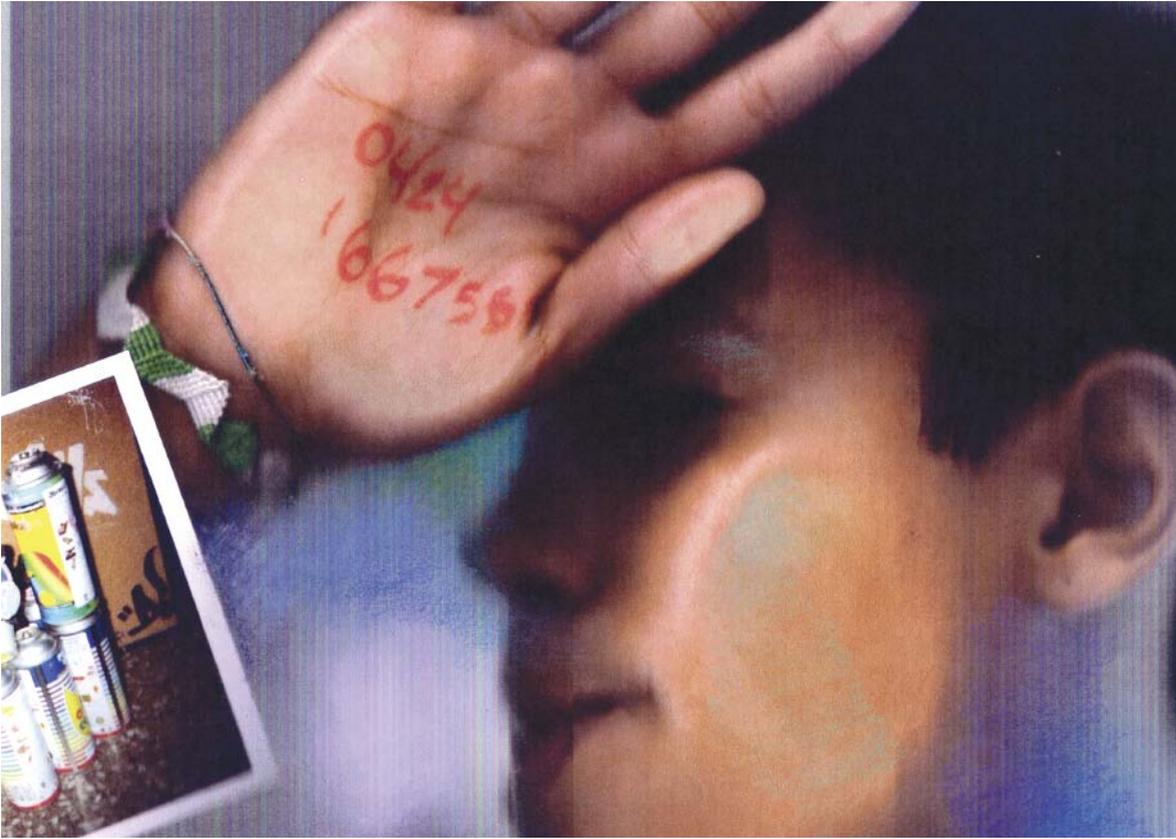
DE LA SERIE RETRATOS DE CONTACTO (6)
2008



XIOMARA
JIMÉNEZ

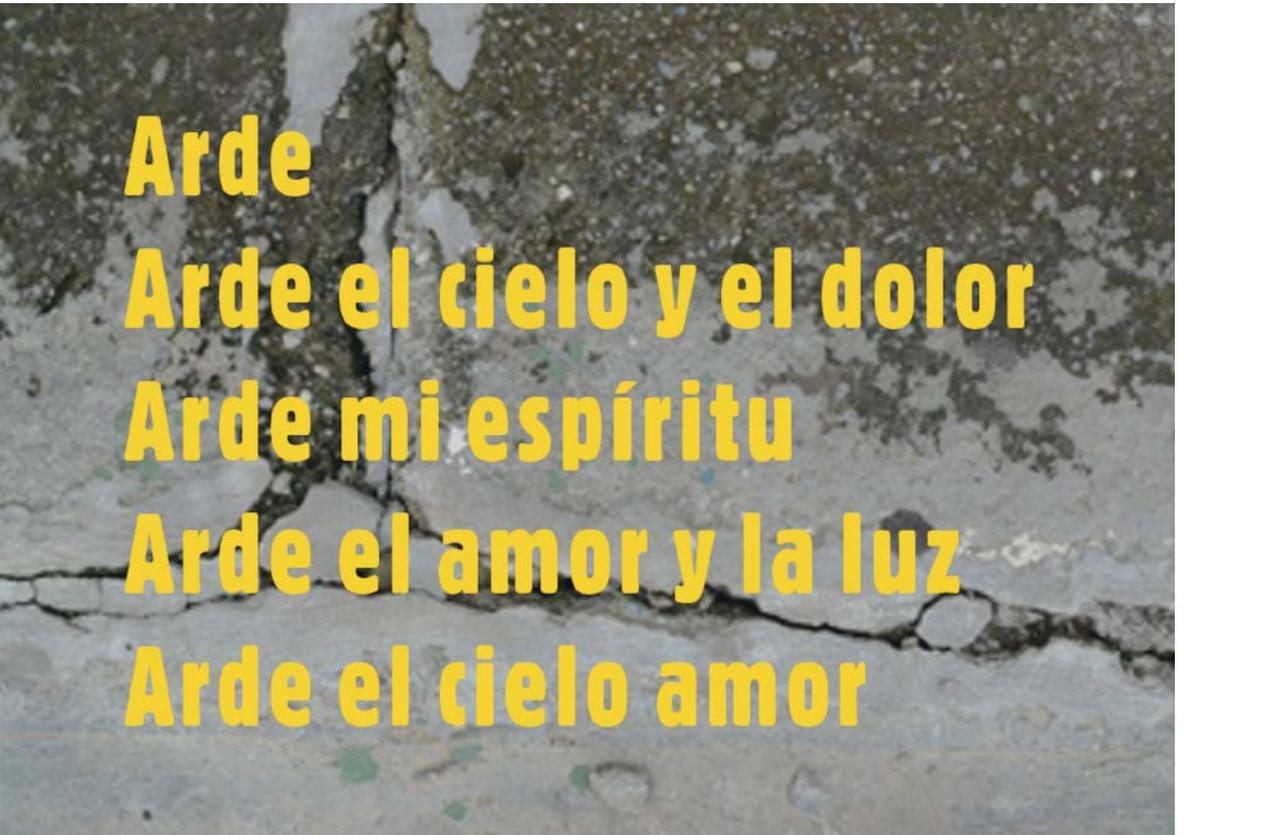
DE LA SERIE RETRATOS DE CONTACTO (7)
2008





XIOMARA
JIMÉNEZ

DE LA SERIE RETRATOS DE CONTACTO (10)
2008



**Arde
Arde el cielo y el dolor
Arde mi espíritu
Arde el amor y la luz
Arde el cielo amor**



Un sueño nace,
De hambre muere

XIOMARA
JIMÉNEZ

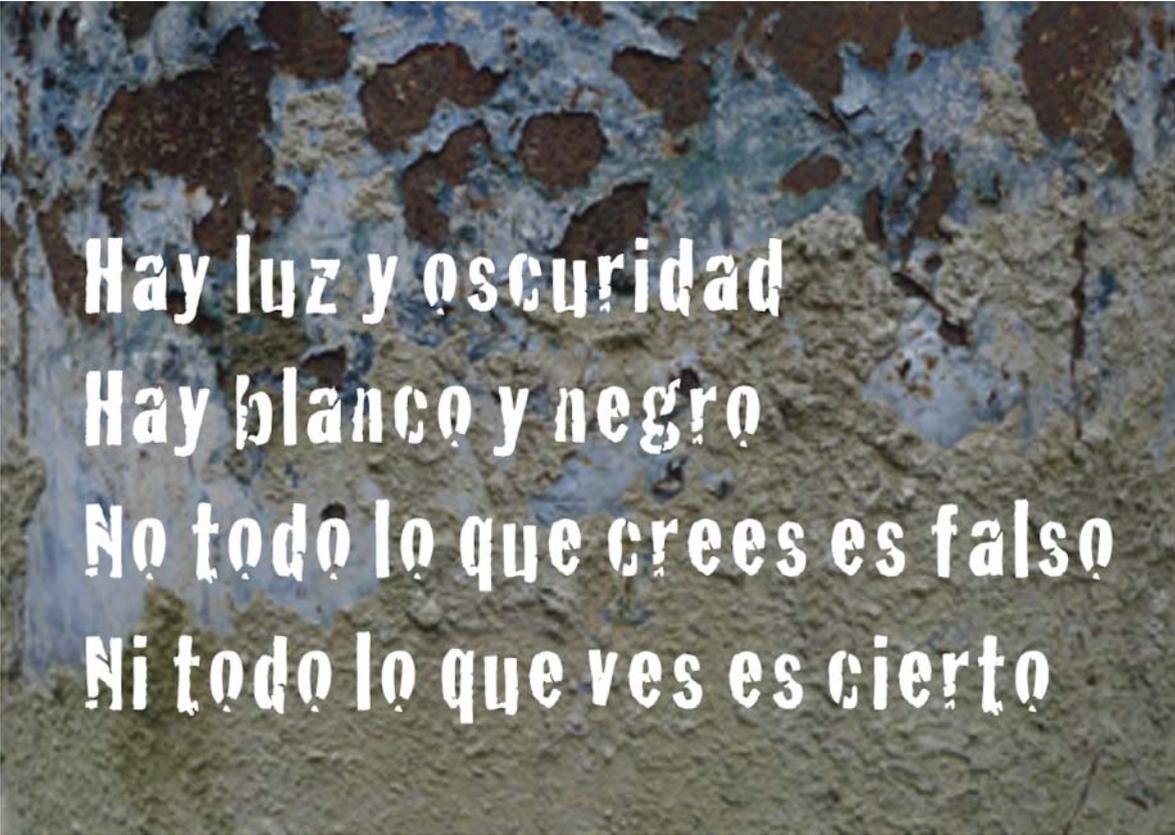
DE LA SERIE LA LETRA EN LA SUPERFICIE: CANCIONES (2)
2008



COMO SE SUFRE EN LOS LADOS DE LAS CLASES SOCIALES

XIOMARA
JIMÉNEZ

DE LA SERIE LA LETRA EN LA SUPERFICIE: CANCIONES (3)
2008



Hay luz y oscuridad
Hay blanco y negro
No todo lo que crees es falso
Ni todo lo que ves es cierto





¿Por qué no se siente la belleza propia?: análisis discursivo

Manuel Llorens

«¿Por qué no se siente la propia belleza,
como se sienten los dolores?» ■ Rómulo Gallegos, Doña Bárbara

«El estudio del yo realizado por el psicoanálisis apenas si ha comenzado a explicar la relación de esta “mediación interior” con la vida social. Los hombres que comparten los problemas de un grupo étnico, que son contemporáneos en una época histórica o que compiten y cooperan en empresas económicas, también se guían por imágenes de lo bueno y de lo malo. Estas imágenes infinitamente variadas reflejan la naturaleza elusiva de las diferencias culturales y del cambio histórico; asumiendo la forma de modelos sociales contemporáneos, se hacen concretas en la lucha por lograr la síntesis del yo y en el fracaso de cada paciente» ■ Erick Erikson. *Identidad, juventud y crisis*

El fragmento a interpretar

En una de las sesiones del taller se les pidió a los jóvenes, provenientes todos de las zonas de Antúmano y La Vega, tomar fotos de las cosas que les gustaban y no les gustaban de su entorno. Uno de ellos trajo la foto que colocamos en la página 92.

La conductora del taller expresó su admiración por la belleza del paisaje que el joven había logrado retratar. Lo llamativo fue la reacción del joven que se asombró de que esa foto le pareciera bella tanto a Xiomara como a la psicóloga asistente, Nora. El instante de desconcierto se prolongó un poco más, ya que Xiomara y Nora se sorprendieron por la sorpresa de él. Él no entendía dónde estaba la belleza que ellas veían en el paisaje y ellas se sorprendieron al escuchar que él no podía encontrar belleza en esa imagen.

—Es aburrida —se limitó a contestar cuando le preguntaron cuál era su impresión. Luego explicó que era la vista que se observa desde la ventana de su cuarto. Residente de Antúmano, su casa es una de las construcciones humildes que se posan en las laderas del cerro y que, por ende, miran desde arriba el valle de Caracas.

El instante de desconcierto sirve para ilustrar y pensar sobre algunos aspectos enigmáticos de la interacción que nosotros, profesionales de la psicología, venimos estableciendo con jóvenes de los sectores populares de Caracas, a quienes atendemos en el Parque Social Padre Manuel Aguirre, s.j. El trabajo desde la unidad ha permitido, durante diez años, establecer lazos de cooperación de nuestra universidad con los sectores del suroeste de Caracas. Además, ha servido para reflexionar sobre las dificultades y retos de las relaciones entre las universidades y las comunidades (Llorens, 2003; Romero, 1999). Es un tema de absoluta actualidad, considerando las tensiones sociales y políticas que Venezuela viene atravesando, en el que las diferencias e inequidades socioeconómicas han sido el punto neurálgico. Esas tensiones se han visto reflejadas en las universidades que por momentos han sido uno de los focos protagónicos del conflicto y, por supuesto, en la interacción de las universidades con la comunidad.

El presente trabajo intenta reflexionar sobre algunas de las dinámicas subjetivas complejas de las interacciones entre personas de sectores socioeconómicos y grupos de edades distintos. Pensar en algunas de las tensiones

que producen las diferencias —de edad, de nivel educativo, de clase económica— entre distintos sectores de la ciudad nos parece relevante, tanto para entender mejor las dinámicas de las relaciones de trabajo entre los profesionales de ayuda y los usuarios de estos servicios como para ayudar a pensar en algunas de las agudas dificultades de nuestro país.

Adolescencia y autoimagen

En el caso específico de los talleres se da un encuentro entre jóvenes estudiantes de los liceos de las comunidades vecinas y los profesionales de la Unidad de Psicología del Parque Social, que es el centro comunitario de la Universidad Católica Andrés Bello. Si a las observaciones anteriores sobre las dificultades para establecer relaciones entre sectores de distinto nivel educativo y profesional le añadimos que los talleres están específicamente destinados a atender a la población adolescente, con los retos y conflictos referidos a los cambios físicos y a la búsqueda de identidad que caracterizan a esta etapa vital (Erikson, 1968), entonces vemos que el cruzamiento de percepciones entre los jóvenes y los profesionales adultos es un terreno nebuloso que más vale atravesar de manera reflexiva y con cuidado.

Es en la adolescencia cuando comenzamos a lidiar con las preguntas existenciales del sentido que le damos a nuestras vidas. En la adolescencia se siembran las primeras nociones sobre lo que esperamos de la vida y los ideales ante los cuales nos evaluamos. Los cambios biológicos, cognitivos y sociales de esta etapa favorecen una crisis de identidad que provoca toda una suerte de preguntas. Las referencias pasadas de ser niño o niña se dejan atrás y abren un espacio para preguntar quién soy y quién quiero ser. Varios psicólogos del desarrollo han descrito que en esta época los jóvenes comienzan a redactar su fábula personal, llena de fantasías y deseos de quiénes quieren llegar a ser. En los casos en que el contexto es favorable los adolescentes tienen una «moratoria psicológica», que provee un tiempo para que las personas exploren distintas alternativas de identificación. Es un tiempo en el cual se puede experimentar con distintos valores y actitudes de vida sin que se exija un compromiso definitivo. Todo en aras de tener elementos reflexivos para decidir sobre la identidad personal y el proyecto vital que se desea (McAdams, 1993).

En ese proceso de construcción de la identidad, además, se ven reflejadas las fuerzas históricas y sociales que ofrecen el marco y los contenidos con

que se ordena el mismo (Erikson, 1968). De tal manera que investigar sobre estos procesos adolescentes también es una forma de reflexionar sobre los procesos sociales contemporáneos.

En este marco es interesante añadir algunas consideraciones sobre cómo han variado los valores de los jóvenes a lo largo del tiempo. En los años 1960 se comenzó a hacer seguimiento de los valores reportados por los jóvenes universitarios en los Estados Unidos. El seguimiento a lo largo de los años permitió describir ciertas tendencias significativas: 82,9% de los jóvenes encuestados en 1967 reportaron que para ellos era importante el desarrollo de una filosofía que le diera sentido a sus vidas, sin embargo, para 1986, sólo un 46% opinó igual. En cambio, estar bien económicamente pasó de ser muy importante para 39% de los jóvenes encuestados en 1967, a serlo para el 73% de ellos en 1986. En dos décadas el interés por el sentido de la vida y el logro económico había intercambiado lugares (Conger, 1988). El paso de la década de 1960 a la de 1980 marcó un cambio de interés de los proyectos colectivos y políticos a proyectos individuales. Eso también fue reportado en Venezuela. Pareciera haber una tendencia mundial de giro de los intereses e ideales cada vez a temas más individuales. Lamentablemente, no tenemos datos actuales sobre la evolución de estos temas; sin embargo, la intensa crisis política y social del nuevo siglo dibuja, sin duda, un panorama distinto en el que los jóvenes y los estudiantes han tenido parte del protagonismo. Habría que preguntarse cómo han evolucionado esas tendencias valorativas en los jóvenes venezolanos contemporáneos, los cuales conviven con tensiones políticas en las que los proyectos colectivos son utilizados como bandera y una cultura global que ha sido descrita reiteradamente como cada vez más obsesionada con la identidad personal y con la individualidad (Gergen, 1992).

Adolescencia, belleza y valoración social en Venezuela

¿Qué subyace a nuestras percepciones de lo que es y no es bello? ¿Qué condicionantes culturales enmarcan estos juicios? ¿Qué peso juegan estas consideraciones en el desarrollo adolescente? En el caso particular del joven en cuestión, ¿qué lugar ocupa el discurso cultural dominante de la belleza en su desarrollo y cómo negocia con estos significados?

Una ojeada a la cultura popular evidencia la importancia que la belleza física ocupa en las relaciones sociales. Además, hay datos que respaldan la noción

de que los venezolanos le damos una importancia marcada a la belleza física. Los venezolanos gastamos una quinta parte en promedio de nuestros ingresos en productos de belleza (Sosa, 2001) y las competencias de belleza ocupan un lugar significativo en el discurso nacional y la sensación de autovvaloración cultural (Montero, 1998). La victoria de venezolanas en dos ediciones consecutivas de Miss Universo es una muestra más de la importancia que estos eventos tienen en la vida nacional.

Como se mencionó anteriormente, la adolescencia —marcada por los rápidos cambios físicos y el desarrollo sexual—, plantea una serie de retos importantes relacionados con la autoimagen. Los adolescentes típicamente se preocupan por cómo son vistos por sus pares.

Pero los juicios de valía tampoco están distribuidos de manera equitativa en una sociedad jerárquica como las sociedades occidentales modernas. La pobreza, además de someter a las personas que la padecen a las carencias materiales, también las somete a tener menos acceso a objetos culturalmente cargados de valor. Entre estos están, por supuesto, los bienes suntuarios, pero también está de manera muy notoria la educación. La educación es un marcador de estatus valorado en todos los sectores sociales y uno de los recursos más utilizados para adquirir un sentido de valía y dignidad. A las profesiones también les subyace una jerarquía valorativa y muchas de las profesiones a las que se les atribuye una alta valoración social dependen del acceso a la educación. Las personas que sufren pobreza también deben lidiar con el hecho de tener menor acceso al reconocimiento, a estar sometidos a menos visibilidad.

El sociólogo Sennett (2003) se ha dedicado a teorizar acerca de las relaciones entre las distintas clases sociales y, sobre todo, sobre los aspectos subjetivos de estas relaciones. Considera que la distribución desigual del respeto es clave para entender algunos de los enredos en que se meten las intervenciones sociales. En principio, en una sociedad estratificada en la que se valoran elementos como el logro, el nivel educativo, el nivel profesional, el dinero y las marcas que lo representan, el respeto se vuelve problemático. Cuando sólo destaca un: «... pequeño número de individuos como objeto de reconocimiento, la consecuencia es la escasez de respeto, como si no hubiera suficiente cantidad de esta preciosa sustancia para todos».

Añadido a esto, las personas con menos acceso a recursos dependen más de los servicios públicos que proveen el Estado o las entidades de caridad. La dependencia de estas entidades implica menos control de la propia vida y menos autonomía. El Estado o las entidades a las que se acude para recibir ayuda tienen entonces la potestad de observar, vigilar y opinar sobre sus vidas. Según Sennett (2003), en ocasiones se convierte así a la persona en «espectadora de sus propias necesidades».

Asimismo, la fantasía de una sociedad que ofrece igualdad de oportunidades y en la que, por ende, se diferencian las personas sólo por sus habilidades, hace que se concluya que las desigualdades en los resultados de logros y bienes materiales se deben a las diferencias en capacidades individuales. Si esta lógica impera, entonces, la persona que está viviendo carencias materiales y de logros tenderá a evaluarse a sí misma como deficiente y vivirá como amenazante la comparación con aquel que aparentemente ocupa un rango más alto. A menudo se oscurece el hecho de que no existe esa igualdad de oportunidades y que hay un peso muy importante del lugar de origen, la capacidad económica y las redes sociales para poder insertarse en el sector productivo (Bullock, Wyche y Williams, 2001; Flannagan y Campbell, 2003).

Sennett (2003) añade que los adolescentes provenientes de sectores populares son especialmente sensibles a los temas del respeto: «En los sitios donde los recursos son escasos y falta la aprobación del mundo exterior, el honor social es frágil; necesita afirmarse día a día».

El psicoterapeuta Kenneth Hardy (2005), quien trabaja con jóvenes transgresores en sectores humildes en Nueva York, lo expresa de la siguiente forma:

El proceso de devaluación es el proceso mediante el cual a un grupo se le roba la esencia de su humanidad. Es un asalto a su sentido de dignidad personal. Cuando la dignidad de uno ha sido atropellada, el valor que se le da al respeto aumenta. A tal punto que uno está dispuesto a morir por él. Sólo aquellos que han sido crónicamente devaluados están dispuestos a morir por respeto.

En sus exploraciones como terapeuta familiar considera que esta devaluación es un factor central en la explicación de la conducta violenta de muchos hombres jóvenes norteamericanos. En Venezuela, la socióloga Zubi-

llaga (2005, 2007) ha entrevistado a hombres jóvenes involucrados en carreras delictivas y violentas. Ella destaca cómo la búsqueda de respeto, de imponerse al otro y conquistar la valoración de sus pares está detrás de muchos de los enfrentamientos violentos que semanalmente cobran vidas de venezolanos. Para jóvenes que tienen un abanico restringido de opciones para acceder a actividades que socialmente son valoradas, como educación universitaria, trabajos reconocidos o dinero, la violencia se convierte en un camino alternativo para acceder al respeto. El análisis que hace de los enfrentamientos violentos entre bandas o la llamada «culebra», que cubre la mitad de los asesinatos que ocurren en el país, evidencia cómo muchos de esos enfrentamientos no fueron causados por búsquedas materiales, sino por la búsqueda del honor: para restituir un desaire, para vengar la lesión de alguien cercano, para exhibir la fuerza y temeridad ante otros. De tal manera que la distribución de la valoración, el acceso al respeto, ocupa un lugar central en la construcción de un sentido propio de dignidad y sirve para comprender un abanico amplio de fenómenos sociales entre los cuales está uno de los temas que genera más preocupación actualmente: la violencia.

A menudo los dilemas y tensiones causados por la distribución inequitativa de los recursos materiales se expresan de manera subjetiva en juicios indirectamente ligados a los bienes materiales. La vestimenta es un ejemplo que, si bien inevitablemente está relacionado con el acceso a cierto tipo de mercancías, también está matizado por una suerte de criterios estéticos menos objetivables (Lee, 2009). En la negociación de estas percepciones se pueden expresar las angustias producidas por las desigualdades sociales. Los conflictos generados por las diferencias de clase se hacen presentes en pequeños gestos de la vida que a menudo pasan inadvertidos: los espacios físicos de la ciudad que se evitan por miedo, la incomodidad sentida en una tienda que se percibe como muy sofisticada, el cuidado al escoger una conversación ante la duda de si la persona recién conocida comparte o no unas preferencias políticas, por ejemplo.

Estos pequeños momentos de duda, confusión, angustia, miedo, envidia, rabia, culpa, están presentes en todos los ámbitos donde las diferencias sociales se encuentran. Se enmarcan de maneras distintas y cobran diferentes significados según el espacio específico, pero no dejan de matizar las relaciones. Esto ocurre en el contexto de las relaciones de un centro como el

nuestro con las comunidades de bajos recursos económicos, como Antímano y La Vega. Así lo expresamos cuando hemos realizado registros de las experiencias de trabajo como psicólogos en el centro (Llorens, 2008). A lo largo de los años, siguiendo las recomendaciones de la formación dinámica, hemos intentado hacernos conscientes de los conflictos, prejuicios y dificultades que podemos nosotros tener como personas atravesadas por nuestro contexto y nuestro lugar en la distribución de poder de la sociedad.

Por ejemplo, Izquier (2007), en su maravillosa investigación sobre adolescencia y resiliencia realizada también con jóvenes de Antímano, documentó con detalle la dinámica de los intercambios entre los jóvenes y ella. En un diario de campo, al comienzo de su investigación, hace y comparte con nosotros una anotación especialmente iluminadora y honesta de su parte. Ella escribe:

Cuando hice el primer contacto con los adolescentes me ocurrió algo parecido a lo que JR describe que le pasa a sus primos «sifrinos» cuando lo ven y es que se imaginan que puede ser un malandro o alguien con «malas mañas». Así es, yo me esperaba encontrar con un grupo de jóvenes desarreglados, con actitudes irreverentes, signos de descuido en el uniforme y con una estética que corresponde con el estereotipo de «chamo pobre»: mucha gelatina en el pelo, ganchitos y accesorios de colores fosforescentes, maquillaje, bigotes... Esa fue mi primera sorpresa, cuando me acerco al salón de clases me encuentro a un grupo de jóvenes, como cualquier otro, las muchachas con su cabello peinado, sin maquillaje, los muchachos afeitados, uniformes arreglados, limpios, etc. En ese momento me avergoncé de mis propios prejuicios y registré en el cuaderno de campo esta vivencia...

La anotación, sutil como es, tiene un gran valor porque, gracias a la detallada observación, además de la valentía de exponer algo incómodo de ella misma, permite poner sobre la mesa algunas de las intrincadas dificultades subjetivas de una relación entre una psicóloga de clase profesional y unos jóvenes que pertenecen a sectores populares de la población, lo que les hace cargar con el peso de las preconcepciones. La capacidad de Izquier de examinar estas brechas facilitó, sin duda, que el establecimiento de esa relación fuese exitoso.

Pero vale la pena detenerse en el hecho de que el intercambio estuvo determinado, en primer lugar, por la fantasía de que los jóvenes tendrían una apariencia personal particular y, en segundo lugar, por encontrarse con jóvenes que se parecían a los de cualquier otro grupo de esa edad. El peso de los valores de la belleza se hace evidente en este apartado y me traen a la mente de nuevo al sociólogo Sennett, quien en una entrevista con Benzecry (Sennett y Benzecry, 2006) expresó:

El ojo es más importante que la palabra. Diría que es el sentido más subvalorado, uno no piensa la democracia en términos visuales, lamentablemente aún no hemos teorizado bien este aspecto. . . Me parece una tarea urgente saber qué es lo que aprendemos cuando miramos a gente de la que no sabemos nada y mirando lugares cuando no estamos en casa. Lo visual es un ámbito político que no hemos terminado de comprender.

En su estudio sobre las diferencias raciales y las tensiones ligadas a ellas en los Estados Unidos, la psicoanalista Seshadri Crooks (2000) cuestiona los análisis construccionistas que se han hecho del problema, señalando que la «deconstrucción» del concepto de raza no parece haber conducido a la superación definitiva de las diferencias entre los blancos y los negros en ese país. Si bien coincide en que la raza es una construcción cultural sin sustrato biológico demostrable, es una construcción que está atada a la percepción por la vía de la mirada y, por ende, desafía los intentos conscientes que intentan resolver el problema bajo la idea de que no existen diferencias genéticas sustanciales y que la diferencia racial ha sido exagerada por la construcción histórico-cultural. Las angustias asociadas a las diferencias se alojan en contenidos afectivos, no necesariamente racionales, y buscan expresión en marcas externas que intentan dar forma a las angustias que las personas experimentan en torno a estos temas. «La práctica racial es en última instancia una práctica estética y debe ser comprendida en el reino de la mirada», escribe Seshadri Crooks.

Si bien nuestras diferencias no están construidas específicamente alrededor del color de la piel, sí están entrelazadas con marcadores estéticos de apariencia, entre los cuales el color de la piel también juega una parte. El reino de la mirada —como dirían Crooks y Sennett— se va mostrando como el terreno propicio para explorar y estudiar los contenidos afectivos de nuestras diferencias sociales. La belleza y cómo los jóvenes se relacionan

con este ideal se presentan entonces como una puerta particularmente sensible para explorar los temas de la diferencia social y el desarrollo en el contexto venezolano.

En la primera sesión de los talleres, Xiomara invitó a los jóvenes a cubrir sus rostros con talco; luego hicieron impresiones de sus rostros llenos de talco usando papel contacto y cartulina. El resultado son unas variaciones muy interesantes de sus rostros. Cuando comenzaron a observar los resultados, los jóvenes manifestaron rechazo a la actividad; no les gustó ver esas impresiones que reflejaban una versión distorsionada de sus rostros. «Son muy feos», dijeron varios. Otro rechazó la impresión subrayando: «No se parece a mí porque la impresión con el talco es blanca y yo soy negro». La invitación a jugar con su propia imagen e identidad, de transformarla, de probar distintas representaciones resultó amenazante para una primera sesión del taller. La inquietud sobre cómo serían recibidos y vistos por ese nuevo grupo parecía haberse maximizado con el ejercicio. Quizás los elementos que se vienen señalando de la fragilidad de la identidad adolescente se vieron condensados aquí. Además, surgió el asunto del color de piel; apareció como una marca imborrable.

La opresión internalizada

Saber lo que aprendemos cuando miramos a gente de la que no sabemos nada y a lugares cuando no estamos en casa es lo que propone Sennett. Pero a esto hay que añadir cómo nos sentimos mirados por aquellos que son distintos a nosotros cuando nos encontramos fuera de nuestros espacios de confort. El tema no es tan sencillo como atender a los prejuicios que pueda cargar la clase media cuando interactúa con las clases populares o viceversa. Es más complejo porque también exige revisar cómo me siento visto y cuáles de esas percepciones han sido internalizadas sin saberlo, sin haber examinado conscientemente esos juicios.

El fenómeno de la opresión internalizada, según Pheterson, es: «...la incorporación y aceptación hecha por individuos de grupos oprimidos de los prejuicios que la sociedad tiene en su contra y los mecanismos dentro de un sistema opresivo para perpetuar la dominación no sólo por controles externos sino también imponiendo actitudes serviles sobre los grupos oprimidos» (c.p. Reeve, 2002). Es decir, los ideales culturales arbitrarios se sostienen no sólo por la imposición, sino también porque operan como

parte del sentido común; como decimos los psicólogos comunitarios, se «naturalizan». Las personas que están en desventaja ante esos ideales a menudo también los comparten, a pesar de que los hagan sentir mal. Así, por ejemplo, el ideal estético puede ser vivido por algunos como injusto y discriminatorio y, sin embargo, no por eso dejar de creer internamente en el ideal. En sus entrevistas sobre la belleza con mujeres venezolanas de distintas clases sociales, Lee (2009) reporta que las mujeres de sectores más bajos compartían los mismos valores, a pesar de que éstos las hacían sentirse deficientes. Asimismo, intentaban encarecidamente compensar y justificar las faltas de ir con menos frecuencia al salón de belleza o de comprar menos maquillaje y cremas, describiendo los esfuerzos que hacían al intentar estar limpias y arregladas. En la misma línea, Russell (1996) afirma que con frecuencia ha observado el clasismo internalizado expresarse como vergüenza ante la mirada ajena.

El psicoterapeuta de familia Marcelo Pakman (1997) describe algo similar en su trabajo con jóvenes latinos de bajos recursos en los Estados Unidos. Plantea que hay dos tipos de inducciones sociales que hay que visibilizar para trabajar reflexivamente con ellos. Las primeras, las negativas, son muy claras porque establecen las normas de lo que no se debería hacer; mientras que las segundas, las positivas, más sutiles, permean los ideales y sugieren —no imponen— cuáles son las cosas a las que se debería aspirar. Él escribe:

Cuando empezamos a mantener conversaciones con miembros jóvenes de pandillas latinas en los Estados Unidos a fin de que reflexionen honestamente acerca de sus propias vidas, todo pasa como si ellos se rebelasen contra las normas explícitas de la «buena sociedad», pero no, en absoluto contra las inducciones positivas —ocultas— de esa misma sociedad, cuyos valores ellos han aceptado sin cuestionarlos. Todo sucede como si, siendo creyentes a rajatabla y entusiastas en los valores de la sociedad en su conjunto, se encontrasen empero carentes de medios para llevar a cabo esos mismos ideales acerca de lo que tienen que tener y ser. La única salida parece residir en romper, en nombre de los valores de la sociedad, sus reglas explícitas de juego. . .

Cuando (...) hablamos acerca de su visión de las expectativas de la «sociedad blanca» respecto a ellos, a menudo se sorprenden del hecho de que podrían estar perfectamente de acuerdo con el prejuicio acerca de ellos, y de hecho reforzándolo, en lugar de ser los rebeldes que creen que son.

Otro autor, al referirse a su experiencia de la opresión internalizada desde la discapacidad, plantea:

Guardamos adentro el dolor de los recuerdos, los temores y las confusiones de nuestras imágenes negativas de nosotros mismos y las bajas expectativas. Convertimos esto en armas con que volver a herirnos cada día de nuestras vidas (Mason, c.p. Reeve, 2002).

Investigadores en otros contextos han reportado que jóvenes provenientes de clases sociales menos privilegiadas, o de minorías étnicas, son conscientes de los prejuicios que hay en su contra. Tales prejuicios ejercen presión emocional sobre los jóvenes que tienen que lidiar con las dificultades para construir una identidad valiosa bajo estas circunstancias (Duschatzky, 1999; Gaylord-Harden y Cunningham, 2009). Pero a pesar de ser conscientes de los prejuicios, sin embargo internalizan y terminan moldeando sus identidades con esos mensajes negativos, lo que sirve para explicar que los niveles de aspiración y las expectativas sean consistentemente más bajos en jóvenes de igual nivel educativo pero de orígenes sociales más empobrecidos (Phillips y Pittman, 2003). A pesar de existir algunas referencias sobre este tema, los investigadores coinciden en que el impacto de la pobreza material sobre el desarrollo de la identidad ha sido poco estudiado (Hardaway y McLoyd, 2009).

Los jóvenes de nuestro taller eran jóvenes estudiantes de bachillerato; no hay en el grupo ningún estilo de vida de confrontación radical con la sociedad, ni una discapacidad visible. Son jóvenes que han logrado la adaptación al sistema educativo público, a pesar de sus fallas, y han podido avanzar en sus estudios. Más bien hay un esfuerzo por intentar cumplir con las expectativas sociales normativas, así como el deseo de algún día poder encarnar alguno de esos ideales. Sin embargo, a menudo parecían sentirse disminuidos ante el marco del Parque Social. En ejercicios sobre las cosas que les gustan o no de sus entornos, varios retrataron los jardines o símbolos de la universidad como cosas deseables y la basura o aspectos deteriorados de sus barrios como cosas que les disgustan. Se entiende, entonces, lo difícil que puede ser para los adolescentes actuales en situaciones desfavorables distinguir entre ideales que efectivamente les pueden servir para potenciar sus vidas (como quizás podría serlo el estudio) y aquellos ideales que esconden y refuerzan la discriminación de la que en

ocasiones pueden ser objeto y que también pueden haber internalizado sin cuestionamiento.

En la medida en que el taller avanzaba fue interesante observar cómo los jóvenes pasaron de una actitud más resguardada ante estas invitaciones de Xiomara de jugar y atreverse a intercambiar productos artísticos creados con marcas de sus identidades. Al final del taller habían bajado muchas de las defensas y sentían suficiente confianza como para mostrar su intimidad ante el resto del grupo. Una de las últimas actividades en que cada uno sacó sus carteras e hizo un registro gráfico de sus contenidos es una muestra muy interesante de intimidad y confianza. El ámbito artístico abrió espacio para comenzar a jugar con algunas de las concepciones rígidas y angustiantes de cómo me veo y cómo soy visto por el otro, para así poder preguntar: ¿quién soy y quién me gustaría llegar a ser?

Relaciones de ayuda: el impulso civilizatorio en Venezuela y sus problemas

En *Doña Bárbara*, probablemente la novela más representativa de nuestra literatura nacional, escrita hace ochenta años, Rómulo Gallegos discurre sobre las tensiones sociales de su época. Santos Luzardo regresa a la finca de sus antepasados luego de haber estudiado Derecho en Caracas. Es recibido en su lugar de origen con la ambivalencia con que se recibe a quien viene del privilegio. Por un lado se admiran sus títulos y sus maneras, ante los cuales más de uno se siente incómodo o inadecuado, excusándose por el vocabulario y las costumbres locales. Por el otro, se le ve con desconfianza y se pone en duda su capacidad para afrontar la vida verdadera, las calamidades de las duras realidades del llano. En Rómulo Gallegos se evidencia el valor de la educación que en algún momento encarnó y, en gran medida, sigue encarnando los ideales modernos de progreso. Se evidencia también una jerarquía de valores que pone a cierta altura el conocimiento académico y en otro, no necesariamente más bajo, pero seguramente menos brillante, la sabiduría de la vida diaria, de la sobrevivencia.

En una de las escenas, Santos va a visitar a su primo alcoholizado y se tropieza con su hija, Marisela, quien había sido concebida y abandonada nada más y nada menos que por Doña Bárbara. Santos, héroe icónico de Gallegos, descubre bajo el cabello mal peinado, el desaliño, la rusticidad y la mugre «un rostro de facciones perfectas». Santos descubre belleza, pero una

belleza que la propia Marisela, abandonada por la madre y pobremente atendida por el padre, no imaginaba, no sentía posible. Él la lleva a una charca de agua clara y la invita, a pesar de su vergüenza, a lavarse la cara. Ella accede y por primera vez descubre la curiosidad de conocerse y el placer de sentirse bella.

«¿Por qué no se siente la propia belleza, como se sienten los dolores?» —se pregunta Marisela.

Es un instante cumbre de nuestra literatura. Resume mucho del proyecto civilizador y de los anhelos modernos de nuestro país. Pero en la misma ternura del relato está inscrita quizás también parte del drama de nuestros desencuentros. En la escena idealizada de Gallegos también están expuestas las jerarquías de poder que de alguna manera terminan siendo problemáticas. El lugar del poder ideal está expresado por un hombre, de clase acomodada, educado. El lugar de lo que requiere salvación y redención es simbolizado con la mujer, joven, vulnerable, empobrecida, pero bella. De alguna manera esta distribución no deja mucho espacio de agencia para la «pobre» Marisela. El rescate también la somete a la dependencia. Marisela es salvada por Santos Luzardo; él sigue siendo el protagonista de la historia. Ella se ve bella sólo a través del brillo que él le otorga, que él le presta. El héroe, en esta manera de contar la historia, siempre será el patriarca.

Jacques Lacan ha trabajado en detalle un hito del desarrollo psicológico infantil, que se relaciona de manera íntima con el episodio de Santos y Marisela. Lacan teoriza de manera minuciosa las primeras fases de construcción de una identidad a través de las exploraciones que hacen los bebés cuando comienzan a descubrir su reflejo en los espejos (1971). Él subraya que para que el bebé reconozca su imagen necesita de un adulto, generalmente su madre, quien esté a su lado y le apunte a la imagen en el espejo traduciéndosela y explicándole que ese es él. El bebé mira la imagen en el espejo y voltea a mirar a su madre. Se reconoce a sí mismo a través de la mirada del otro. Su autoimagen está desde un principio marcada por esa mirada. No hay identidad esencial previa a la interacción social. No hay identidad unitaria sino a través del nombramiento del cuidador. La relación afectiva que el infante tendrá con su imagen está entonces íntimamente ligada al afecto con que se siente mirado. Sólo puede sentirse bello quien ha sido reconocido por el otro como tal.

Podríamos entender entonces cómo Marisela, abandonada por su madre y su padre alcohólico, requiere de una mirada ajena que le señale su belleza para poder comenzar a construir un sentido de sí-misma merecedora de aprecio y dignidad. Marisela ve a alguien admirado que la percibe con admiración, sólo así puede comenzar a imaginarse a sí-misma como admirable. Yurman (2007), regresando a estas consideraciones psicoanalíticas, nos recuerda que cuando miramos a los objetos idealizados éstos nos miran de vuelta. Los objetos y personas idealizados nos devuelven una serie de ideales con los que luego debemos cargar. En el Yo Ideal internalizamos a los otros y sus expectativas.

Para ser digna del reconocimiento de Santos Luzardo, Marisela se esfuerza en intentar complacerlo vistiéndose y comportándose de cierta manera. Pero ella por momentos sufre la ambivalencia de no saber si puede alcanzar los ideales del mundo de Santos y por momentos extraña sus viejas maneras: —«Déjeme ir para mi monte otra vez»— manifiesta. En la relación de Santos y Marisela hay una tensión continua de historias distintas que se encuentran, de corrientes afectivas difíciles de precisar, así como de ideales, valores y preferencias. Gallegos no se hace muchas preguntas sobre esa tensión, no hay mayores dudas sobre los valores del héroe por él descrito; pareciera asumir sin cuestionamiento que los ideales de Luzardo son deseables y que los de Marisela son para descartar o superar.

Tendríamos que preguntarnos nosotros ahora si no hubiese hecho falta dudar, cuestionar los valores no cuestionados, abrir espacio para una paleta más amplia de maneras de entender las posibilidades de una mejor vida. Habría que cuestionar si la única opción deseable para y por Marisela sea el aprender un código que no conoce y dejar atrás su lugar de origen. Habría que pensar sobre las consecuencias de recibir una ayuda idealizada que parece desvalorizar la historia previa. Habría que pensar también dónde quedan las variaciones que no están registradas en este intercambio. Por ejemplo, ¿cuál es el lugar de los hombres jóvenes o de los ancianos en esta fábula de redención? ¿Qué opciones valorativas no contempladas en los guiones de este personaje podrían estar disponibles? ¿No está Santos Luzardo también enredado en el peso de unos ideales machistas que le conminan al enfrentamiento para intentar defender su hombría, su honor? ¿Cómo ofrecerle apoyo a Marisela sin imponerle un mundo ajeno? ¿Cómo apoyarla sin robarle autonomía, ayudándola a crecer en libertad?

Cuando el joven de nuestro taller se sorprendió de que el escenario que logró retratar desde la ventana de su habitación le pareciera bello a los adultos que conducen el taller, ¿no estaba expresando parte de la desvalorización internalizada de su lugar y su origen? Él fue uno de los jóvenes que manifestó que su barrio estaba lleno de basura y que la belleza se encontraba en los jardines de la UCAB, y a lo largo del taller manifestó incomodidad con su apariencia física y su color de piel. Parecía que sus dilemas de construcción de identidad adolescente estaban atravesando las angustias típicas relacionadas con belleza física, pero enmarcados en el contexto socioeconómico que remarcan su sensación de poca valía. Que los adultos vieran belleza en su imagen fue una sorpresa y una alegría. En ese sentido, el taller abrió un espacio para problematizar algunas asunciones sobre su valoración y su autoimagen.

Sin embargo, esa interacción no deja de resultarnos problemática. Nos invita a la pregunta: ¿Es el lugar de Santos Luzardo al que debemos aspirar como Academia al intentar aportar nuestros esfuerzos para el progreso del país? Es decir, el lugar del héroe. O, dicho de otra manera: ¿Podremos aportar a la transformación de las posibilidades de nuestra población sin construir nuevas relaciones de dependencia?

Relaciones entre las universidades y la comunidad: retos y desencuentros

Hay una pequeña serie de investigaciones que ha explorado el tema de las relaciones entre las universidades y las comunidades, así como las relaciones entre las clases profesionalizadas y la clase obrera. Esta literatura científica ha podido constatar los beneficios de este tipo de iniciativas, pero también ha puesto sobre el tapete los tropiezos que a menudo suelen tener.

En el libro *The Hidden Injuries of the Working Class* (1972), el sociólogo Richard Sennett —ya mencionado—, exploró con detalle los sutiles males-tares sufridos por las personas de la clase obrera por tener menos acceso a los símbolos de estatus provistos por el nivel educativo y el dinero. Sennett considera que esto coloca a las personas de clases bajas en una posición de desventaja en el intercambio de impresiones. Produce una suerte de vulnerabilidad con respecto a la autoimagen, la sensación de que en cualquier momento pueden sentirse avergonzados ante aquellos que sí tienen las marcas de lo valorado (nivel educativo, gestos, vocabulario, vestimenta, costumbres, dinero, etc. de la clase media y la clase alta). Esto, relata Sennett, se re-

flejó en sus entrevistas durante la interacción de los entrevistados con los investigadores. Estos últimos, representantes de la academia, eran percibidos por los entrevistados como «emisarios de un estilo de vida distinto, representantes de una clase más alta o más educada», capaz por ende de juzgarlos y hacerlos sentirse inadecuados.

Un cuerpo de investigación (Bringle y Hatcher, 2002; Nadler, 2002; Worchel, 1984) ha estudiado las dinámicas de los programas de ayuda que enlazan miembros de distintos sectores de la sociedad. Estos autores han encontrado que recibir ayuda es un *mixed blessing* o una bendición ambivalente. Por un lado, tiene la bondad de ofrecer apoyo en un área, pero, por el otro, la recepción de ayuda siempre carga consigo el riesgo de disminuir el sentido de autovaloración. Al pedir ayuda tengo que exponer mis carencias y al aceptarla parecería que reconozco de manera tácita mi posición de menos posibilidad. En una sociedad que valora la autonomía, el desarrollo individual, la independencia, esto puede ser vivido como amenazante. Especialmente para los hombres, para quienes los valores masculinos están más marcados por estos imperativos de autonomía. Para los grupos de menos poder la recepción de ayuda es, en ocasiones, vivida como una aceptación de dependencia de los grupos de más estatus.

Las investigaciones sobre las relaciones entre las universidades y las comunidades han señalado que a menudo se establecen relaciones asistencialistas, en las cuales las segundas aparecen sólo como recipientes pasivas de ayuda. Los autores de estas investigaciones han instado a las universidades a establecer nexos que puedan abordar de manera sensible los problemas sociales más imperativos. Asimismo, han hecho una serie de críticas enfatizando la importancia de establecer relaciones basadas en la justicia y no en la caridad. La caridad entendida como lo que ocurre cuando lo que se considera sobrante de una comunidad se dona a otra y la justicia como lo que sucede cuando los recursos son considerados compartidos. También han criticado que con frecuencia las intervenciones son planificadas desde un modelo de experticia que implica jerarquía y unidireccionalidad. Proponen que, para fortalecer en verdad a las comunidades con las cuales se trabaja, hace falta esforzarse en plantear relaciones colaborativas, participativas y democráticas (Bringle y Hatcher, 2002).

Las perspectivas críticas pedagógicas e investigativas que hemos venido desarrollando procuran hacer un registro de estas dinámicas para poder someterlas a la reflexión e ir problematizándolas. En el caso del intercambio reseñado, nos sirvió para agudizar nuestra escucha ante los dilemas de identidad de los jóvenes en cuestión, intentando no calmar de entrada las angustias generadas por la diferencia, sino registrarlas, tolerarlas, para progresivamente, a través del trabajo artístico compartido, construir espacios de transformación superpuestos y no guiados por los adultos «expertos».



REINALDO
ENRIQUE
ORTEGA

LO QUE SE VE DESDE MI VENTANA
(FOTOGRAFÍA TOMADA DURANTE EL PROCESO
PREPARATORIO DE LA MUESTRA)





REINALDO
ENRIQUE
ORTEGA

LA VIRGEN NOS PROTEGE
(FOTOGRAFÍA TOMADA DURANTE EL PROCESO
PREPARATORIO DE LA MUESTRA)



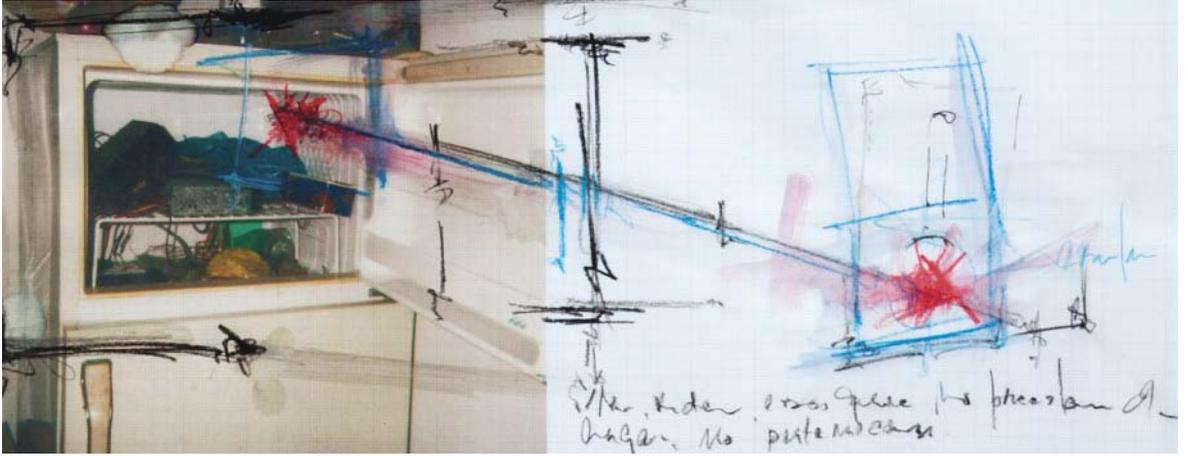
ADRIANA
CAROLINA
NUNES

■ SALA DE MI CASA
(FOTOGRAFÍA TOMADA DURANTE EL PROCESO
PREPARATORIO DE LA MUESTRA)

Propuesta Hallazgos Búsqueda de vestigios del presente Estudios

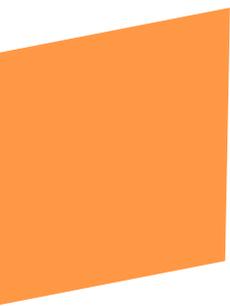
Xiomara Jiménez





Intervenciones paródicas

Igor Barreto



Detenido frente a estas últimas obras de Xiomara Jiménez me pregunto por la naturaleza de estos objetos: Por Dios, ¿qué son? A la mente se apresuran varios recuerdos: 1) El del poeta brasileño Manuel Bandeira y aquel poema donde repite de manera automática: «En el medio del camino había una piedra»; era el encuentro con la pureza de algo inútil, una realidad mineral aún pura. 2) El segundo recuerdo lo preside el urinario de Marcel Duchamp, un verdadero choque con lo residual urbano, aunque aún restaba algo de magia y el encanto del redescubrimiento. Pero Xiomara Jiménez ni tan siquiera se ha encontrado con un objeto, con algo concreto de qué hablar, una realidad tangible. En primer término tendría que decir que su propuesta es una propuesta social, o que necesita de lo social para existir. Estas imágenes fueron recolectadas en su primera versión por los participantes del programa Arte y Vida, que tiene como sede la Unidad de Psicología del Parque Social de la Universidad Católica Andrés Bello, que presta servicios en zonas populares. Y allí, en el espacio del taller, ocurrió un primer intento de la artista por comprender aquellos registros fotográficos recolectados por los talleristas. Una comprensión que la condujo a «editar» aquellas imágenes de objetos domésticos de la cultura de masas, como si ahondara en la naturaleza residual de cada uno. Elevando al cuadrado esta condición, potenciándola paródicamente, quiero decir con humor. Porque en estas obras se trata de darle un carácter estético y eterno a lo residual, y eso no puede ser sino una humorada de su parte, una intervención paródica de algo que se define en su origen como pasajero y desechable. La parodia toca varios niveles del proceso de creación que culmina en estas obras. Entre estos niveles, quizás uno de los más interesantes sea el remedo que hace del discurso científico, la morisqueta científica que es la estratagema bajo la cual se presentan sus pretendidos «hallazgos». Es una exposición lúcida, sin concesiones, y dejando siempre al desnudo toda supuesta pureza, como el carácter aproximativo de cualquier comprensión científica.

Hallazgos compartidos

Manuel Llorens



La arqueología ha servido de metáfora a varias indagaciones en las ciencias sociales. Es la metáfora freudiana originaria. Como en las grandes expediciones, Freud creía hurgar entre los restos de la memoria identificando fragmentos que luego le permitirían reconstruir la historia olvidada.

Foucault también acudió al término, denominando «arqueología del silencio» a su revisión crítica de la historia, que pretendió identificar las cosas que se dejaron sin decir y las lógicas de poder que produjeron esos silencios.

A medio camino entre la reconstrucción subjetiva individual, que pretende, cual psicoterapia en acción, juntar piezas para narrar un pasado capaz de nutrir la construcción de una identidad y la revisión crítica de la historia, que busca recuperar los objetos silenciados por la exclusión social, Xiomara ha invitado a los talleristas a jugar a ser arqueólogos y hurgar entre los objetos cotidianos de sus vidas para intentar convocar al asombro.

De nuevo insisto en que una de las coordenadas de estos talleres que pretenden trabajar con jóvenes de contextos económicamente carenciados es la noción de respeto, tomando como premisa su definición etimológica de «volver» (re) «a ver» (*spect*). Es en ese regreso de la mirada, en el que se vuelve a repasar lo aparentemente trivial de la vida, donde Freud dice encontrar un entramado afectivo que nos habla de algo que está más allá de nuestra conciencia. Es en esa recuperación de aquello que quedó sin registro en la «historia oficial» que Foucault convoca las historias alternativas o subyugadas que nos permiten encontrar versiones distintas a las historias dominantes donde la vida de aquellos que se encuentran al margen siempre van a aparecer representadas con menos brillo.

Xiomara es experta en mirar esos objetos. Una joven del taller apareció en una sesión con un zapato roto. En ella apareció la vergüenza adolescente de sentir que ese objeto delataba alguna falla personal, alguna incompletud. La ocasión sirvió para invitar a todos a mirar su andar, a explorar con el lente fotográfico sus zapatos y las historias que estos venían acumulando. El zapato roto fue transformado en oportunidad para el juego, en una ocasión para la búsqueda. La ansiedad, producto de una mirada internalizada denigratoria, asimismo fue transformada a través de lo lúdico en otra cosa, menos angustiante. La adolescencia, que típicamente sufre de las angustias de la autoevaluación normativa, pudo abrir espacio para el desconcierto, la risa y el asombro.

Vistos desde un lente racional, las imágenes resultantes de los pies y los zapatos hablan toneladas sobre varias esferas de la vida de los adolescentes, como, por ejemplo, los códigos del género (la rudeza masculina versus la delicadeza femenina) en que los jóvenes están indudablemente socializados, así como en las marcas que, por momentos, impone la pobreza. Pero, además de eso, el intercambio entre los jóvenes y Xiomara produjo lo que no sé describir de una manera distinta a una belleza que mezcla el humor y la ternura. Invitan a regresar a la adolescencia y a los intentos tentativos de pisar firme.

La combinación de la antropología y las artes plásticas a través de Xiomara logra una mirada transformadora, que permite no sólo regresar a volver a ver, sino, lo que quizás es el hallazgo principal que uno pudiera desear de un taller de arte para jóvenes, que es la belleza.

El estereotipo social tiende a opacar la vida de los jóvenes en general y a los de extracción popular en particular. Las cataratas culturales los encierran en miradas cargadas de temores sociales o de nostalgias idealizadoras. Las vidas individuales quedan desdibujadas tras las exigencias de la mirada normativa. No sabemos a ciencia cierta si los espacios de creación artística compartidos por estos jóvenes son la vía para conducirlos por el «camino correcto» que la mayoría de los programas de intervención social imponen. Creemos, eso sí, que la belleza reflejada en estos «hallazgos» representan momentos de intensa colaboración afectiva e intelectual entre ellos, el arte y los conductores del taller, que produjeron momentos de libertad y belleza. Creer en el arte es creer en la potencia de esos instantes. Creer en el uso del arte para trabajar con jóvenes es creer en la posibilidad de dejar de lado nuestras presunciones para que nosotros también, como adultos y educadores, podamos regresar al asombro que implica inventarse, crecer o descubrir la vida.

En la entrada del espacio expositivo se colocó una fotografía satelital de Antímano al lado de la Universidad Católica Andrés Bello y el Parque Social Padre Manuel Aguirre, s.j., donde el taller se llevó a cabo. La fotografía muestra, de un lado de la autopista, una montaña amplia, llena de verde, con un pequeño espacio intervenido donde está la universidad. Del otro lado, en cambio, la montaña desaparece bajo la enorme cantidad de viviendas construidas por los pobladores de Antímano. El verde ha desaparecido. El contraste es notorio.

La búsqueda reflejada en estas obras no es sólo la del descubrimiento de la adolescencia de Antímáno y sus alrededores. Es también una invitación a que la universidad se interrogue en relación con el otro. El hecho de tomar los espacios de un centro de atención psicológica con las obras de arte producidas por Xiomara en conjunción con los jóvenes es una provocación, es un intento de devolver la mirada para que la universidad se inscriba también, como un adolescente más, en el espacio reflexivo; que sea capaz de interrogarse sobre su lugar en el entramado social que le ha tocado ocupar y la identidad que esto le confiere.

Algunos se preguntan por la autoría de las piezas. Una y otra vez hemos dicho que son creaciones de Xiomara a partir de los productos de los jóvenes del taller. Hay un trabajo intenso de colaboración de unos jóvenes entusiastas y una artista en plena faena. Esto pareciera romper con los cánones tradicionales que requieren que la obra (y la vida, vista como una obra) sea un logro individual.

La construcción de una identidad sólida, que permita vivir una vida mejor, no es una tarea individual. Es más bien un cruce de miradas. No pretendemos en ningún momento el descubrimiento objetivo de una realidad que miremos desde una supuesta distancia.

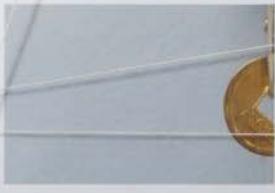
En un mundo tomado por los conflictos identitarios, el antropólogo Clifford Geertz, aboga a favor del uso de la antropología para abrir espacio para la convivencia en la diversidad, noción clave para la Venezuela que nos ha tocado vivir. Geertz (2000) desestima que sea posible seguir pensando desde la mirada omnisapiente:

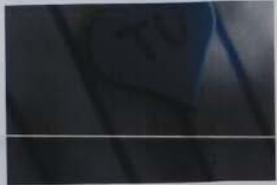
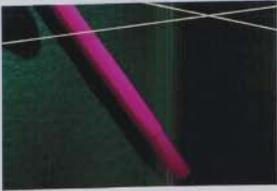
Lo que sea que haya sido posible antes y lo que sea que añoramos, la soberanía de lo conocido, nos empobrece a todos; en la medida en que estas fantasías se mantengan en un futuro, éste será oscuro. No es que tenemos que amarnos los unos a los otros o morir. Es más bien que tenemos que conocernos los unos a los otros y vivir con ese conocimiento o terminar encerrados en el mundo beckettiano del soliloquio.

Recurrimos al arte porque, como científicos sociales, sabemos que también necesitamos salirnos de nuestros discursos preestablecidos para poder reflexionar sobre nuestro lugar. Necesitamos del espacio de la duda, de la ruptura, del afecto. Necesitamos recordarnos una y otra vez que la vida de los jóvenes de Antímáno es la vida de nosotros. Nosotros somos parte de la vida

de ellos. Así como —¿hará falta repetirlo? (parece una obviedad, pero se le olvida a los científicos sociales, a los psicólogos y a los educadores todo el tiempo)— ellos son parte de la nuestra. El taller de Xiomara y los jóvenes es un intento de regresar una y otra vez a ese hallazgo.











XIOMARA
JIMÉNEZ

DE LA SERIE HALLAZGOS, ZAPATOS (1)
2012



XIOMARA
JIMÉNEZ

DE LA SERIE HALLAZGOS, ZAPATOS (2)
2012







XIOMARA
JIMÉNEZ

DE LA SERIE HALLAZGOS, OBJETOS EN RESGUARDO (1)
2012



XIOMARA
JIMÉNEZ

DE LA SERIE HALLAZGOS, OBJETOS EN RESGUARDO (2)
2012



XIOMARA
JIMÉNEZ

DE LA SERIE HALLAZGOS, OBJETOS EN RESGUARDO (3)
2012





XIOMARA
JIMÉNEZ

DE LA SERIE HALLAZGOS, OBJETOS EN RESGUARDO (5)
2012





XIOMARA
JIMÉNEZ

DE LA SERIE HALLAZGOS, COMPOSICIÓN (2)
2012



XIOMARA
JIMÉNEZ

DE LA SERIE HALLAZGOS, COMPOSICIÓN (3)
2012

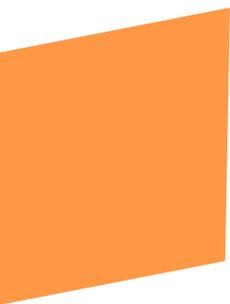


XIOMARA
JIMÉNEZ

DE LA SERIE HALLAZGOS, CAMISETA
2012

Experiencia con un grupo de jóvenes de la propuesta Hallazgos

Emiliana Oteyza



Parte de los análisis que hemos intentado incluir en la revisión del trabajo en los jóvenes. En las siguientes páginas se presentará una investigación que intenta analizar el impacto de la propuesta denominada *Hallazgos* en la etapa del taller, como observadora participante en nueve sesiones, tres entrevistas grupales a los jóvenes (mes y medio después de la culminación del taller) y una entrevista posterior realizada a uno de los participantes (tres meses después), y a sus padres por separado, llevada a cabo por un tercer investigador (John Souto Rey), con el fin de indagar la percepción de los padres en relación con la experiencia de sus hijos en el taller.

Importancia de las actividades extracurriculares en los jóvenes

Diversos estudios demuestran que la participación de jóvenes en programas extracurriculares tienen resultados positivos en su desempeño académico y adaptación social (Sheldon, Arbretton, Hopkins y Grossman, 2010). Se habla de que incluso tienen mayor probabilidad de inscribirse en una carrera universitaria.

De hecho, se ha demostrado que la diferencia entre el menor rendimiento académico de jóvenes de escuelas públicas en relación con las privadas no se debe exclusivamente a la calidad de las instituciones sino a la posibilidad de tener experiencias educativas extracurriculares.

Por otro lado, Hirsch, Mekinda y Stawicki (2010) revelan que la idea detrás de los programas extracurriculares para jóvenes se relaciona con la prevención y protección, pues son una manera de mantenerlos alejados de la calle en horarios críticos, los cuales comprenden horas usualmente dedicadas al ocio, a la criminalidad y a la violencia.

Hirsch y cols. (2010) refieren que estos programas ofrecen apoyo a los padres que trabajan y no pueden hacerse cargo de sus hijos a esas horas. Lo más significativo es que proveen mentores y modelos positivos para los jóvenes, fomentando normas sociales.

Beneficios de participar en programas extracurriculares

Los programas extracurriculares son espacios en donde el adolescente reporta sentirse altamente motivado y se involucra de forma emocional y cognitiva, impulsando de ese modo la construcción y sensación de control sobre su vida, propiciando el cambio y haciendo oír su voz (Larson, 2000, c.p.

Dworkin, Larson y Hansen, 2003). Entre los beneficios más resaltantes se encuentran:

- 1 Ofrecen la posibilidad de *exploración y fortalecimiento de la identidad*; aprenden sobre sí mismos, sobre sus propios límites, sus talentos y habilidades, gustos e intereses.
- 2 Desarrollan la *iniciativa*, ya que indirectamente aprenden a hacer planes, se proponen metas, las alcanzan, superan obstáculos, desarrollan la perseverancia y el manejo del tiempo (Larson, 2000, c.p. Dworkin y cols., 2003).
- 3 Según Catalano y cols. (1999, c.p. Dworkin y cols., 2003) estimulan el aprendizaje de *estrategias para el manejo de las emociones, control de impulsos y dominio del estrés*.
- 4 Fomentan el *desarrollo y adaptación social*, ya que hacen nuevas conexiones, aprenden sobre compañeros con los cuales, de otra forma, nunca se hubiesen relacionado.
- 5 Desarrollan destrezas sociales y liderazgo, ya que experimentan el *trabajo en equipo*, aprenden a recibir *feedback* (retroalimentación) y a regularlo.
- 6 Brindan la posibilidad de adquirir *modelos positivos*, lo que hace referencia a la posibilidad de establecer alianzas y relaciones con adultos significativos o líderes comunitarios, ya que se ha visto cómo, al preguntarles a los jóvenes sobre personas significativas en sus vidas, frecuentemente resaltan los nombres de quienes lideraban dichos programas. Les permite conocer el mundo de los adultos de manera positiva.

Características necesarias para que un programa extracurricular tenga éxito

Yohalem y Wilson-Alhstrom (2010) refieren en su estudio que no todos los programas extracurriculares ofrecidos están diseñados para impactar positivamente el rendimiento escolar de los adolescentes. Se ha visto que aquellos programas que sí lo hacen muestran ocho características primordiales:

- 1 Seguridad física y psicológica (ambiente de confianza y confidencialidad).
- 2 Estructura apropiada.
- 3 Presencia de un adulto que dé apoyo y guíe el programa.
- 4 Oportunidades de pertenencia (formar parte de un grupo o equipo).
- 5 Normas sociales positivas (trabajo en equipo).
- 6 Integración de la familia, institución académica y comunidad.
- 7 Oportunidades para la adquisición de destrezas y habilidades.

Es importante resaltar que los programas extracurriculares estructurados y con un *adulto significativo* que brinde apoyo son lo que generan mayor enganche y emociones positivas en los jóvenes que asisten (Vandell y cols., 2005, c.p. Shernoff y Lowe, 2007).

Asimismo, las principales características que deben poseer estos adultos para que los jóvenes los perciban como significativos son: que provean estructura apropiada, reto y apoyo. Además, deben de ofrecer neutralidad de juicios, de manera que generen confianza en los muchachos y abran el espacio para la libre expresión.

Finalmente, es importante destacar que las dos ramas más populares y de mayor motivación intrínseca en las que se involucran los jóvenes son el deporte y las actividades relacionadas con el arte, ya que ambas les ofrecen satisfacción personal, iniciativa y foco (experiencia de fluidez y total absorción en lo que se está haciendo, relacionada con la inspiración), así como reducción de emociones negativas: alienación y estado de ánimo depresivo.

¿Por qué recurrir al arte?

Históricamente el arte ha jugado un papel primordial en la salud, promoviendo bienestar. Al ser la expresión simbólica una parte importante de los rituales de sanación, ha cumplido la finalidad de protección del mal y de los daños a través de la creación de monumentos, altares, templos, máscaras, danzas, etc. y ha permitido canalizar emociones, como el miedo, la ansiedad, la rabia o la tristeza.

En antiguas y actuales sociedades iletradas se utilizan la danza, la música y la pintura como alivio físico y psicológico de las enfermedades. Incluso, actualmente el arte se está volviendo a utilizar con fines terapéuticos, pues abre la posibilidad de expresar las emociones, de disfrutar de un proceso creativo y, en ocasiones, propicia la integración grupal (sentido de pertenencia).

Se ha visto que los procesos implicados en la creación artística son curativos y mejoran la vida del que los realiza. Más específicamente, se habla de que el arte y la creación per se son terapéuticos, ya que el acto creativo genera patrones de ondas cerebrales que estimulan el equilibrio neuroquímico del cerebro, generando sentimientos de disfrute y armonía.

Para resumir, algunos beneficios del arte son:

- 1 Ofrece una oportunidad para la creación que devuelve la sensación de autonomía y control en la vida.
- 2 Permite canalizar emociones.
- 3 Genera disfrute.
- 4 Proporciona integración social y sentido de pertenencia (cuando es en grupo).
- 5 Permite reflexionar sobre los productos artísticos.
- 6 Facilita la adquisición de conocimiento y habilidades.
- 7 Proporciona sensación de éxito.
- 8 Proporciona apertura y permisividad propiciando la libre expresión.

Trabajo de jóvenes con arte

Se busca trabajar con el arte ya que se ha visto que estos talleres tienen un gran atractivo para los jóvenes, pues permiten explorar, crear, improvisar, inventar, entretenerse, aprender, culturizarse, socializar y compartir. Son el perfecto enganche para esta población tan difícil de captar. De ese modo se abre un puente de comunicación y vinculación con los adolescentes, pues estos lo perciben como poco amenazante y sienten que tienen el control (Riley, 2001).

Por otro lado, se ha evidenciado que la participación en un grupo de arte —a diferencia de las terapias verbales—, es un medio exitoso para tratar las dificultades de los jóvenes, ya que en esta etapa de sus vidas es frecuente la resistencia a la autoridad y la falta de confianza en el mundo de los adultos (Riley, 2001), lo que entorpece entablar una relación cercana y significativa por parte de los padres y profesionales con los muchachos. De esta manera, el arte se convierte en el puente de comunicación entre ellos.

Es necesario destacar que tanto los niños como los adolescentes suelen usar el arte de forma espontánea. Especialmente los adolescentes tienden a emplear el arte para superar esa difícil etapa en la que están descubriendo y construyendo su propia identidad (Muñoz, 2002). El arte permite al joven distanciarse de sus propios dilemas y, de ese modo, trabajar en la solución del problema (Riley, 2001), ya que la atención está puesta en un objeto o en un producto por hacer, lo que permite que bajen sus defensas, se sientan menos amenazados y más libres para expresarse.

El trabajo de arte con jóvenes permite construir una identidad positiva y valiosa. Es una manera de acercarnos y comprender al adolescente de hoy. Incluso se ha visto que conocer la vida y obra de artistas llama profundamente la atención de los adolescentes y los invita a la reflexión, pues generalmente son vidas difíciles, diferentes, donde se rompen los esquemas, ocurren situaciones fuera de lo común.

En conclusión, el arte es un excelente medio para captar la atención de los jóvenes, así como para que conozcan aspectos de sí mismos, exploren nuevas posibilidades, incursionen en lo extraño, absurdo, divertido y, en caso de que sea grupal, para establecer nuevos vínculos positivos con pares y adultos.

A continuación se expondrán algunas conclusiones a las que se ha llegado luego de hacer un registro mediante la observación de una experiencia artística en la Unidad de Psicología del Parque Social Manuel Aguirre, s.j.

La experiencia con la propuesta *Hallazgos*

Se realizó un taller creado por Xiomara Jiménez, antropólogo y artista, para darle continuidad a la anterior propuesta, cuyo resultado final fue la muestra *Soñadores*, exhibida en la Unidad de Psicología en forma de fotografías

de inmenso formato, las cuales documentan tanto las experiencias de los muchachos en el taller como aspectos de su realidad. Estas imágenes se encuentran intervenidas por la artista.

El taller

Tuvo un gran éxito entre los jóvenes que participaron. Se invitó aproximadamente a 12 muchachos de edades comprendidas entre los 13 y 17 años, que asisten a la consulta psicológica por diversos motivos: rebeldía, timidez, bajo rendimiento académico o desmotivación. Estos jóvenes pertenecían a las comunidades de Antímano, La Vega y zonas aledañas. Se realizaron diez sesiones y un paseo final a la Galería de Arte Nacional (GAN), que se hizo por iniciativa de los propios participantes.

La intención del taller es «el trabajo de la *identidad y memoria* a través de la recolección de objetos domésticos, personales y de esa aproximación de espacios. La idea de que se puede reconstruir una memoria personal a partir de las cosas que tenemos, que atesoramos (del valor que les damos a estas), más allá de la precariedad de estos objetos. Por ello esta gran “parodia” o simulación de “Hallazgos: gabinete de recuerdos”, creo que fue posible, entre otras cosas, porque nos permitimos ver con sentido del humor» (Jiménez, 2011).

Se trata de una metáfora en la que los muchachos son unos arqueólogos que van encontrando o «rescatando» objetos importantes de su vida, basados en un modelo que la artista y antropóloga ideó y que ha denominado «transferencia de medios», refiriéndose no al proceso psicológico sino al plástico.

La idea mía es montar un modelo donde las personas se sientan identificadas con los procesos de representación a partir del contacto con medios creativos, que por imitación logren reconstruir una aproximación de su propia realidad objetivando, es decir, a través de objetos, que pongo fuera de mí. De manera que ya no es mi casa, pues al ponerla fuera las referencias cambian. Luego, cuando además de eso veo mis fotos de mi espacio más cotidiano, rutinario, transitado, en un libro o exposición distinto al de mi rutina, es como que si esos objetos cambian de valor y los puedo observar de manera distinta (Jiménez, 2011).

Los recursos artísticos utilizados fueron objetos que los jóvenes trajeron de sus casas, los cuales, una vez intervenidos, unidos y mezclados generaron nuevos objetos. También fueron empleadas la escritura, las narraciones, fo-

tografías, obras de artistas reconocidos como Joan Brossa, Ramón Gómez de la Serna y Edward Weston, así como relatos de sus vidas.

Características que hicieron exitoso el taller

No se trató de un grupo terapéutico, donde se indagaba la vida de las personas —lo que puede generar resistencias—, sino que se invitaba a compartir fragmentos de la vida, y cada quien podía escoger lo que quería mostrar, lo que lo hacía poco invasivo y más libre.

Había pocas interpretaciones directas o explícitas, lo que parecía generar un ambiente de fluidez, bajas resistencias y alta espontaneidad.

Se iba poco a poco e indirectamente. En ocasiones se dejaban abiertas las inquietudes de los muchachos, con poco cierre o insistencia a seguir hablando. Creo que allí reside parte del secreto de cómo estos muchachos pueden conectarse tan fluida y abiertamente, pueden bajar sus defensas con facilidad, sentirse libres para hablar e ir a su propio tiempo.

Reinaba la incertidumbre. Nunca se sabía qué venía después, lo que parecía mantener a los muchachos atentos, curiosos, motivados y, en ocasiones, asombrados.

Las sesiones eran estructuradas. Había un hilo conductor que las guiaba, se respiraba una sensación de estructura, límites, guía (tan importante para un adolescente). Me parece que generaba en los muchachos la sensación de que alguien había pensado en ellos durante la semana; que había preparado una sesión particular, tomando en cuenta los detalles.

Había espacio para la improvisación, lo que permitió recoger momentos importantes y sacarles provecho (ejemplo del zapato)

El que se diera en un ambiente fuera de casa y del colegio, en un espacio neutral, parece propiciar indirectamente libertad de expresión, apertura, poca censura. Hay más libertad para actuar, menor responsabilidad (ejemplo de las mujeres desnudas de Picasso).

Había confidencialidad y apertura. Es importante brindar un espacio que conecte a las personas, que exista la posibilidad de sentir cohesión, confidencialidad, libertad de expresión; donde no hay juicios ni comentarios correctivos. Los adultos aquí acompañan, dan indicaciones, se cercioran de

que los muchachos entiendan las actividades, los motivan e impulsan, pero no corrigen; demandan poco, pero traen estructura, puntualidad y guía.

Ofrecía momentos de diversión. Se dejaba espacio para el chalequeo normal de la edad tipo Magallanes vs. Leones o tipo «Ay, fulanito lo que está es enamorado».

Invitaba a la creación, mezclando pequeñas cosas y creando un producto final nuevo, para ser reelaborado y expuesto en la Unidad de Psicología.

Regulaba la demanda de expresar afecto, se desarrollaba gradualmente, desde lo descriptivo hacia lo más afectivo (narraciones).

La artista facilitadora llevaba anécdotas y experiencias personales; historias sobre ensayos, artistas y obras literarias, que a ella la han movido en algún momento de su vida y que las compartió bajo su óptica; aquello que la tocó, eso que la *inspiró*, brindándole así la oportunidad a los muchachos de hacer lo mismo, de buscar esa misma conexión con sus propias vivencias (ejemplo de la piedra, la sombra).

Llevar imágenes resultó clave, pues ejercieron un impacto de modelaje y transformación en los muchachos. Por una parte modelaba lo que se les pedía que fotografiaran y, por la otra, abrió una nueva manera de ver la cotidianidad que consiguen en sus vidas, e indirectamente de cómo se ven a sí mismos. Elementos que antes pasaban inadvertidos ahora poseían relevancia.

El pedir sentimientos a través de imágenes de su cotidianidad permitió sacar a la luz problemáticas de violencia, frustración e injusticia, que de otro modo no habrían salido. Fue algo similar a lo que pasó con los relatos sobre los objetos, pues al tener algo concreto de qué hablar, de alguna manera se despersonalizaba ya que se ponía en el afuera y los muchachos hablaban de la imagen, pero en paralelo hablaban de sus vidas, de sus sentimientos.

La variedad de recursos y medios artísticos utilizados fue uno de los mayores atractivos para los jóvenes. Les llamó mucho la atención la posibilidad de explorar diferentes medios (fotografía, manipulación de objetos, conocimiento de historia del arte, de artistas, de obras).

El trabajo con lo raro, lo desconocido, lo absurdo, además de un excelente gancho, pues genera curiosidad y es divertido, impulsa la creatividad de los muchachos, sirve de catalizador para la propia creación.

Generó sentido de pertenencia, pues los muchachos se reconocieron como grupo.

¿Qué ganaron los muchachos con el taller?

Se iban llenos a sus casas. Adquirieron conocimientos de artistas, así como de sus compañeros y de sí mismos. Consiguieron un lugar para explorar cuestionamientos, preguntas, incógnitas y curiosidades.

Les abría perspectivas, visiones, caminos; les aportaba una apreciación de otras realidades. Conocieron artistas plásticos, escritores y una introducción al arte, de una manera informal, a través de actividades lúdicas con un toque de humor y permisividad. Ello les permitió engrandecer lo extraño, lo sombrío, lo desconocido. Les ayudó a ver los objetos desde una nueva perspectiva y acercarse a nuevas realidades y a nuevas maneras de entender a otros y a sí mismos.

La interacción social, ya que reunió a un grupo de adolescentes en un tiempo y espacio determinados, en el cual compartieron anécdotas, vivencias y se les brindó la oportunidad de encontrarse en un ambiente semiestructurado, libre, lúdico, con posibilidad de crear, de recordar, de expresarse, no solos, sino guiados, acompañados por un adulto.

Invitaba a hablar sobre sus fotos, objetos, imágenes y, paralelamente, casi sin darse cuenta, los muchachos iban relatando sus vidas con pocas resistencias, con mucha fluidez, lo que es una manera de dar voz. Aquí salieron rápidamente temas de pérdidas, duelos, personas significativas, estrategias y los intentos de preservar el objeto querido.

Conclusiones

Desde el comienzo, asistir al taller era un privilegio ya que se pensaba que se iba a realizar una exposición donde se exhibirían sus «hallazgos de arqueología», convertidos en productos estéticos intervenidos por la artista, tal y como había hecho el grupo anterior en la propuesta *Soñadores*. Ante esto, en varias oportunidades, sobre todo al inicio, recuerdo haber escuchado comentarios o preguntas en torno a la futura exposición de sus obras.

Se debe subrayar cómo, desde el comienzo, los jóvenes tuvieron una gran expectativa ante la posibilidad de exhibir sus «hallazgos arqueológicos», tal como el grupo anterior de *Soñadores* lo había hecho. El taller tiene el valor

añadido de ofrecerles a los jóvenes la posibilidad de ser coautores de una exposición artística, lo que pareció colocarlos en una posición protagónica; sentían que lo que hacían tenía un valor y que su vida cotidiana podía ser de interés para los otros.

Les abrió la puerta para que los participantes pasaran de la *vergüenza* a la *grandiosidad*. Principalmente les permitió transformar la forma de ver su cotidianidad y de verse a sí mismos. Todo aquello que pertenecía a su día a día de pronto empezó a cobrar relevancia. Los detalles triviales de la vida de cada uno pasaron a ser figura, no sólo para las sesiones de grupo sino para exponerlos en la Unidad de Psicología.

El taller fue un espacio donde se les ofreció a estos jóvenes la oportunidad de devolver valor a sus propias vidas; les dio nuevas maneras de valorarse, alejándose de la marginación y devolviéndoles dignidad. Ahora, esos mismos escenarios derruidos y viejos empiezan a apreciarse como escenarios con sombra, es decir, con vivencias, historias, experiencias y huellas de importancia que subyacen a las apariencias.

Los referentes de lo que es importante o valorado, ya no sólo son los que la colectividad dominante impone: belleza en relación con la simetría o la delgadez; valor personal equivalente al poder adquisitivo. Ahora hay otras maneras de verse y valorarse. Es por ello que me parece que refuerza su autoestima. Su valoración personal queda menos estigmatizada y el foco se amplía para captar aspectos más positivos.

El taller les ofreció la oportunidad de mostrar su cotidianidad tal cual es; desde mostrar lo que contenía la gaveta más escondida de sus casas, hasta el objeto más íntimo que guardan y donde ponen todo su afecto. Les permitió compartir su intimidad y hablar de ella sin vergüenza, con orgullo:

«A mí lo que más me gustó fue traer objetos y compartirlos aquí en el grupo con todos. Habernos conocido, hablar, hacer amistades, compartir».

Le pregunté a N sobre cómo se sentía al compartir las fotos con el grupo, o al verlas de nuevo. Dijo que muy bien porque así otros conocen cómo son las cosas en su casa.

El impacto del taller en los muchachos

En las entrevistas realizadas a un mes de haber concluido el taller se recogieron las siguientes impresiones, las cuales ponen en evidencia un impacto positivo y transformador en sus vidas.

- 1 *Disminución de la rebeldía y por ende mejor entendimiento y comunicación con los adultos.*
- 2 *Los jóvenes reportaron sentirse mejor en sus relaciones interpersonales, en general. Algunos dijeron cosas como:*

«Antes yo estaba muy rebelde, todo era un regaño, no me podía comunicar porque todo me lo tomaba a mal. En cambio venir aquí y ver cómo otros y los psicólogos te escuchan y te dicen las cosas, hizo que yo no me tomara tan a mal las cosas que me decía mi mamá, y eso me ha resultado».

«Yo antes era muy amargada, peleona, contestona... en cambio ahora me pueden hablar mejor, aunque todavía, a veces, me peleo con mi mamá un poco... pero cada vez tengo más confianza y más curiosidad por mi mamá».

«Por ejemplo hay veces que uno no tiene comunicación con sus padres, en cambio aquí sí; uno habla aquí de lo que no habla en su casa, se comunica».

- 3 *Superación de la timidez, capacidad de expresión y relación con los demás*
Otros jóvenes reportaron sentirse con más capacidad para entablar relaciones con los demás:

«Yo antes era callado, tímido, no me atrevía a hablar, ahora, gracias al grupo, como que ya no me cuesta, echo broma, la paso bien».

«Yo llegué con miedo escénico y poco a poco me fui soltando y ahora me gusta mucho hablar y mostrarle a mis compañeros cómo es mi vida o echar broma».

- 4 *Capaces de compartir experiencias difíciles que en ningún otro lado pueden*
También hicieron énfasis en la sensación de poder expresar con más facilidad aspectos de su vida íntima:

«Bueno a mí también me da confianza para contar lo que me pasó con mi hermanito pequeño que nació y a la semana se murió... más nunca nadie habló de eso. En cambio aquí en el grupo, oyendo todas esas historias, me pasa que como que uno dice “eso a mí también me ha pasado y te provoca decirlo porque es algo que lo guardas dentro”».

«Si yo también hablo de ese tipo de cosas es aquí, porque a nadie le gusta hablar de eso. Por ejemplo, en mi familia ni nada eso. Afuera uno echa broma o pelea, o habla de otras cosas pero no de los problemas».

5 *Desarrollo de su interés en el arte*

Los jóvenes reportaron sentirse más motivados para seguir explorando el mundo del arte:

«Del taller me llevo mucho aprendizaje de lo que es el arte, que no sólo es dibujar sino mucho más, y me dio mucha motivación y ganas de seguir adelante».

«... me gustaría estudiar arte también, pero no como una carrera. Así como dibujar a veces, no en la universidad ni cursos sino cosas así, por mi cuenta».

Para finalizar, puedo concluir diciendo que el taller de arte resultó un medio efectivo de expresión, que nos permitió acercarnos a la vida de nuestros jóvenes. Las distintas actividades, organizadas a través de medios expresivos diversos, generó un ambiente de confianza que ayudó a que los jóvenes estrecharan lazos entre sí. Pero, además, parece haber tenido un efecto que se transfirió a su vida cotidiana, según los reportes de ellos y de sus padres. Finalmente y pensando específicamente en jóvenes provenientes de contextos económicamente deprimidos, el taller ofrece un lugar para pensar en lo extraño, lo absurdo, lo cómico y lo sombrío, y de esa manera reconstruir un sentido de dignidad que ressignifica la experiencia de exclusión. Eso se ve reforzado por la posibilidad de mostrar sus obras en la exposición final. En resumen:

- El taller de arte se convierte en un medio para escuchar lo que tienen que contar nuestros jóvenes.
- El arte es el vehículo para que los muchachos se expresen.
- El trabajo con objetos, fotografías e imágenes promueve la expresión.
- La soltura para hablar se generaliza a nuevas personas, grupos y contextos.

- Las experiencias positivas con los adultos se transfieren a la casa.
- El taller de arte brindó un ambiente protegido para expresar lo que es difícil de hablar en el afuera, donde comparten y logran sentido de pertenencia.
- El foco en la sombra, lo extraño, absurdo, cómico y sombrío les devuelve dignidad y los aleja de lo estigmatizado de las carencias.
- La posibilidad de ser parte de una exposición de arte les da visibilidad, voz y grandiosidad.

Trabajo presentado en el seminario

«La adolescencia en la Venezuela actual.

Alternativas en la intervención comunitaria»,

UCAB, 2011.

El sentimiento del retratista

Xiomara Jiménez



En el año 1989 se organizó una serie de talleres en varias escuelas de Fe y Alegría, como parte de un proyecto de divulgación sobre Derechos del Niño. Algunas dinámicas y determinados recursos plásticos me permitieron explorar el manejo que tenían los niños de distintas barriadas de Caracas sobre el tema; eran sesiones en donde se pintaba, recortaba y pegaba, además de relatar episodios cotidianos en donde se veían claramente comprometidas las prerrogativas de justicia.

Los niños crearon dibujos llenos de revelaciones sobre sus carencias y el grado de agresividad en el que vivían: un cuchillo ensangrentado, bosquejos en donde los padres propinaban alguna paliza a sus hijos, o el esquema de un charco de sangre derramada en la acera del barrio fueron las ilustraciones más frecuentes. Se trataba de imágenes infantiles exhibidas con exceso, como si solazándose en la violencia, la pobreza y la marginalidad hubiesen encontrado una forma de disimular la gravedad de los hechos presenciados como una vivencia rutinaria. Así fue como logramos recopilar un breve *thesaurus* visual sobre lo que diariamente se vive en algunos hogares deprimidos de nuestra ciudad.

Aquella fue la primera vez que experimenté la fórmula de crear pautas para un taller no dirigido a la enseñanza de técnicas artísticas ni al desarrollo de la creatividad, sino al reconocimiento de una temática específica. Posteriormente se sucedieron otras experiencias grupales en donde, fundida con la idea del taller de arte, se colaría otra de abordaje de algún «problema o situación» conducido mediante estrategias expresivas. Los ejercicios propuestos son meras intuiciones que han permitido «situar el espejo» —una suerte de *anagnórisis*— para que otros se reconozcan, se escuchen hablar y puedan ver sus construcciones como una cierta «objetualidad».

Poco a poco estas prácticas fueron develándose como una manera de concebir un trabajo de investigación creativa que se desenvuelve entre los ejercicios de taller, el conocimiento de una realidad —o nudo problemático— y el propósito de *hacer un tipo de arte* que, si bien tiene como sustrato la historia personal o la realidad de algunos fenómenos sociales, procuro alejar de toda noción estricta de realismo.

Tal como lo expresan escritores o estudiosos del mundo literario —Josefina Ludmer, entre ellos— con sus reflexiones sobre la escritura *posautónoma*, o el poeta chileno Enrique Lihn, quien habla de la «poesía situada», el arte

contemporáneo encuentra resonancias en la realidad: al menos ese es el propósito de algunos proyectos planteados hasta el momento.

Se trata de la concepción de propuestas visuales que parten del análisis de ciertos episodios bajo la aplicación de procedimientos que bordean o están cercanos a las ciencias sociales —la antropología o la sociología, entre otras—, sólo que sin ninguna pretensión de aspirar a un examen preciso de estos hechos desde el punto de vista histórico o netamente social.

La idea deriva de observar que, a través de estas manifestaciones, se generan variados productos visuales que poseen una gran fuerza expresiva toda vez que son descompuestos y replanteados con elementos de creación visual, aunque su procedencia se halla inmersa en la vida cotidiana. Un proceso en el que a veces el papel es el de realizar algunas obras como resultado de estos intercambios, y otras, la de fungir como agente propiciador —en definitiva, un *operador cultural*— para que otros procuren sus propias realizaciones. Para ello se propone la exploración de ciertas prácticas artísticas y el juego con formas de la expresión y del arte, emulando procedimientos o situaciones experimentados por otros creadores tras una probable alteración del sentido que le dieran a sus obras originalmente. Al respecto encuentro como referencia inmediata el concepto de *apropiación* —forma colaborativa de trabajar tomando elementos para integrarlos— tan recurrido en el arte contemporáneo, pero con vastos antecedentes en la tradición. Como ejemplos podríamos señalar a la clásica *Mona Lisa* (Leonardo da Vinci, 1503-1506), obra que ha recibido las más variadas intervenciones, y en otro orden, la poética de Ezra Pound (Hailey, EE. UU., 1885-Venecia, 1972), quien utilizara la apropiación de textos de autores clásicos para realizar, entre otros, *Los cantos*.

El género más parecido al «modelo de investigación artística» formulado es el retrato; al menos esa fue la intención al trabajar con casos de mujeres víctimas de abuso policial y militar. En esa ocasión buscaba componer un retrato del duelo, de los hijos desaparecidos, de las palabras afligidas y de los rostros transfigurados por la pérdida. *Eva en ausencia. El lenguaje del duelo* (Museo Jacobo Borges, 2002) fue la secuela de una combinatoria que incluyó, además de una serie de obras inspiradas en los encuentros sostenidos con el grupo, las voces provenientes de las declaraciones escritas y representadas por las propias dolientes. El recurso utilizado para reunir los elemen-

tos de estas piezas artísticas y museológicas se asemeja a la idea del estudio, a la manera clásica de algunos artistas cuando descomponen un objeto para analizarlo y producir una serie, sólo que en este caso el objetivo es un tanto diferente al que podría tener un creador motivado por aspectos exclusivamente formales o en sintonía con esa tradición plástica. Podría decir que se trata de un tipo de *retrato agrandado* que aspira a capturar, más que el gesto momentáneo de un rostro quieto, un mapa más complejo en el que el retratista y los retratados intercambian —*quid pro quo*— historias personales por *modelos de representación*.

A la vera surgen preguntas sobre la búsqueda de un *lenguaje* para hablar de las personas de nuestro tiempo, y esto no se debe a la necesidad de comprender sus «fatalidades» o a alguna vocación compasiva; tampoco se trata de una inclinación especial hacia un *arte con fines transformadores*, sino al hecho de que esa mirada íntima del otro es como verse a sí mismo, especialmente en momentos como el que atravesamos, cuando la obsesión por lo colectivo parece haber dejado a un lado a la *persona*.

Creo que la atención con la que nos disponemos a indagar sobre cómo es la cotidianidad y cómo cada persona hace el recuento de su memoria, o en dónde coloca cada quien el acento al pasearse por las menudencias de su propia cotidianidad permiten entrever formas narrativas contemporáneas y, en esa medida, pensar también en cómo hallar un discurso visual que interprete el mundo contemporáneo.

El retrato es, pues, tan sólo un argumento para abrir las páginas de un diario íntimo; como señala el psiquiatra Fernando Yurman (2007), es «una bisagra entre lo privado y lo público», y es que, en esas claves entre el espacio íntimo y el espacio compartido es donde se construye el diálogo de los integrantes que componen esta especie de laboratorio sobre la identidad.

Identidad, memoria y arte residual

Soñadores. Retratos de contacto.

Hallazgos, búsqueda de vestigios del presente/estudios.

Dos propuestas de trabajo con adolescentes.

Con la propuesta *Soñadores* la idea fue crear un *retrato o figuración ampliada* sobre identidad y memoria. De nuevo acogí la estrategia de la *apropiación*, trabajando con referencias artísticas de primera mano como las *Autocopias* de Claudio Perna —exhibidas en el Museo de Bellas Artes de Caracas y en circuitos artísticos internacionales a finales de la década de 1970—, o los registros sin cámara de Alfredo Ramírez. Manipulando ejercicios desarrollados en dinámicas de taller surgieron intervenciones con elementos formales sobre esbozos y algunas ejecuciones inconclusas; en esta ocasión, tal vez un poco más despojada de la pintura; trazos, manchas y pinceladas de color apenas se insinúan, haciendo una mención lejana del medio para acceder a recursos como la trasposición en superficies urbanas previamente fotografiadas, o la aplicación de colores desmaterializados en un programa de computadora.

A diferencia de Perna, a quien le preocupan la *ambigüedad* entre copia y original, o la fugacidad de las imágenes en los medios de la cultura contemporánea, además de la velocidad o la imprecisión como factores disolventes de la identidad, los *Retratos de contacto* realizados a los adolescentes tienen la intención de pensar en el valor de una identidad desdibujada o en proceso. Las imágenes pasaron a ser un reflejo en el espejo y también una huella descompuesta del otro.

Visto es que en la posmodernidad lo que mayormente prevalece son las historias entrecruzadas y complejas en donde *nadie es una sola cosa*. Y esto es quizás lo más interesante de la experiencia, que se compone de retazos, de expresiones sueltas, de espacios fotografiados, de «capas» de rostro. En su «Poema sujo», el brasileño Ferreira Gullar dice: «Una parte de mí / es todo el mundo: / otra parte es nadie / fondo sin fondo. / Una parte de mí / es multitud: / otra parte extrañeza / y soledad. / Una parte de mí / pesa, pondera: / otra parte / delira. / ... Una parte de mí / es permanente: / otra parte / se sabe de repente». ... («Papel Literario», *El Nacional*, octubre de 2010).

Organizar el material de la exposición permitió comprender que en este tipo de investigaciones el taller es una primera ventana a la *realidad-premisa*, y es también el espacio lúdico del que emergen circunstancias particulares o *trozos de vida* que nacen con cada individuo.

Durante el evento inaugural de *Soñadores*, fuimos testigos de que los jóvenes mostraban un interés renovado, tal vez al verse como modelos en unas obras y en un montaje en el que constataron representaciones de su identidad que nunca habían visto.

2

Por otra parte, el argumento de *Hallazgos. Búsqueda de vestigios del presente / estudios* (2012) se trazó sobre una invención: participar en una investigación ficticia a la manera de un grupo de arqueólogos con el propósito de reconstruir la memoria personal y familiar a través de objetos conseguidos por los talleristas en sus propias casas, los cuales debían emanar un cierto «encantamiento». Luego tomé estos elementos, que no eran otra cosa sino un montón de remanentes, pequeñas piezas de la cultura de masas con la significación memoriosa que un muchacho podía atribuirles, y procedí a fotografiarlos introducidos en unos receptáculos, estuches o contenedores, buscando crear la idea de resguardo de los «pretendidos» hallazgos.

El proceso continuó con la selección de un abundante repertorio de registros fotográficos de variados aspectos cotidianos —una despensa llena de utensilios domésticos, el tanque de agua sobre los techos de las viviendas, paredes sin frisar, la ropa aireándose en improvisados tendederos y toda suerte de objetos acumulados en promontorios— solicitados durante el taller. Materiales que sirvieron de base para el diseño de un grupo de obras, que en ese momento llamamos *acotaciones o comentarios*.

El resultado de ambos géneros de productos es una serie de un total de 22 obras, compuestas por una primera pieza fragmentada en forma de cuadrícula acompañada por otra con imágenes fotografiadas e intervenidas con falsas anotaciones; líneas, manchas y tachaduras que no dicen ni subrayan nada en particular, pero simulan una suerte de estudios, tal y como si procedieran de una libreta de apuntes sobre papel milimetrado. El conjunto en cuestión se montó a modo de una instalación con cordones anudados que atraviesan la superficie de la gran mayoría de las obras, formando una retícula en la que resaltan expuestos clavos y cordeles; una imagen que recuerda algunas escenas típicamente encontradas en los yacimientos arqueológicos.

Hallazgos es, de algún modo, una alegoría al planteamiento inicial hecho a los jóvenes, pero es también una lectura que nos interpela y nos coloca ante

nuestra propia representación al tratar de imaginar formas de aproximación a una realidad que supera toda comprensión. De tal manera que, en este caso, el universo de la puesta expositiva se transforma en un objeto cargado de aprecio que se pasea por los símbolos de la valoración, pero también nos reserva algún grado de ironía como lectura.

Unos apuntes finales

- En el caso de la primera propuesta presentada en el Parque Social hay, ciertamente, un endulzamiento; una aparente carencia expresiva muestra la sombra de un relato a primera vista sentimental. Sin embargo, la nominación *Soñadores* como referencia me conmueve e inquieta precisamente por tratarse del *retrato* de un grupo de jóvenes provenientes de barriadas caraqueñas. Con este apelativo no he buscado rehuir de sus condiciones, sino apuntalar la esperanza, especialmente porque hay algo en ellos en donde se adivina el deseo de escapar a la tragedia de verse convertidos en leyendas urbanas de la violencia, y esto es algo notorio en cada encuentro; hay un silencio compartido que se hace cuando se bordean temas referentes al medio social donde habitan. «Cuando habla del muchacho que fue, éste parece vivir en él, como si el tiempo hubiera hecho poco por separar al hombre del chico herido y anhelante» (Capote, 2006).

Alguna gente podría preguntarse: ¿Qué pasa en el medio de estos procesos? ¿Qué queda luego del taller y la muestra?... Pues bien, yo no puedo imaginar otra cosa, sino que todos hemos sido «tocados» por la experiencia.

- En cuanto al énfasis hecho sobre la exposición como resultado final del proceso, pienso que es allí donde reside la clave de lo que podríamos llamar la *devolución del objeto reconstruido*, es decir, lo que cualquiera esperaría luego de la «toma de la foto», es el lugar en el que finalmente cobra sentido ocupar el escenario donde se produce la experiencia y luego construir una metáfora, una imagen; en definitiva, aproximarse a una lectura.

- A pesar de que la puesta en escena en lugares «poco convencionales» entraña de algún modo cierto riesgo frente al medio que representa, como es el de quedar al *margen* de lo artístico o de la posibilidad del diálogo con otros procesos de creación, pareciera necesario pensar en un movimiento inverso al de Marcel Duchamp, recordemos pues cuando introdujo su más famoso objeto *ready-made* en la Sociedad de Artistas Independientes, en

Nueva York (1917): un urinario que tituló: *Fontaine*, con el que sobrevino un vuelco de gran excepción a las concepciones artísticas de la época, y digo entonces o me paseo por la idea de un arte que se «mete» como tal, es decir, como arte y no como acción social o pedagógica en escenarios más colectivos fuera de los habituales circuitos artísticos.

Conclusiones. El potencial problematizador del arte



El programa Arte y Vida no busca enseñar habilidades artísticas o moralizar sobre valores, sino abrir espacios de encuentro, exploración y reflexión mutua. El trabajo artístico-reflexivo debería ser un lugar de construcción de red social, de exploración y desarrollo de habilidades, pero también un laboratorio de experimentación personal y un espacio para investigar sobre la interacción social. Un momento de asombro, de inquietud, como la exploración mutua de qué y por qué encuentra el otro belleza o fealdad en una imagen; son instantes propicios para lo que desde la psicología crítica llamamos la «concientización» y «problematización». La psicóloga social venezolana Maritza Montero (2006) describe la problematización como el proceso de

... generar situaciones en las cuales las personas se ven forzadas a revisar sus acciones u opiniones acerca de hechos de su vida diaria vistos como normales, convertidos por tal razón en habituales, o percibidos como inevitables al considerarlos naturales. De esta manera, la condición o los efectos negativos de esa circunstancia llevan a la persona a cobrar conciencia de su situación de: minusvalía; exclusión; opresión; reproducción acrítica de un conocimiento recibido o impuesto, que no responde a la condición en que se vive (...) Problematizar es entonces una estrategia para desarrollar la conciencia crítica que, a la vez que se desarrolla en la reflexión y en la acción, produce a través de ambas la transformación de las circunstancias naturalizadoras.

El arte es un lugar propicio para abrir espacios lúdicos, explorar lo que subyace a nuestros gustos, problematizar los juicios internalizados, preguntarnos eso que propone Sennett sobre lo que aprendemos cuando miramos personas que no conocemos. En palabras de Meade y Shaw, en su revisión del lugar del arte en los proyectos comunitarios: «el arte nos provee de un lugar donde nuestros roles y relaciones pedagógicas y políticas pueden ser reimaginadas y renegociadas» (2007). Abre espacios para aprovechar y nutrir la agencia e iniciativa de todos los participantes y para ingresar en exploraciones de la intimidad de una manera exploratoria y no amenazante. Regresando a los textos clásicos de John Dewey (1958, c.p. Meade y Shaw, 2007), el arte permite confrontar lo anestésico (imperturbable, inamovible, insensible) con lo estético y así «romper la costra del convencionalismo (...) rechazar lo estático, lo automático, lo meramente habitual» (Dewey, c.p. Meade y Shaw, 2007).

Así, pues, el programa, que ha ido evolucionando a través de una serie de experiencias previas de trabajo artístico y psicológico con adolescentes, ha intentado abrir espacios de reflexión alternativos que trasciendan las relaciones verticales donde los profesionales tienen los conocimientos y los transmiten de manera unidireccional a los jóvenes. Más bien busca unir a los participantes en una exploración compartida de creación y reflexión que permita evidenciar y problematizar los retos de crecer en nuestro contexto actual. El paso de una experimentación ansiosa en las primeras sesiones hacia la posibilidad de entregar la intimidad de las carteras de manera lúdica, así como los momentos de sorpresa mutua, tanto en los jóvenes como en los adultos, son ejemplos de la manera como Xiomara logró alcanzar estos objetivos. Creemos que hay muestras de una pedagogía crítica en acción. En palabras del teórico en pedagogía crítica Skott-Myhre (2008): «... tal pedagogía debe reconfigurar el papel tradicional del profesor y el estudiante en una relación transversal que no intercambia información sino que permite ingresar a una mutua transformación de la subjetividad».

Los talleres, entonces, son una propuesta de trabajo artístico y psicológico que no busca aleccionar al otro. No se proponen cuestionar estos temas a través de un interrogatorio o la presentación teórica, sino, por el contrario, pretenden abrir un espacio experiencial, lúdico, de trabajo y reflexión, utilizando la propia identidad como fuente. Así, la identidad se exterioriza en una suerte de objeto transicional, se convierte en un objeto artístico más que puede ser moldeable y con el que se puede crear. La identidad deja de ser un objeto fijo, estático, inamovible y puede comenzar a ser «desnaturalizada» y «problematizada».

La muestra del trabajo producida por los miembros de los talleres es un recorrido atrevido por la intimidad de estos jóvenes. Pasa de la anécdota a la ironía y llega a los sueños futuros. Sus resultados han sido expuestos sobre las paredes de nuestro centro de atención psicológica. Esas piezas colgadas sobre los consultorios psicológicos sirven también de recordatorio de lo que la psicología clínica-comunitaria, en sus momentos de atrevimiento, puede llegar a ofrecer.

Los instantes de sorpresa, de ansiedad, de desencuentro, en un espacio respetuoso que va forjando confianza, nos han permitido a todos los partici-

pantes hacernos una serie de preguntas. Preguntas que se me antojan como de gran acuciosidad para seguir pensando sobre nuestros jóvenes, nuestro país, nuestro tiempo y sobre el lugar que los profesionales podemos ocupar si queremos facilitar un desarrollo sensible. Creo que el proceso creativo y las exposiciones finales tanto de *Soñadores* como de *Hallazgos* poseen ese potencial.

Referencias bibliográficas



AATA American Art Therapy Association (2004). (<http://www.arttherapy.org>).

Alcaide, C. (1999). «La expresión artística y el arte terapia». (<http://www.ucm.es/info/mupai/alcaide3.htm>).

Barthes, R. (1989). *La cámara lúcida: notas sobre la fotografía*. Barcelona: Paidós.

Baudrillard, J. (1998). *Ilusión y desilusión de la estética*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Borges, J. L. (2001). *Arte poética: seis conferencias*. Buenos Aires: Editorial Crítica.

Bringle, R. y J. Hatcher (2002). «Campus-Community Partnerships: The Terms of Engagement». *Journal of Social Issues*, 58, 203-216.

Britto García, L. (1996). *El imperio contracultural. Del rock a la postmodernidad*. Caracas: Nueva Sociedad.

Bullock, H.; K. Wyche y W. Williams (2001). «Media Images of the Poor». *Journal of Social Issues*, 57, 229-246.

Calzadilla, J. (2000). *El platillo de la balanza: escritos sobre la muerte, el perdón, la justicia, la impunidad, realizados por familiares de víctimas de abusos policiales o militares*. Caracas: Museo Jacobo Borges.

Campos, J. y S. Dollinger (1998). «An Autophotographic Study of Poverty, Collective, Orientation and Identity Among Street Children». *The Journal of Social Psychology*, 138, 403-406.

Capote, T. *Retratos*. Barcelona: Anagrama, 2006.

Conger, J. (1988). «Hostage to Fortune: Youth Values and the Public Interest». *American Psychologist*, 43, 291-300.

Correa de Jesús, N. (2008). «El “ritmo” de la ciudad y los movimientos espaciales. Un ejercicio de análisis visual», en A. Gordo y A. Serrano (eds.), *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. Madrid: Pearson-Prentice Hall.

Denzin, N. y Y. Lincoln (1994). *Handbook of Qualitative Research*. Thousand Oaks: Sage.

Deutsch, N. (2008). *Pride in the Projects: Teens Building Identities in Urban Contexts*. New York: New York University Press.

- Dollinger, S. y S. Clancy (1993). «Identity, Self, and Personality: II. Glimpses Through the Autophotographic Eye». *Journal of Personality and Social Psychology*, 64, 1064-1071.
- Dollinger, S.; L. Preston; S. O'Brien y D. DiLalla (1996). «Individuality and Relatedness of the Self: An Autophotographic Study». *Journal of Personality and Social Psychology*, 71, 1268-1278.
- Duschatzky, S. (1999). *La escuela como frontera: reflexiones sobre la experiencia escolar de jóvenes de sectores populares*. Buenos Aires: Paidós.
- Dworkin, J.; R. Larson y D. Hansen (2003). «Adolescents' Accounts of Growth Experiences in Youth Activities». *Journal of Youth and Adolescence*, 32, 17-26.
- Erikson, E. (1968). *Identidad, juventud y crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Evans, G. (2004). «The Environment of Childhood Poverty». *American Psychologist*, 59, 77-92.
- Flannagan, C. y B. Campbell (2003). «Social Class and Adolescents' Beliefs about Justice in Different Social Orders». *Journal of Social Issues*, 59, 711-732.
- Flannagan, C.; A. Syvretsen; S. Gill; L. Galloway y P. Cumsille (2009). «Ethnic Awareness, Prejudice and Civic Commitments in Four Ethnic Groups of American Adolescents». *Journal of Youth and Adolescence*, 38, 500-518.
- Foucault, M. (2000). *Los anormales*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Fredricks, J. y J. Eccles (2008). «Participation in Extracurricular Activities in the Middle School Years: Are There Developmental Benefits for African American and European American Youths?». *Journal of Youth and Adolescence*, 37, 1029-1043.
- Freire, P. (1971). *La educación como práctica de la libertad*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (1996). *Pedagogy of the Oppressed*. London: Penguin.
- Fulani, L. (2000). «Race, Identity and Epistemology», en L. Holzman y J. Morss (eds.). *Postmodern Psychologies, Societal Practice and Political Life*. New York: Routledge.

- Gallegos, R. (2007). *Doña Bárbara*. Caracas: Panapo. (Primera edición: 1929).
- Gaylord-Harden, N. y J. Cunningham (2009). «The Impact of Racial Discrimination and Coping Strategies on Internalizing Symptoms in African American Youth». *Journal of Youth and Adolescence*, 38, 532-543.
- Geertz, C. (2000). *Available Light*. Princeton: Princeton University Press.
- Gergen, K. (1992). *El yo saturado: dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Buenos Aires: Paidós.
- Guerra, N. y E. Phillips (2006). *Preventing Youth Violence in a Multicultural Society*. Washington: American Psychological Association.
- Hardaway, C. y V. McLoyd (2009). «Escaping Poverty and Securing Middle Class Status: How Race and Socioeconomic Status Shape Mobility Prospects for African Americans During the Transition to Adulthood». *Journal of Youth and Adolescence*, 38, 242-256.
- Hardy, K. y T. Laszloffy (2005). *Teens Who Hurt: Clinical Interventions to Break the Cycle of Adolescent Violence*. New York: The Guilford Press.
- Hardy, K. (2005). Conferencia dictada en la Universidad Católica Andrés Bello. (Material no publicado).
- Harper, D. (1991). «The Role of Psychology in the Analysis of Poverty: Some Suggestions». *Psychology and Developing Societies*, 3, 193-201.
- Hirsch, B.; M. Mekinda y J. Stawicki (2010). «More than Attendance: The Importance of After School Program Quality». *American Journal of Community Psychology*, 45, 447-452.

- Hughes, D.; C. Hagelskmap; N. Way y M. Foust (2009). «The Role of Mothers' and Adolescents' Perceptions of Ethnic-racial Socialization in Shaping Ethnic-Racial Identity Among Early Adolescent Boys and Girls». *Journal of Youth and Adolescence*, 38, 605-626.
- Izquier, C. (2007). *Resiliencia y adolescencia: un estudio acerca de la vivencia de un grupo de adolescentes con logros académicos, en situación de pobreza*. Caracas: Consejo Municipal de los Derechos del Niño y del Adolescente de Chacao.
- Jessor, R. (1993). «Successful Adolescent Development Among Youth in High-Risk Settings». *American Psychologist*, 48, 117-126.
- Jessor, R. (1998). *New Perspectives on Adolescent Risk Behavior*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Jiménez, X. (1999). «Fragmento de una realidad», en *Niños de la calle* (catálogo). Caracas: Museo Jacobo Borges.
- Jiménez, X. (2002). *Eva en ausencia: el lenguaje del duelo*. Caracas: Museo Jacobo Borges.
- Jiménez, X. (2011). Entrevista.
- Kay, A. (2000). «Art and Community Development: The Role the Arts Have in Regenerating Communities». *Community Development Journal*, 35, 414-424.
- Kazdin, A. (1993). «Adolescent Mental Health: Prevention and Treatment Programs». *American Psychologist*, 48, 127-141.
- Klimstra, T.; W. Hale; Q. Raaijmakers; S. Branje y W. Meeus (2009). «Identity Formation in Adolescence: Change or Stability». *Journal of Youth and Adolescence*, 39, 150-162.
- Kopytin (2004). «Photography and Art Therapy and Easy Partnership». *Inscape*, 9 (2), 49-58.
- Koressel, T. (1994) «A History of Art Therapy». (<http://www.westchesterart-therapy.org/history.htm>).

Kumar, M. (2008). *The Poverty in Psychoanalysis: «Poverty» of Psychoanalysis?* (Unpublished paper presented in the Psychology and Social Change Seminars) June 11, 2008 at Manchester Metropolitan University.

Lacan, J. (1971). *Escritos 1*. Madrid: Siglo XXI.

Lee, K. (2009). «Women's Discourse on Beauty and Class in the Bolivarian Republic of Venezuela». *Culture & Psychology*, 15, 147-167.

Llorens, M. (2002). *Las búsquedas del perseguidor: trauma y creación literaria*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello y la Sociedad Psicoanalítica de Caracas.

Llorens, M. (2003). «Buscando conversación: nuevas maneras de construir conversaciones terapéuticas en la comunidad». *Revista Venezolana de Psicología Clínica Comunitaria*, 3, 141-176.

Llorens, M. (2008). *Therapists' Accounts of the Effect of Economic Difference on the Psychotherapeutic Relationship when Working with People in Poverty*. (Unpublished Master's Thesis. Manchester Metropolitan University, Manchester).

Llorens, M.; C. Alvarado; N. Hernández; U. Jaramillo; M. Romero y J. Souto (2005). *Niños con experiencia de vida en la calle: una aproximación psicológica*. Buenos Aires: Paidós.

Llorens, M.; P. Rodríguez y S. Uribe (2010). *Resumen de estadísticas infanto-juveniles: octubre-noviembre 2009*. Caracas. (Documento no publicado).

Marcia, J. E. (1966). «Development and Validation of Ego-Identity Status». *Journal of Personality and Social Psychology*, 3, 551-558.

Matarasso, F. y J. Chell (1998). *Vital Signs: Mapping Community Art in Belfast (The Social Impact of Cultural Programmes)*. Belfast: Comedia.

McAdams, D. (1993). *The Stories We Live By: Personal Myths and the Making of the Self*. New York: The Guilford Press.

- McLeod, J. (2001). *Qualitative Research in Counselling and Psychotherapy*. London: Sage.
- McLoyd, V. y L. Wilson (1991). «The Strain of Living Poor: Parenting, Social Support and Child Mental Health», en A. Huston (Ed.) *Children in Poverty*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Meade, R. y M. Shaw (2007). «Editorial Community Development and the Arts: Reviving the Democratic Imagination». *Community Development Journal*, 42, 413-421.
- Montejo, E. (1994). *Antología*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Montero, M. (1998). «Identidad, belleza y cultura popular», en C. E. Alemán y M. M. Suárez (eds.). *Venezuela: Tradición en la modernidad*. Caracas: Fundación Bigott / Equinoccio, Ediciones de la Universidad Simón Bolívar.
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria: desarrollo, conceptos y procesos*. Buenos Aires: Paidós.
- Montero, M. (2006). *Hacer para transformar: el método en la psicología comunitaria*. Buenos Aires: Paidós.
- Moreno, A. (2002) *Historias-de-vida e investigación*. Caracas: Centro de Investigaciones populares (CIP).
- Muñoz, Ana (2002). «El arte como terapia». (<http://www.cepvi.com/articulos/arte.htm>).
- Nadler, A. (2002). «Inter-Group Helping Relations as Power Relations: Maintaining or Challenging Social Dominance Between Groups Through Helping». *Journal of Social Issues*, 58, 487-502.
- Nelson, G. y I. Prilleltensky (2005). *Community Psychology: In pursuit of Liberation and Well-Being*. New York: Palgrave MacMillan.
- Noom, M. J.; M. Dekovic y W. Meeus (2001). «Conceptual Analysis and Measurement of Adolescent Autonomy». *Journal of Youth and Adolescence*, 30 (5), 577-595.
- Pakman, M. (1997). «La psicoterapia en contextos de pobreza y disonancia étnica: el constructivismo, el construccionismo social y la metodología para la acción», en Pakman (ed.) *Construcciones de la experiencia humana*, vol. II. Barcelona: Gedisa.

- Parker, I. (1996). «Discurso, cultura y poder en la vida cotidiana», en Gordo, A. y J. Linaza (eds.). *Psicologías, discurso y poder (PDP)*. Madrid: Visor.
- Parker, I. (2005). *Qualitative Psychology: Introducing Radical Research*. Berkshire: Open University Press.
- Parque Social Padre Manuel Aguirre, s.j. (s.f.) *Talleres de expresión creativa con adolescentes*. (Material no publicado).
- Pedrazzini, Y. y M. Sánchez (1992). *Malandros, bandas y niños de la calle*. Caracas: Vadell Hermanos.
- Phillips, A. (1994). *On Flirtation*. New York: Faber & Faber.
- Phillips, T. (2007). «A Triarchic Model of Poverty». *Theory and Science*. (Bajado el 28 de abril de 2013 de <http://theoryandscience.icaap.org/content/vol9.3/philips.html>)
- Phillips, T y J. Pittman (2003). «Identity Processes in Poor Adolescents: Exploring the Linkages Between Economic Disadvantage and the Primary Task of Adolescence». *Identity: An International Journal of Theory and Research*, 26 (10), 1189-1199.
- Reeve, D. (2002). «Negotiating Psycho-Emotional Dimensions of Disability and their Influence on Identity Constructions». *Disability & Society*, 17, 493-508.
- Riley, S. (2001). «Art Therapy with Adolescents». *Western Journal of Medicine*, 175 (1), 54-57.
- Romero, J. (1999). «Un lustro en la comunidad». *Revista Venezolana de Psicología Clínica Comunitaria*, 1, 97-115.
- Romero, M. (2001). *Aproximación a la historia personal de dos jóvenes con experiencia de vida en la calle*. (Tesis de licenciatura inédita. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello).
- Russell, G. (1996). «Internalized Classism: the Role of Class in the Development of the Self». *Women & Therapy*, 18, 59-71.
- Sennett, R. (2003). *El respeto: sobre la dignidad del hombre en un mundo de desigualdad*. Barcelona: Anagrama.

- Sennett, R. y J. Cobb (1972). *The Hidden Injuries of Class*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sennett, R. y C. Benzecry (2006). «Entrevista a Richard Sennett: las incógnitas sociales que cruzan la nueva economía». *Cuadernos del Cendes*, 61, 151-154.
- Serrano, A. (2008). «El análisis de materiales visuales en la investigación social: el caso de la publicidad», en A. Gordo y A. Serrano (eds.). *Estrategias y prácticas cualitativas de investigación social*. Madrid: Pearson-Prentice Hall.
- Seshadri Crooks, K. (2000). *Desiring Whiteness: A Lacanian Analysis of Race*. London: Routledge.
- Sheffield, J.; E. Fiorenza y K. Sofronoff (2004). «Adolescent's Willingness to Seek Psychological Help: Promoting and Preventing Factors». *Journal of Youth and Adolescence*, 33, 495-507.
- Sheldon, J.; A. Arbretton; L. Hopkins y J. Grossman (2010) «Investing in Success: Key Strategies for Building Quality in After-School Programs». *American Journal of Community Psychology*, 45, 394-404.
- Shernoff, D. y D. Lowe (2007). «Engagement in After-School Program Activities: Quality of Experience from the Perspective of Participants». *Journal of Youth and Adolescence*, 36, 891-903.
- Skott-Myhre, H. (2008). *Youth and Subculture as a Creative Force: Creating New Spaces for Radical Youth Work*. Toronto: University of Toronto Press.
- Sosa, R. (2001). «Under the Sun, Under the Knife». *The Unesco Courier*, July/August, 46-47.
- Suárez-Balcázar, Y.; M. Davis; J. Ferrari; P. Nyden; B. Olson; J. Álvarez; P. Mollay, y P. Toro (2004). «University Community Partnerships: A Framework and an Exemplar», en L. Jason, C. Keys, Y. Suárez-Balcázar, R. Taylor y, M. Davis (eds.). *Participatory Community Research: Theories and Methods in Action*. Washington: American Psychological Association.
- Wang, C. C. (1999) «Photovoice: a Participatory Action Research Strategy Applied to Womens' Health». *Journal of Womens Health*, 8 (2), 187-192

Webster, L. y D. Perkins (2001). «Redressing Structural Violence Against Children: Empowerment-Based Interventions and Research», en D. Christie, R. Wagner y D. Winter (eds.). *Peace, Conflict and Violence: Peace Psychology for the 21st Century*. New Jersey: Prentice-Hall.

Whitehead, S. N. (2009). «Nancy L. Deutsch, Pride in the Projects: Teens building Identities in Urban Contexts». *Journal of Youth and Adolescence*, 38, 744-745.

Winnicott, D. (1971/1996). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.

Worchel, S. (1984). «The Darker Side of Helping», en E. Staub, D. Bar-Tal, J. Karylowski y J. Reykowski (eds.). *Development and Maintenance of Prosocial Behavior: International Perspectives on Positive Morality*. New York: Plenum Press.

Yohalem y Wilson-Ahlstrom (2010). «Inside the Black Box: Assessing and Improving Quality in Youth Programs». *American Journal of Community Psychology*, 45, 350-357.

Yurman, Fernando (2007). «Lo que mira el autorretrato», en *Rostros y miradas. Conferencias sobre el autorretrato en Venezuela*. Caracas: Fundación Empresas Polar.

Zubillaga, V. (2005). «La carrera moral del hombre de respeto y armas: Historias de vida de jóvenes y violencia en Caracas». *Revista Venezolana de Psicología Clínica Comunitaria*, 5, 3-39.

Zubillaga, V. (2007). «Los varones y sus clamores: los sentidos de la demanda de respeto y las lógicas de la violencia entre jóvenes de vida violenta de barrios en Caracas». *Espacio Abierto: Cuaderno Venezolano de Sociología*, 16, 577-610.

Zubillaga, V. y R. Briceño-León (2001). «Exclusión, masculinidad y respeto: algunas claves para entender la violencia entre adolescentes en barrios». *Nueva Sociedad*, 173, 34-48.

Apéndice metodológico



Los textos «¿Por qué no se siente la belleza propia?; análisis discursivo», «Encuentros y desencuentros de dos mundos» y «Experiencia con un grupo de jóvenes de la propuesta *Hallazgos*» provienen de investigaciones realizadas en torno al programa Arte y Vida. Desde un primer momento los talleres fueron concebidos no sólo como una manera novedosa de establecer espacios reflexivos para los jóvenes sino, además, como la oportunidad de sistematizar conocimientos sobre los adolescentes de sectores populares de Caracas con los que trabajamos.

Las investigaciones han sido levantadas por psicólogos que han acompañado los talleres, quienes han recogido observaciones cercanas, además de entrevistas que luego han servido para analizar la experiencia de los jóvenes, los significados que producen sobre sus propias vidas, el impacto de los talleres y nuestra relación con ellos como proveedores de apoyo. Más específicamente hemos pretendido alcanzar los siguientes objetivos:

- 1 Aproximarnos a los intereses, temas, imágenes, fuentes discursivas que nutren el proceso de construcción de identidad de los adolescentes provenientes de sectores populares de Caracas que acuden a nuestro centro.
- 2 Construir relaciones de colaboración en las que los jóvenes puedan servirnos de guías para acercarnos a la comprensión de los temas, intereses, relaciones, expectativas de futuro e imágenes que resultan significativas para ellos.
- 3 Analizar las dinámicas que surgen de la relación entre adultos, profesionales, clase media y adolescentes, estudiantes, provenientes de sectores populares y sus posibles dificultades.
- 4 Desarrollar propuestas de investigación que simultáneamente sirvan para actuar sobre el proceso reflexivo de los jóvenes, fortaleciéndolos a través de esa reflexión durante el mismo proceso investigativo.
- 5 Analizar el impacto, las fortalezas y debilidades de la intervención a través del arte.
- 6 Explorar modalidades contemporáneas de investigación en el marco psicológico-social a través del arte.

Marco paradigmático

El marco crítico de la psicología se ha nutrido de la investigación-acción, especialmente desarrollada en Latinoamérica (Montero, 2006; Nelson y Prilleltensky, 2005). Esta aproximación está íntimamente ligada a los desarrollos de las metodologías cualitativas y a los desarrollos metodológicos del feminismo y la investigación antirracista. Según Nelson y Prilleltensky (2005), el marco crítico debería: 1. Estar atento a temas de distribución del poder y promoción de sectores en desventaja; 2. Registrar y dar voz a los valores locales de las poblaciones con que se trabaja, y 3. Hacer al investigador reflexivo y capaz de ser fiscalizado por su trabajo.

Para lograr estos objetivos se propone utilizar diseños de investigación flexibles y emergentes, que incluyan a la comunidad; que permitan desmitificar el conocimiento para hacerlo accesible; incluir a los distintos actores en la producción e interpretación del conocimiento; producir espacios y recomendaciones para la transformación e incorporar las experiencias personales de los coinvestigadores.

Las investigaciones reportadas, entonces, se desprenden de la tradición de la investigación cualitativa, pero no limitada al uso de sus estrategias, sino enmarcado en las revisiones epistemológicas que permiten estar atentos a las claves mencionadas anteriormente. En palabras de Parker (2005), una aproximación cualitativa que esté atenta a: 1. La oportunidad de atender los dilemas políticos en el campo de la investigación psicológica; 2. Atender a las maneras en que la misma forma de investigación reproduce cierto tipo de relaciones de poder, y 3. Sostener el potencial transformador del proceso investigativo, evitando que este sea neutralizado.

La investigación cualitativa sostiene que los diseños de investigación son «emergentes», que deben ser derivados del proceso de indagación. La elección de estrategias investigativas se ha descrito clásicamente como el proceso de «bricolaje», es decir, del uso de herramientas diversas que se ajusten a los objetivos que van emergiendo (Denzin y Lincoln, 1994; McLeod, 2001). De las ideas mencionadas en estos tres párrafos se desprenden las estrategias desplegadas en el presente proceso investigativo.

Contexto

Como se ha mencionado, la investigación se realizó en el marco del programa Arte y Vida que conduce la Unidad de Psicología del Parque Social Padre Manuel Aguirre, s.j. Al mismo tiempo, el centro sirve como espacio de prácticas profesionales para distintas carreras que realizan trabajos allí.

Los talleres de arte son la continuación de una serie de talleres que se han realizado con distintas modalidades artísticas (escritura creativa, fotografía, artes plásticas, música) y que pretenden ofrecer un sitio para la exploración creativa y la reflexión sobre los problemas que los jóvenes asistentes traen para conversar. El primer módulo analizado fue conducido por Xiomara Jiménez, quien es antropóloga, artista plástico y curadora; Noraedén Mora, psicóloga, y Constanza Armas, estudiante de psicología, voluntaria para el proyecto. El segundo fue conducido por Xiomara Jiménez y Emiliana Oteyza. Asimismo, el equipo de investigación incluyó a Xiomara, Noraedén, Emiliana y mi persona, psicólogo clínico y comunitario, investigador que colaboró en el diseño de la indagación, el registro de los datos y el proceso de análisis.

Participantes

Los jóvenes asistentes al taller fueron adolescentes provenientes del suroeste de Caracas (Antímano y La Vega, principalmente). Todos con algún lazo previo con la unidad por haber recibido algún tipo de atención psicológica o pedagógica en el centro.

En el primer taller en total hubo 12 adolescentes de entre 14 y 18 años, quienes asistieron a la mayoría de las sesiones y colaboraron en la producción del material gráfico analizado. Todos los jóvenes eran, para el momento del taller, estudiantes de bachillerato de algún liceo público de Antímano o La Vega. En el segundo taller igualmente hubo 12 adolescentes entre 13 y 17 años, quienes asistieron a diez sesiones y a una visita a la Galería de Arte Nacional.

Análisis

Del marco de aproximación crítica y cualitativa se desprendieron dos aproximaciones al levantamiento e interpretación de la información.

1 *Registro etnográfico visual*

Métodos autobiográficos y autonarrativos han ido surgiendo en la investigación psicológica (Dollinger, Preston, O'Brien y DiLalla, 1996). Estos métodos han sido utilizados para explorar temas de autodefinición y relaciones interpersonales y han sido analizados tanto mediante el uso de interpretaciones cuantitativas como cualitativas (Campos y Dollinger, 1998; Dollinger y Clancy, 1993; Dollinger, Preston, O'Brien y DiLalla, 1996).

Algunos investigadores (Correa de Jesús, 2008; Serrano, 2008) han comenzado a desarrollar propuestas de investigación centradas en la recopilación y análisis de material visual, apoyándose en el hecho de que la imagen visual ocupa un lugar central en la cultura contemporánea. Lo visual satura la experiencia cotidiana actual, «la memoria, el conocimiento, el entretenimiento e incluso, las relaciones y la interacción social están, en buena medida, construidas visualmente» (Serrano, 2008). Estos autores han abierto las puertas a estrategias que permitan aprovechar la «potencialidad de la incorporación de los materiales visuales al análisis de los fenómenos sociales».

Sobre todo, se han utilizado registros visuales para hacer estudios etnográficos. En particular, Campos y Dollinger (1998) utilizaron un método etnográfico y autofotográfico para hacer un registro de la identidad y el contexto de pobreza de jóvenes que han vivido en las calles de Brasil. Destacaron que el método les permitió una aproximación a la vida de los jóvenes desde sus propias perspectivas que permitió retar las aproximaciones estereotipadas típicas del trabajo con esta población.

Yurman (2007), a su vez, ha empleado el análisis psicoanalítico de imágenes visuales de la pintura venezolana para explorar los procesos de construcción de identidad en nuestro país. Asimismo afirma, interpretando el discurso que los consultantes traen a las sesiones de psicoterapia, que lo visual ocupa un lugar preponderante en los modos de procesar subjetivamente la experiencia en nuestro país.

A los jóvenes asistentes a los talleres se les invitó a realizar una serie de experiencias artísticas-reflexivas en las que utilizaron una variedad de herramientas plásticas para explorar y expresar temas relacionados con su mundo cotidiano y su identidad. Bajo la guía de Xiomara Jiménez se realizaron distintas exploraciones plásticas del tema de la identidad. Cada sesión consis-

tió en la elaboración de alguna de estas actividades y luego en la discusión entre los miembros del grupo de las asociaciones e interpretaciones del material por ellos producido. El proceso fue generando un clima de confianza donde cada vez más se permitieron jugar con los temas relacionados con la identidad. Además del registro de los productos artísticos que se hicieron en cada sesión, la psicóloga asistente de Xiomara llevó un diario de campo con anotaciones y las sesiones de trabajo fueron analizadas en paralelo en reuniones quincenales entre el equipo de investigación.

Las sesiones, entonces, generaron una serie de productos artísticos reveladores del marco donde se desarrollan la construcción de la identidad de estos jóvenes y las relaciones con los conductores del taller. En el camino se decidió realizar una exposición final que permitiera mostrar el registro visual de las vidas e identidades de los adolescentes del sector. Las imágenes y los textos fueron producidos por los jóvenes asistentes con la guía de las conductoras del taller, escogidos entre todos, y luego ordenados y colocados en un formato expositivo por Xiomara. En ningún momento pretenden ser representaciones analógicas de la realidad. En el registro se evidencian las variaciones que produce cada uno de los medios escogidos para hacer los ejercicios. Además, las imágenes visuales pasaron por el proceso de ser seleccionadas por los jóvenes y por el equipo de investigación. Los escritos fueron corregidos y las imágenes editadas para el formato expositivo. Toda representación gráfica es ya también una interpretación, aunque se haga fuera del reino verbal. Lo que se buscó no es un registro unívoco y fiel de la realidad —cosa que el paradigma interpretativo considera imposible—, sino más bien un material que le diera prioridad a la mirada y perspectiva de los propios jóvenes y que, a su vez, transmitieran el «efecto de realidad» que, según Barthes (1989), el registro gráfico puede aportar.

Esta construcción de los productos artísticos y la edición en formato gráfico expositivo es precisamente la esencia del proceso investigativo que enfoca, retrata, amplía e interpreta nuestra percepción de un fenómeno social.

2 *Análisis discursivo*

El análisis del discurso que surgió en la psicología social a finales de la década de 1980 intenta mostrar las maneras como el lenguaje construye, limita y guía nuestra comprensión del mundo y de nosotros mismos, y examina las formas en que las personas utilizan el lenguaje de manera activa en su pro-

ceso de construir a diario los significados de sus vidas. Siguiendo a Parker (1996; 2005), el análisis del discurso está guiado por cuatro ideas fundamentales: 1. Más que buscar las causas individuales, intrapsíquicas de una afirmación, persigue atender a las distintas voces que constituyen las expresiones verbales; 2. Se propone atender a las maneras de hablar que ya están enmarcadas en ciertas estructuras de poder y de relación social; 3. Busca registrar las maneras en que una expresión se resiste a la imposición o se conforma, cómo interactúa con las dinámicas de poder, y 4. Explora cómo las expresiones nos ligamos a ciertos tipos de vínculos sociales; es decir, describen repertorios discursivos o formas en que las distintas prácticas sociales operan. El análisis de discurso nos permite entonces exponer los marcos interpretativos en que están insertadas las relaciones para así poder develar las dinámicas que subyacen al intercambio.

Surgido del trabajo de Foucault, el análisis discursivo entonces intenta capturar la dimensión narrativa de la construcción de la realidad, pero insertándola en el marco histórico de su origen. El análisis del discurso intenta describir cómo circulan las palabras en la sociedad y cómo nos sitúan en tanto sujetos en una red de relaciones. Lo que hablamos está insertado en un discurso, es decir, una manera de interpretar la realidad y de ordenar las relaciones sociales.

Consideramos que esta herramienta es sumamente útil para investigar los condicionamientos que enmarcan las relaciones entre los jóvenes que acuden a nuestro centro y los profesionales que les ofrecemos apoyo, porque permite indagar, no sólo sobre la psicología de los individuos presentes sino sobre los marcos sociales en los que la conversación que intercambian se hace significativa y los condiciona.

Para reflexionar sobre el tipo de relaciones establecidas entre la universidad y los adolescentes de sectores populares, buscamos intentar identificar los momentos en los cuales se hizo evidente la distancia entre ambos marcos interpretativos. Los momentos de desencuentro, de diferencias, de angustia, fueron especialmente relevantes para intentar descifrar las dinámicas subyacentes. A partir de la identificación de varios de estos momentos se ubicó el intercambio específico a analizar.

Para el proceso de análisis se siguieron los pasos y las recomendaciones propuestas por Parker (2005).

- 1 Chispa: ubicar un fragmento de texto que hallemos sorprendente o curioso.
- 2 Encendido: alejarse de las explicaciones comunes y obvias. Evitar el sentido común.
- 3 Combustión: fragmentar el texto en partes. Ubicar los objetos descritos y los sujetos hablantes. Ubicar las audiencias a las cuales habla.
- 4 Combustible: explorar las fuentes discursivas que han hecho interpretaciones de algunos de los ejes de poder que pueden estar presentes en el texto.
- 5 Vuelo: identifica las categorías que logran hacer un mapa del recorrido interpretativo.
- 6 Aterrizaje: redacta el informe.

En el caso de nuestra investigación seleccionamos un fragmento de aquellos textos que evidenciaban las distancias entre los jóvenes y los adultos interventores. Luego sometimos el fragmento a discusión y asociación libre, y observamos la continuación de este fragmento de conversación en las siguientes sesiones con los jóvenes. Posteriormente identificamos a los actores y los objetos señalados en el texto y recurrimos a fuentes históricas, literarias y específicas a las dinámicas de relación universidad-comunidad para intentar interpretarlo, identificando las categorías que construyen los subtítulos del análisis.

Programa Arte y Vida

Co-investigadores:

Manuel Llorens

John Souto Rey

Talleristas

Javier Allen

Reinaldo Enrique Ortega

Darlizay Mendoza

Jeankleyder José Castillo

Tairon Samuel Fernández

Kerllys Herrera Zapata

Adriana Carolina Nunes

Jesús Gabriel Barreto

Carlos Figueroa Prim

Narly Angulo

Natasha Meza Mota

Andrea Méndez

Jhan Kenner Rondón

Harold Alejandro Hernández

Anaís

Guías de taller

Xiomara Jiménez / concepto y

realización

Noraedén Mora

Constanza Armas

Emiliana Oteyza

Datos de Exposición

Curaduría, obras y textos:

Xiomara Jiménez

Texto de sala:

Igor Barreto (Propuesta

Hallazgos)

Museografía y montaje:

Pavel Rondón (Propuesta

Soñadores) / Elbano Sánchez

(Propuesta *Hallazgos*)

Diseño, digitalización,

rotulado e impresiones:

Claudia Noguera Penso /

Daniela Álvarez Fabro (Pro-

puesta *Soñadores*).

Digitalización e impresiones:

Vivian Khedari (Propuesta

Hallazgos)

Prensa y promoción:

María Fernanda Mujica

Fotos de sala:

Carlos Germán Rojas

(Propuesta *Soñadores*) /

Ricardo Jiménez (Propuesta

Hallazgos)

Patrocinantes:

Movistar

Arepa: Arquitectura, Ecología

y Paisaje

Parque Social Padre Manuel

Aguirre, s.j.

Gerente General

Bernardo Guinand

Coordinador de la Unidad

de Psicología

Juan Carlos Romero

Psicólogos de planta,

colaboradores:

Carolina Izquier

Claudia Correia

Lista de obras

Exposición

Soñadores. Retratos de contacto

Pág. **19**

De la serie *Retratos de contacto* (8), 2008

Fotocopia en papel bond trabajada con materiales mixtos, impresa en vinil autoadhesivo sobre MDF.

26 x 37 cm

Págs. **52, 53, 54 y 56**

De la serie *Retratos anamórficos* (1), (2), (3) y 4), 2008

Transferencia con talco y película plástica sobre cartulina, trabajada con acrílico, tintas e intervención digital.

Impresión en vinil autoadhesivo sobre MDF.

30 x 28 cm

Pág. 55

De la serie *Retratos anamórficos*, mano, 2008

Transferencia con talco y película plástica sobre cartulina, trabajada con acrílico, tintas e intervención digital.

Impresión en vinil autoadhesivo sobre MDF.

34 x 25 cm

Pág. 57

De la serie *Retratos anamórficos*, pie, 2008

Transferencia con talco y película plástica sobre cartulina, trabajada con acrílico, tintas e intervención digital.

Impresión en vinil autoadhesivo sobre MDF.

30 x 28 cm

Pág. 58

De la serie *Retratos anamórficos*, 2008

Vista general del montaje

Pág. 59

Vista general de la exposición.

Págs. 60 a 67

De la serie *Retratos de contacto* (1), (2), (3), (4), (5), (6), (7), (9) y (10), 2008

Fotocopia en papel bond trabajada con materiales mixtos, impresa en vinil autoadhesivo sobre MDF.

26 x 37 cm

Págs. 68 a 71

De la serie *La letra en la superficie*, canciones (1), (2), (3) y (4), 2008

Fotomontaje

28 x 41 cm

Pág. 72

La pizarra, un espacio estelar, 2008

Dibujos a lápiz sobre cartulina bristol transferidos digitalmente sobre fondo negro (simulación de líneas de tiza blanca). Impreso en vinil autoadhesivo sobre MDF.

120 x 180 cm

Pág. 92

Lo que se ve desde mi ventana, 2008

Fotografía tomada con cámara digital impresa en vinil autoadhesivo.

27 x 40 cm

Pág. 93

Perro con sombra, 2008

Fotografía tomada con cámara digital impresa en vinil autoadhesivo.

27 x 40 cm

Pág. 94

La Virgen que nos protege, 2008

Fotografía tomada con cámara digital impresa en vinil autoadhesivo.

40 x 27 cm

Pág. 95

Sala de mi casa, 2008

Fotografía tomada con cámara digital impresa en vinil autoadhesivo.

27 x 40 cm

Exposición

Hallazgos. Búsqueda de vestigios del presente.

Estudios

Pág. 97

Detalle

De la serie *Hallazgos*.

Comentario (1) y (5), 2012

Imágenes editadas e intervenidas con técnicas mixtas sobre papel milimetrado.

17 x 46 cm

Pág. 105

De la serie *Hallazgos 1*, 2012

Instalación/Díptico modular.

Imagen segmentada e impresa en papel de 200 gr, más fotografías editadas e intervenidas con técnicas mixtas sobre papel milimetrado.

a) 66 x 84 cm

b) 17 x 46 cm

Pág. 106

Composición de sala con diversos trabajos realizados en el taller, 2012

132 x 168 cm

Pág. 108

De la serie *Hallazgos*, zapatos. (5 piezas), 2012

Instalación/Díptico modular.

Fotografías segmentadas e impresas en papel de 200 gr, más imágenes editadas e intervenidas con técnicas mixtas sobre papel milimetrado, clavos incrustados en la pared y cordeles anudados.

a) 44 x 56 cm c/u

b) 17 x 46 cm c/u

Págs. 109 y 110

De la serie *Hallazgos*, zapatos (1) y (2), 2012

Acercamiento detalle.

Instalación/Díptico modular.

Fotografías segmentadas e impresas en papel de 200 gr, más imágenes editadas e intervenidas con técnicas mixtas sobre papel milimetrado, clavos incrustados en la pared y cordeles anudados.

a) 44 x 56 cm

b) 17 x 46 cm

Pág. 111

De la serie *Hallazgos*, bicicleta, 2012

Instalación/Díptico modular.

Fotografías segmentadas e impresas en papel de 200 gr, más imágenes editadas e intervenidas con técnicas mixtas sobre papel milimetrado, clavos incrustados en la pared y cordeles anudados.

a) 66 x 84 cm

b) 17 x 46 cm

Pág. **112**

Vista general de sala

Págs. **113 a 117**

De la serie *Hallazgos*, objetos en resguardo (1), (2), (3),

(4) y (5), 2012

Instalación/Díptico modular.

Ambientación fotográfica

con imágenes segmentadas e

impresas en papel de 200 gr,

más imágenes editadas e

intervenidas con técnicas mix-

tas sobre papel milimetrado,

clavos incrustados en la pared

y cordeles anudados.

a) 66 x 84 cm

b) 17 x 46 cm

Págs. **118 a 120**

De la serie *Hallazgos*, composición (1), (2) y (3), 2012

Instalación/Díptico modular.

Fotografías segmentadas e

impresas en papel de 200 gr,

más imágenes editadas e

intervenidas con técnicas mix-

tas sobre papel milimetrado,

clavos incrustados en la pared

y cordeles anudados.

a) 84 x 66 cm

b) 17 x 46

Pág. **121**

De la serie *Hallazgos*,

camiseta, 2012

Instalación/Díptico modular.

Fotografías segmentadas e

impresas en papel de 200 gr,

más imágenes editadas e inter-

venidas con técnicas mixtas

sobre papel milimetrado, cla-

vos incrustados en la pared

y cordeles anudados.

a) 66 x 84 cm

b) 17 x 46 cm

© Fundación Empresas Polar, 2013
HECHO EL DEPÓSITO DE LEY
Depósito legal: lf25920133002650
ISBN: 978-980-379-329-6

Coordinación de la edición

Gisela Goyo
María Fernanda Mujica

Corrección

Maribel Espinoza

Diseño gráfico

Eduardo Chumaceiro d'E.

Fotografías

Carlos Germán Rojas

(Propuesta *Sonadores*)

Ricardo Jiménez

(Propuesta *Hallazgos*)

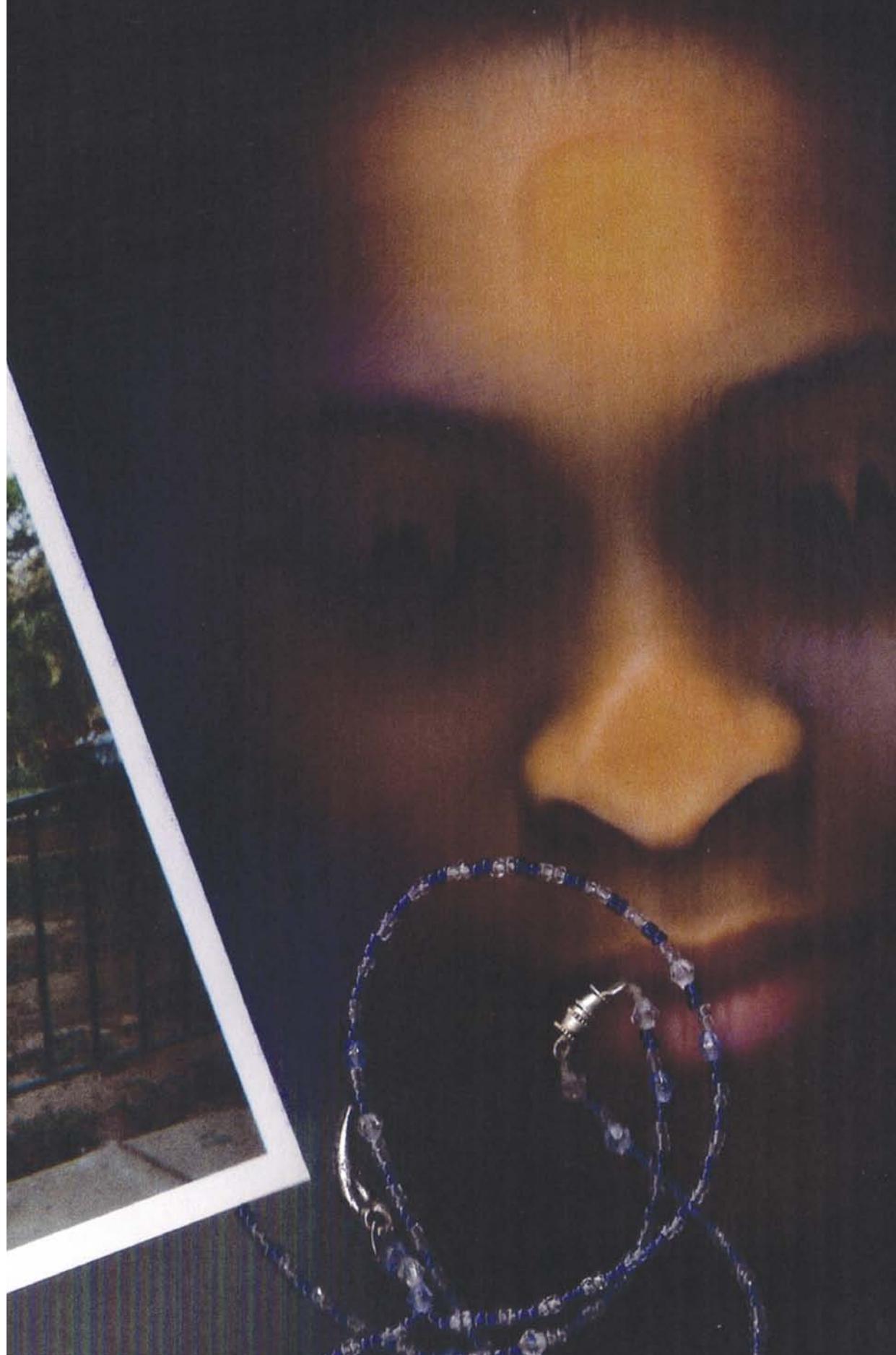
Impresión

La Galaxia

Tiraje

1.000 ejemplares

Segunda Avenida. Los Cortijos de Lourdes
Edificio Fundación Empresas Polar.
Caracas, Venezuela
Apartado postal 70943. Los Ruices
Teléfonos: (0212) 2027549, 2027561
Fax: (0212) 2027522
www.fundacionempresaspolar.org
ediciones@fundacionempresaspolar.org



Mannel Lorens

Es psicólogo de especialización en clínica (Hospital Universitario de Caracas) y una maestría en Psicología Comunitaria (Manchester Metropolitan University). Es investigador de la Unidad de Psicología del Parque Social Padre Manuel Aguirre, s.j., y profesor de pregrado y posgrado de la Universidad Católica Andrés Bello. Se especializa en la investigación de temas relacionados con violencia y exclusión social.

Es escritor, ganador del Premio Fernando Paz Cas-tillo con el poemario *Poema para un lunas bonarrro* (2006) y ha ganado varias menciones en concursos de cuentos que incluyen el Premio Sacren (2001), Premio de Cuentos de *El Nacional* (2007), y dos menciones honoríficas del Premio Transgénero de la Fundación para la Cultura Urbana (2007 y 2011). Autor de varias obras de investigación en psicología, entre las cuales están *Vivir con experiencia devuelta en la calle* (Paidós, 2005) y *Psicoterapia politicamente reflexiva: hacia una técnica contextualizada* (Equinoccio; en prensa).

Xiomara Jiménez

Realizó estudios en artes visuales en la Escuela de Artes Plásticas Cristóbal Rojas (1978-1981). Es antropóloga egresada de la Universidad Central de Venezuela (1989). Trabajó en investigación y curaduría de exposiciones en el Museo Jacobo Borges, en el Centro de Arte El Hatillo y en el Museo de la Estampa y el Diseño Carlos Cruz Diez, además de otras instituciones culturales, desarrollando numerosos proyectos curatoriales, educativos y editoriales, tales como: *Vivir en la calle* (1999), *El platillo de la balanza* (2000), *Páginas abiertas* (2000), *Hechos y hechos de Pedro Duim* (2003), *Catálogo geográfico de un paisaje* (2005), *Nosotros los adoradores. Fotografías de Luis Brito*, por sólo mencionar algunos.

Ha escrito numerosos textos para catálogos de arte y ha colaborado en publicaciones como las revistas *Pantaf*, *Venturo* y *Extracurricular*, y el «Papel Literario» de *El Nacional*.

Como artista, ha participado en el Premio Municipal de Caracas (1982), Premio Salón de Cagua, estado Aragua (1983), Premio Bional Nacional de Arte de Mérida (1985), Muestra de Arte Fantástico, Museo Alejandro Otero (1985), Galería de la Gobernación del Distrito Federal (1986). Individualmente ha realizado las propuestas: *Retratos*, espacio de arte de News Café, Serie de dibujos para el cortometraje *Larcia*, de la realizadora Carmen Roa (2002); *Eva en ausencia. El lenguaje del dardo*, Museo Jacobo Borges (2002). Con este proyecto recibió el Premio FAMA de la Fundación Empresas Polar en el año 2000). También expuso *Una escritura del cuerpo*, Galería Spazio Cero (2003), y *Horizonte nacional. Serie paisajes muertos*, Galería Universitaria de Arte UCV (2008). Desde el año 2009 colabora como asesora de arte en la Unidad de Psicología del Parque Social Mannel Aguirre, s.j., de la Universidad Católica Andrés Bello, lugar en el que ha desarrollado las propuestas artísticas: *Sonadoras. Retratos de contacto* (2009) y *Hallazgos. Búsqueda de vestigios del presente. Estudios* (2012).

Noraedén Mora

Es licenciada en Psicología por la Universidad Católica Andrés Bello (2007). Realizó un diplomado en Enseñanzas Fundamentales del Psicoanálisis (2008, UCV-CID Las Mercedes). Fue galardonada con el Premio Gordon Square International Award para realizar una Maestría en Estudios Críticos y Culturales (2012, Birkbeck, University of London).

Asimismo, ha participado en diversos talleres literarios, entre los cuales se encuentran: el Taller de Escritura Creativa del Celarg, dictado por Maritza Jiménez (2009-2010), y el Taller de Narrativa de Monte Ávila Editores, dictado por Carlos Noguera (2010-2011). En 2011 ganó una beca de Escritura Creativa otorgada por el Canal para desarrollar un libro de relatos. Recibió mención honorífica en el concurso de cuentos de la Policlínica Metropolitana (Ediciones 2012 y 2013). Ha trabajado en diversos programas sociales, educativos y culturales, y en la actualidad se desempeña en proyectos de contenidos digitales de Educa Tablet y Libro ETC, organizaciones de las cuales es cofundadora.

Emiliana Oteyza

Graduada de Psicología por la UCV Universidad Católica Andrés Bello en 2001, con una formación como facilitadora en dinámica de grupos y metodología vivencial en el Instituto de Crecimiento Experimental (IDCE) (2001-2002). Realizó un Máster en arteterapia en la Universidad Complutense de Madrid (2003-2004); asimismo, ha desarrollado estudios en terapia de familia con José Antonio Ríos en Sturpe, Madrid (2003-2004). Culminó su formación en la especialidad de psicología clínica comunitaria en 2009. En la actualidad está desarrollando su trabajo de tesis basada en la experiencia *Hallazgos*, proyecto desarrollado en la Unidad de Psicología del Parque Social Mannel Aguirre, s.j., de la Universidad Católica Andrés Bello.

Ha prestado servicios en diversos centros de atención psicológica: Dispensario Don Bosco de Alamiña (2004-2005), Unidad de Psicología del Parque Social Mannel Aguirre, s.j., como psicólogo escolar (2004-2006); atención individual y dinámica grupal a mujeres maltratadas, familias y adolescentes en Platano y en el Centro de Prevención y Salud del Banco Federal CPS (2007-2009). Actualmente coordina el servicio de psicología del Centro de Atención Psicológica y Pediatría de la Alcaldía de Sucre (Capas).



ISBN: 978-980-370-320-6



9 789803 793296